

Sophie Saint Rose

Serie oficina

Demuéstrame

que

me quieres

Demuéstrame que me quieres

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

Capítulo 14

Epílogo

Capítulo 1

Denise colgó el teléfono apretando los labios antes de pulsar el botón, pasando la llamada al despacho. Maldita estúpida. —Pásame con Cameron, ya —dijo con burla—. Será idiota. —Escuchó una risita a su derecha y giró la cabeza. —No tiene gracia.

—Claro que la tiene —dijo la secretaria auxiliar que llevaba en la empresa veinte años más que ella—. ¿Qué esperas para lanzarte? Cameron no va a estar soltero toda la vida, guapa.

Abrió sus ojos verdes como platos. —¿Estás loca? ¿De dónde sacas esa idea?

—Pues no lo sé. —Se levantó mostrando su impecable vestido de seda verde y se acercó a su mesa fulminándola con sus preciosos ojos azules. La verdad es que para tener casi cincuenta años, estaba de muy buen ver. Lori chasqueó la lengua cruzándose de brazos y levantó una de sus cejas teñidas de rubio. —Será de todas las veces que refunfuñas cada vez que le llama una de sus amiguitas.

—¡Es que son muchas y aquí estamos para trabajar!

—Mira... Es joven, guapo y tiene éxito. Las tiene a puñados y como no te espabiles, te veo organizando la boda con una de esas por la que tanto te quejas. ¡Espabila! Llevas en este puesto tres años. ¿A qué esperas?

Se sonrojó con fuerza. —No, si yo no...

—A mí no me la pegas. Vas de la eficiente secretaria abnegada, pero tú quieres más. Hace mucho tiempo que dejé de chuparme el dedo. —Apoyó las manos en su escritorio y susurró —Hazme caso. Tienes que lanzarte.

Nerviosa se pasó la mano por el mechón castaño que se le había soltado del recogido que llevaba en la nuca. —Estás loca. Ni se me ocurriría hacer algo así. Además, no quiero.

—No, la loca eres tú porque como dejes pasar el tiempo, te verás sola, trabajando para un hombre al que quieres con locura y observando como su vida te desgarrar por dentro porque solo serás una espectadora. ¿Estás dispuesta a ver cómo se casa y tiene hijos con otra? —Denise palideció. —Pues ya te estás espabilando. —Se enderezó mirándola maliciosa. —Me muero por ver lo que ocurre. Van a saltar fuegos artificiales. Como cuando me insinué a mi Robert. —Sonrió soñadora. —Ni se lo podía creer. Y la verdad yo tampoco. Me pilló con las defensas bajas después de una cita muy deprimente la noche anterior, así que me dije... Lori, a este sí que puedes cazarle. Vale que estaba loco por mí y que tú lo tienes mucho más difícil, pero te aseguro que mereció la pena totalmente. Cuatro hijos y veintitrés años

después... aquí seguimos.

—Lori, estás chiflada.

Su amiga se echó a reír. —Eso dice mi Robert. Pero le encanto.

Miró hacia la puerta nerviosa. —Dejemos el tema, ¿vale?

—Vale, seguiremos en la comida.

—No, no seguiremos en la comida.

—Oh, sí. Claro que sí. Ahora que he sacado el tema después de tres años no pienso callarme.

—¿Quieres...?

—Denise, a mi despacho. Ya.

La orden de su jefe la hizo gemir y cogió su block apretando el botón del interfono. —Enseguida, Cameron.

—¿Nos habrá oído? —preguntó su amiga con los ojos como platos—. Porque le fastidiarías la sorpresa.

—Muy graciosa.

Lori se echó a reír. —Se le va a quedar una cara...

—¡No voy a hacer nada!

—Tú tranquila. Yo trazo la estrategia. Tú céntrate en el trabajo, no vayas a cagarla y te eche antes de meternos en faena.

Puso los ojos en blanco yendo hacia la puerta y disimuladamente se miró el traje blanco de chaqueta con la camisa de seda rosa que se había puesto ese día, para comprobar si se había arrugado mucho.

—Estás muy sexy.

—Cierra el pico.

Abrió la puerta a toda prisa por si decía algo más y cerró lo más rápido que pudo. Se mordió su grueso labio inferior acercándose. Cada vez que le veía su corazón saltaba en su pecho, así que después de tres años sabía que tenía ese músculo a prueba de bomba. Se acercó a su mesa diciéndose que ese día estaba especialmente guapo. La tarde anterior se había cortado su cabello negro y con la camisa remangada hasta los codos, mostrando el vello de sus antebrazos, estaba más sexy que nunca. Dios, qué manos. Se moría porque esas manos la tocaran. Frunció el ceño. Ahora que lo pensaba, aparte de algún roce casual al darle unos papeles nunca le había puesto la mano encima. Estaba claro que no le interesaba nada en absoluto, porque a sus ligues bien que las cogía por la cintura. Él levantó la cabeza de los papeles que estaba revisando y la miró fijamente con sus ojos grises. —¿Ocurre algo?

Sacándola de sus pensamientos negó con la cabeza. —No, claro que no.

Cameron asintió como si fuera lo que esperaba de ella. Que no le diera

problemas y le ayudara a quitarle del camino los que le provocaban los demás. Por eso hacían tan buen equipo.

—¿Está todo preparado para el viaje a Calgary?

—Sí, todo reservado y ya te he metido en la agenda del móvil todas las reuniones y localizaciones de los sitios a los que tienes que ir. Te vas el jueves a las seis de la tarde, así que no puedes quedar con tu amigo Fosti después de la reunión con los accionistas. Acuérdate de anular la cita de todos los jueves.

—Lo entenderá.

—Vuelves el sábado al mediodía. También tienes en la agenda la cena de esa noche para recaudar fondos.

—Bien. —Tiró su bolígrafo de oro sobre los papeles y entrecerró los ojos mirándola de arriba abajo. No pudo evitar sonrojarse por el escrutinio. Dios, ¿las habría oído? Se moriría de la vergüenza. —Denise, ¿cuánto llevas conmigo? ¿Un año?

Increíble. Sería cabrito. Pero esa pregunta le dejó claro que no había escuchado la conversación con Lori. —Tres, Cameron.

La miró sorprendido. —¿Ya?

—Sí, ya —dijo entre dientes.

—Vaya, cómo pasa el tiempo.

—¿Verdad que sí? —preguntó con ironía.

—¿Y nunca te he subido el sueldo? —Parecía sorprendido consigo mismo.

—Pues ya que lo dices, no. Sigo cobrando lo mismo que cuando empecé.

—Que son...

—Cincuenta y cinco mil al año. —Lo que él se gastaba en unas vacaciones en Aspen en una semana. Lo sabía de buena tinta porque ella había pagado la factura.

—Es un buen sueldo.

Increíble. —Yo no me quejo.

—No, no has dicho nada, ¿verdad? ¿Por qué?

Le miró sin comprender. —¿Por qué?

—¿Por qué nunca me has exigido que te suba el sueldo? Y más cuando trabajas fuera de tu horario, como la semana pasada.

—Lo asumí como parte de mi trabajo. Me lo dijiste en la entrevista. No había horarios. —Él la observó pensativo varios segundos. Estaba muy raro. Normalmente le dictaba lo que quería a toda leche para seguir trabajando. —Cameron, ¿estás bien?

Levantó la vista hasta sus ojos. —Claro que sí. ¿Tengo pinta de no estarlo?

Se sonrojó. —No, claro que no.

—Pues eso. Reserva una mesa para esta noche en el París y quiero la mesa de siempre.

—¿Para dos? —preguntó apuntando a toda prisa, maldiciendo para sí porque seguro que había quedado con esa estúpida que no tenía modales.

—Sí. —Gruñó bajando la mirada hasta sus papeles de nuevo y cogió el bolígrafo. —Y quiero que vayas a Tiffany en cuanto reserves y compres un anillo de compromiso. —Se le cortó el aliento mirando el block. La punta del lápiz se había detenido en seco. —No te preocupes por el precio. Me da igual. Escoge el que más te guste y seguro que a ella le parece bien.

—Dios —susurró antes de levantar la vista—. ¿Has dicho un anillo de compromiso?

Cameron levantó la vista distraído. —Pues sí. Tú sabes de esas cosas.

Sería una broma. Lori lo acababa de mencionar y no podía tener tan mala suerte. —¿Es broma? —preguntó sin poder evitarlo.

—¿Broma? —Parecía que no la entendía, lo que la hizo gemir por dentro. —¿Por qué iba a ser broma? —preguntó mosqueado.

—No, por nada —susurró sintiendo que el alma se le caía a los pies—. Pero un anillo es algo muy personal y...

—No me vengas con historias, Denise. A Marcia le gustará el que sea.

—¿A Marcia le gustará el que sea? —preguntó sin salir de su asombro.
¡Marcia! Dios, si solo llevaba saliendo con él dos semanas.

Él sonrió. —Ya sé lo que pasa.

—¿Lo sabes? Porque lo dudo mucho —dijo empezando a alterarse.
¡No podía casarse con esa zorra!

—Sé que sois muy románticas con el rollo del anillo...

—¿El rollo del anillo? —preguntó levantando la voz.

—Pero para nosotros es una pesadez. ¿Y si meto la pata?

¡Sí! ¡La estaba metiendo hasta el sobaco!

—Tú elegirás un anillo bonito y práctico. Estoy seguro.

—Para Marcia —siseó sintiendo que se la llevaban los demonios.

—Pues sí —dijo como si fuera algo lenta—. Bueno, ahora déjame que tengo que acabar esto antes del viaje a Calgary. Pídeme algo de comer. Tallarines, pero sin gambas, y rollitos de primavera sin salsa agridulce. Ah, y unas galletitas de la fortuna. Y una cerveza bien fría.

Había tardado más en pedir el menú que en decir cómo quería el anillo. Aquello era surrealista del todo. En la puerta se volvió indecisa. —¿Quieres que te lo graben? —Sin mirarla se encogió de hombros ya concentrado en el trabajo. Apretó el pomo en su mano con fuerza. —¡Cameron! —Él levantó la cabeza sorprendido. —¿Quieres que te graben el

anillo?

—¿Estará para hoy?

—¿Y yo qué sé?

—Lo necesito para esta noche.

Mierda de vida. —Haré que se apuren.

—Oh, pues entonces... —Lo pensó unos segundos. —Sí, que pongan en su interior: “Haces latir mi corazón”.

Gruñó por dentro porque eso era precisamente lo que sentía cuando estaba a su lado. —¿No será algo largo?

—¿Tú crees?

—Es un anillo no la Biblia.

—¿No cabe “Te querré siempre”? ¿Por qué no cabe lo otro?

—¡Y yo que sé! ¡Escoge otra cosa!

—Ya veo que este encargo no te gusta un pelo, pero tengo mil cosas que hacer. ¡Denise, pon lo que quieras!

Jadeó del asombro viéndole trabajar de nuevo. —¡Yo no me voy a casar con ella!

—¡Denise! —gritó golpeando la mesa.

—¡Está bien! Pero luego no te quejes si no le gusta el anillo o la

frasecita de los huevos —dijo por lo bajo saliendo del despacho e ignorando la cara de sorpresa de su jefe.

Lori la miró con los ojos como platos. —¿Os habéis gritado? Tú nunca gritas. Él grita y tú asientes. ¿Qué ha pasado?

—¡Eres gafe! —La señaló con el lápiz. —¡Eres una gafe de primera! ¡Ya me tenía que haber dado cuenta cuando me trajiste aquel sándwich y terminé en urgencias con salmonelosis!

Jadeó indignada. —¿Yo qué culpa tengo de que la mayonesa estuviera en mal estado?

—Fui la única que se puso mala. Tú me miras mal... —Entrecerró los ojos. —¡Bruja!

—¿Pero se te está yendo la cabeza? —preguntó indignadísima—. ¿Qué ha pasado ahí dentro?

—¿Sabes lo que tengo que comprar? —Con ganas de matar a alguien se acercó a su escritorio y Lori deslizó su silla hacia atrás con cara de susto.

—¿Un Valium?

—Un anillo de compromiso —siseó poniendo las manos sobre la mesa—. ¡En Tiffany!

Su amiga dejó caer la mandíbula. —No.

—¡Sí!

Lori hizo una mueca. —¿De verdad?

—¡Sí!

—Es que soy algo médium. Mi madre siempre dijo que tengo pálpitos.

—¡Palpitaciones es lo que tengo yo! —gritó furiosa.

—Respira hondo. —Denise cerró los ojos y aspiró por la nariz profundamente. —Eso es. Lo haces muy bien. Ahora expulsa el aire muy lentamente. —Denise se desplomó en el suelo y Lori movió la silla a un lado para verla sobre la moqueta. Abrió los ojos como platos. —¿Has echado todo el aire? ¿Denise? ¡Si me oyes, respira de nuevo!

La puerta se abrió de golpe y Cameron vio a su secretaria en el suelo desmayada. —¿Qué coño ha pasado?

—Creo que nos hemos pasado con la broma. ¡Ay madre, qué nos la hemos cargado!

Cameron con una rodilla en tierra le dio palmaditas a Denise en la mejilla. —¡Joder! —La cogió en brazos y la metió en el despacho.

Lori le siguió corriendo. —¿Llamo a una ambulancia?

La tumbó sobre el sofá y Lori fue hasta el baño empapando una toalla que ni escurrió de los nervios. Cuando regresó al sofá la puso sobre su frente.

—¡Esa toalla está empapada!

—Jefe, deberíamos... ¡Hacer algo! ¿Llamo a una ambulancia?

Cameron le dio otra palmadita en la mejilla e hizo una mueca cuando el agua que chorreaba de la toalla, empezó a esparcir su rímel por las ojeras. —¿Nena? Despierta, joder... ¡qué nos estás asustando!

Lori corrió hasta el teléfono y llamó a emergencias. Cameron cogió su mano. —Vamos Denise, abre los ojos. —Como no le hacía caso gritó — ¡Denise! —Ella abrió los ojos como platos mirando los suyos y él sonrió. — Está bien. Lori cuelga.

—Se ha despertado, ya no les necesitamos. Creo —dijo antes de colgar regresando al sofá a su lado.

—¿Qué ha pasado?

Cameron parecía aliviado. —Te has desmayado. Eso es todo.

—Ah. —Se llevó la mano a la frente levantando la toalla empapada que mojó toda la manga de su chaqueta antes de que Lori la cogiera. —Nunca me había desmayado. —Su jefe miró de reojo a su amiga, que se apretaba las manos de los nervios. —Pero estoy bien. —Forzó una sonrisa soltando la mano que él le tenía agarrada. —Enseguida hago lo que me pediste. Ha debido ser que he desayunado poco. —Avergonzada intentó sentarse y sintió como el agua recorría su nuca bajando por la espalda.

—¡Pues tienes que desayunar más! —le gritó a la cara sobresaltándola.

—Vale.

—¿Estás bien? —preguntó Lori preocupada.

—Claro que sí. Quiero levantarme.

Cameron se incorporó mirándola como si fuera a desmayarse en cualquier momento y Denise se puso como un tomate de la vergüenza. — Quizás deberías tomarte el resto del día libre. —Cameron intentó cogerla del brazo, pero Denise se apartó evitando que la tocara.

—Pero tengo cosas que hacer... —dijo apartándose un mechón de cabello de la frente y gimiendo cuando vio que la mitad de su cabello se había salido del recogido—. Tengo que arreglarme.

—Usa mi baño si quieres.

—No, mejor me voy al de empleados —dijo por lo bajo saliendo del despacho.

Lori y Cameron se miraron de reojo. Él metió las manos en los bolsillos del pantalón. —Buena la hemos hecho —susurró su secretaria.

—Fue idea tuya.

—Sí, pero no me esperaba que se desmayara. Era una broma. A ver cómo le dices ahora que es mentira. Que solo querías ver su cara cuando le pidieras que comprara el anillo.

—¡Joder! Va a pensar que nos burlamos de ella.

—Bueno...

Cameron la fulminó con la mirada. —¿Qué?

—Es que nos burlamos de ella. Un poquito...

—¡No, eso no es cierto! ¡Yo solo quería comprobar su reacción!

—Para reírte de ella, Cameron. Las bromas son así.

Gruñó apretando los puños. —¡Pues no me ha gustado la broma!

Lori soltó una risita y la miró como si le hubieran salido cuernos. —Es que tenías que haberla visto cuando salió del despacho. —Se echó a reír. — ¡Parecía que quería matar a alguien!

Cameron sonrió. —Lo oí por el intercomunicador. Casi me parto de la risa cuando dijo lo del sándwich. —Se echaron a reír. —Te llamó bruja. Cuando dijiste que tenías pálpitos por poco salgo para verlo en directo.

Denise apoyada en la pared ante su escritorio no se lo podía creer escuchando sus carcajadas, pero de inmediato fue consciente de todo y la vergüenza la recorrió perdiendo el poco color que tenía en la cara. Temblando ni se dio cuenta de que sus preciosos ojos verdes se llenaban de lágrimas ni que recorrían su mejilla porque se sentía humillada. Solo se habían burlado de ella. Todo había sido una broma.

Dio un paso atrás apartándose de la puerta con el neceser en la mano y casi sin ver fue hacia el baño que en ese momento estaba vacío. Era una estúpida. Ambos sabían que le atraía Cameron y solo habían querido jugar con

ella. El muy capullo solo quería comprobar su reacción. La rabia le hizo quitarse las horquillas con saña haciendo caer su melena castaña hasta la cintura. Se miró al espejo y vio su siempre impecable maquillaje corrido. Parecía una payasa. Su payasa. De la que reírse cuando le daba la gana. Porque no era la primera vez que sucedía eso. No. En una ocasión la llamaron a las tres de la mañana durante una semana entera, haciendo que se muriera de miedo por la voz jadeante al otro lado de la línea. Cuando en un descanso estaban tomando un café, lo comentó pálida diciendo que no sabía si denunciarlo a la policía. Se quedó de piedra cuando se partieron de la risa y como acababa de llegar no mostró cómo se había sentido. En otra ocasión le enviaron un regalo de cumpleaños. Ilusionada lo abrió bajo su atenta mirada y sacó un libro de la caja. Un cuento infantil con un osito de peluche como si fuera una niña. —Para que tengas dulces sueños —dijo Cameron antes de reír chocando las palmas con Lori. Recordó una tras otra y se dio cuenta de que todas sus bromas pesadas la hacían parecer simple y una cría ante sus ojos. Como una estúpida de la que podían hacer lo que les diera la gana. Una lela enamorada de su jefe, que estaba tan embobada que haría cualquier cosa por él. Nunca se quejaba, siempre trabajaba lo que él quería y siempre estaba disponible para sus caprichos. Incluso para burlarse de ella cuando le venía en gana. Había que ser idiota. Una idiota de primera.

Al principio pensó que esas bromas eran porque querían integrarla en

el despacho, pero ahora se daba cuenta que nunca la aceptarían. Cuando había entrado a trabajar allí después de terminar la universidad, estaba tan encantada con su nuevo trabajo que todo le daba igual. Pero la personalidad de Cameron la fue absorbiendo y se fue enamorando sin poder evitarlo. Deseaba verle todos los días y cuando llegaba el fin de semana se sentía deprimida. Dejó de salir con sus amigos con la excusa de que estaba cansada y se fue aislando, convirtiéndose en un satélite de Cameron que le rodeaba esperando una palabra suya. Realmente patético. Patético y triste porque él acababa de demostrar que jamás se fijaría en ella y que sabía de sobra que estaba loca por él. Agachó la mirada abriendo el grifo.

Mientras mojaba sus muñecas intentando calmarse, no podía negar que la actitud de Lori también le dolía. Aunque era mayor que ella, pensaba que después de esos tres años habían llegado a ser amigas, a pesar de que al principio no la tragaba por ser más joven y con más titulación que ella. Era evidente que se equivocaba. Que los dos aprovechando su atracción por Cameron, se hubieran burlado de ella de esa manera, le demostraba que no la habían apreciado nunca. Y después de todo ese tiempo nunca lo harían.

La puerta del baño se abrió sobresaltándola y disimulando se mojó la cara mientras Lori preguntaba —¿Estás bien?

Apartó las manos de la cara y se enderezó cogiendo una toalla. — Claro que estoy bien. Qué desastre de maquillaje.

Su compañera la miró fijamente. —¿Has estado llorando?

—Es que el rímel se me ha metido en los ojos. —Forzó una sonrisa. —
Es del barato, ya sabes. —Se frotó con la toalla de papel y se acercó al espejo
para pasarlo bajo sus ojos. —Parezco un mapache.

Lori apretó los labios observándola. —Sobre el desmayo...

—Ya te lo he dicho. No he desayunado lo que debería.

—Pero lo del anillo...

—No ha sido por eso —dijo aparentando diversión.

—Claro que sí, dijiste...

—¿En serio crees que voy a sentir algo por un ser tan egoísta que le
pide a su secretaria que compre el anillo de compromiso de su novia? —Se
echó a reír. —Conozco a Cameron muy bien. No le importa nadie más que sí
mismo. Ese matrimonio no durará. —Sacó la barra de labios pasándosela por
su grueso labio inferior. —Te lo digo yo. Eso es lo que me indignó. Puede que
me alterara un poco, pero no es por lo que te imaginas. Soy su secretaria,
joder. No su asistente personal. Que contrate uno con toda la pasta que gana.
—Cogió el rímel y la miró a los ojos aparentando indiferencia. —Pobre de
esa Marcia, no sabe lo que se le viene encima.

—Pero yo creía que te gustaba.

La miró asombrada. —¿Gustarme? ¿Por qué iba a gustarme? Es creído,

egocéntrico, egoísta, se cree que lo sabe todo y encima es un rácano.

—¿Rácano?

—¿Sabes que cuando entré en su despacho me preguntó cuánto ganaba? Pues cuando le dije la cantidad, me soltó que era un sueldo muy bueno. ¡Menuda cara! Hago el trabajo de un directivo y cobro lo mismo que tú. — Lori se sonrojó y ella entrecerró los ojos antes de sonreír con ironía. — Entiendo. A ti sí que te ha subido el sueldo. — Suspiró mirando el espejo. — Bueno, da igual. Enseguida me llamarán del nuevo trabajo.

Lori abrió la boca del asombro. —¿Qué nuevo trabajo?

—El que he solicitado en Empresas Follman. Ya he pasado las primeras dos entrevistas. Me han dicho que me llamará el jefe para la última criba el mes que viene, porque tiene previsto un viaje de negocios a Europa.

—No me habías dicho nada.

—Soy licenciada en Económicas. No me iba a quedar de secretaria toda la vida. — Chúpate esa, pensó cerrando el neceser. — Bueno, voy a comprarle el anillo al jefe.

Lori no salía de su asombro. —No te has recogido el pelo.

—Bah, total voy a salir a la calle...

Salió del baño dejándola con la palabra en la boca y Lori con los ojos como platos gimió. —Mierda, esto no puede estar pasando.

Capítulo 2

Cameron la miraba como si no pudiera creerse lo que decía, dejando caer los palillos de la comida dentro del envase. —¿Estás de broma? ¡Lori, no tiene gracia!

—¿Crees que te mentiría en algo así? ¡Ha salido del baño y se ha largado de compras! ¡La comida ha debido pedirla con el móvil y apuesto la cabeza a que ha reservado ya la mesa para esta noche! ¡He tenido que atender una llamada importante y ya estaba la comida aquí!

—¡Joder, era misión tuya detenerla para contarle la verdad!

—¡Me quedé en shock cuando me dijo que casi ya tiene otro trabajo y que se va el mes que viene! —gritó de los nervios.

Cameron dejó caer el envase sobre la mesa y se levantó lentamente. —¿Qué has dicho? —preguntó suavemente poniéndole los pelos de punta.

Lori se apretó las manos perdiendo parte del color de la cara. —Pues... yo no sabía nada, te lo juro.

—¡Dilo de una vez!

—Pues cuando entré, pensé que había estado llorando y...

Su jefe se tensó. —¿Cómo que llorando? ¿Por lo del anillo?

—¡No! —Negó con la cabeza. —No era eso. Creía que lloraba, pero era el rímel.

—¡Lori, estoy perdiendo la paciencia!

Se mordió el labio inferior. —Creo que nos equivocamos.

—¿Cómo que nos equivocamos? ¿De qué coño estás hablando, Lori?

Se miró sus manos. —No está enamorada de ti. —Le miró de reojo para ver que estaba tenso como un palo mirándola fijamente. —De hecho...

—¿De hecho?

—Tiene una opinión de ti bastante mala. Pésima.

—¿Tiene una opinión de mí pésima? —preguntó en apenas un susurro —. Por favor ilumíname.

—Cree que eres un egocéntrico, un egoísta y un rácano. Ah, y un creído. —Hizo una mueca. —Creo que no se me olvida nada. Y no le sentó muy bien enterarse de que ganaba más que ella. No, de hecho le sentó fatal. Ahí fue cuando me dijo que daba igual porque de todas maneras se iría en un mes. A Empresas Follman.

Cameron se echó a reír. —Muy buena, Lori. Ésta te la has currado, pero...

Lori negó con la cabeza. —La llamada que he hecho, ha sido a Follman, a recursos humanos. Ha hecho las entrevistas. Tengo una amiga allí que lo ha confirmado y me ha dicho que es la candidata número uno.

—¡Claro que es la candidata número uno! —gritó furioso—. ¡Pero es mía!

—Solo queda pendiente que Follman le dé el visto bueno. —Le miró levantando las cejas. —Y se lo dará.

—¡Joder! —Se volvió pasándose las manos por su cabello intentando pensar. —¡Esto no está pasando, joder! —Se volvió mirándola sorprendido. —Ya sé lo que voy a hacer.

—¿Sí?

—La asciendo y...

—¿Ahora? Le ofrecen un puesto directivo y la opinión que tiene de ti... El sueldo ya puede ser bueno porque si no se largará.

—¡Pero si me adoraba! ¡Todo el mundo lo veía! ¡Tú lo veías!

—Pues disimula muy bien porque lo que dijo de ti en el baño iba muy en serio. Incluso parecía que... te odiaba. Siento ser tan cruda, pero cuanto antes lo sepas mucho mejor.

Se dejó caer en su sillón mirándola asombrado. —No se puede ir. ¿Me odia? —No salía de su asombro. —Pero si siempre me sonrío y...

—Hace su trabajo, Cameron. Por el que le pagas, ¿recuerdas?

—Esto es por lo del anillo —dijo señalándola con el dedo—. ¡Seguro! ¿Cuánto apuestas? Está enfadada, eso es todo. Joder si hasta se desmayó.

Lori entrecerró los ojos. —¿Tú crees?

—Claro que sí. Todo iba bien hasta lo del anillo. Le ha sentado como una patada en el estómago. —Sonrió satisfecho. —Claro que sí. Es por eso. Una rabieta, nada más.

—Pues la rabieta la tiene desde hace mes y medio que empezó las entrevistas. —Cameron perdió la sonrisa de golpe. —Por eso la he creído, porque si te quisiera jamás se hubiera presentado a esas entrevistas, ¿no crees? —Hizo una mueca. —Lo siento.

—¿Pues no lo sientas porque sí me quiere! —Golpeó la mesa con el puño. —Yo voy a arreglar esto. Vuelve al trabajo. —Lori fue hasta la puerta. —Y las bromas se han terminado, para siempre.

—Sí, jefe. Pero recuerda que va a comprar el anillo para esa borde que te llamó antes.

Juró por lo bajo levantándose de su escritorio y cogiendo su móvil. Llamó a Denise de inmediato para impedirlo, pero no le contestaba al teléfono. Sonrió aliviado porque era la primera vez que lo hacía. Sí que estaba furiosa, sí. Tendría que hablar con ella seriamente. Era hora de dejar las cosas

claras.

Denise entró en el despacho al día siguiente con una sonrisa de oreja a oreja. —Buenos días....

Lori la miró con los ojos como platos porque estaba contenta como unas castañuelas. —Ayer no volviste.

Parpadeó sorprendida. —El jefe me dijo que era mejor que me fuera a casa. Y me fui a casa.

—¿Te fuiste a casa? ¿No compraste el anillo?

Sonrió de oreja a oreja. —Claro que lo he comprado. Ya verás, le va a encantar. —Ilusionada fue hasta su mesa dejando su enorme bolso. —¿Cuando lo vea su prometida, se va a morir!

Lori gimió por dentro e iba a decir algo cuando llegó Cameron en ese momento con una cara de cabreo que no podía con ella.

—¿Denise, a mi despacho!

Sorprendida levantó la cabeza para ver como entraba en su despacho. —¿Qué ha pasado? ¿Está enfadado?

—Ni idea —dijo Lori forzando una sonrisa.

Cogió el paquete de la joyería y corrió hasta su despacho cerrando la puerta. —Siento no haber vuelto ayer —dijo arrepentida—. Pero es que cuando salí de Tiffany me mareé un poco y decidí llamar a un amigo que es médico para que me revisara.

Cameron que se estaba quitando la chaqueta, se detuvo en seco para mirarla a los ojos. —¿Y estás bien?

Sonrió de oreja a oreja. —Fue que me bajó la tensión. Nada de importancia. —Ilusionada puso el paquete sobre la mesa. —¡Aquí está!

Él miró el envase en color verde agua como si fuera una cobra. —¿Qué es eso?

—El anillo —respondió como si fuera idiota—. Siento no habértelo traído ayer, pero ahora mismito reservo mesa para que se lo pidas esta noche. Como debe ser.

Cameron carraspeó incómodo girándose y poniendo la chaqueta en el respaldo de la silla. —Me lo estoy pensando.

—¿Qué te estás pensando? —Jadeó llevándose la mano al pecho. —La vas a dejar plantada.

—¡Cómo la voy a dejar plantada si no se lo he pedido!

—Pobrecita... —Miró con pena el envase. —Con lo que me costó decidirme... —Se cruzó de brazos. —Pues no se puede devolver. Y ha

costado doscientos cincuenta mil dólares.

Cameron la miró con horror. —¿Qué has dicho?

Le miró arrepentida. —¿Me he pasado? Dijiste que comprara lo que me gustara. —Parecía que se había tragado un palo y por poco se le escapa la risa. Mira, ahora la que se iba a reír era ella. —Y compré lo que me pareció adecuado para tu fina prometida.

—No es mi prometida —dijo intentando contenerse—. ¿Y por qué no se puede devolver?

—Por la frase.

—¿Qué frase? —gritó sin poder evitarlo.

—La que me has mandado grabar. “Haces latir mi”, no cabía más.

La miró asombrado. —¿Estás loca? ¿Cómo dejas la frase a medias?

—Lo entenderías si vieras el anillo. —Con las dos manos le acercó la cajita sonriendo de oreja a oreja.

Furioso cogió la caja y le quitó el lazo blanco que la rodeaba diciendo algo por lo bajo. Ella se cruzó de brazos divertida. Abrió la caja típica de Tiffany y sacó la caja de terciopelo del mismo color levantando la tapa impaciente. —Un rubí en forma de corazón rodeado de diamantes. ¿A que es bonito? —Chúpate esa imbécil. Ahora te lo comes con patatas. —¿Entiendes la frase? ¿A que es original? Marcia estará encantada, te lo aseguro. Nadie

tendrá un anillo de compromiso igual.

Estaba que se lo llevaban los demonios e intentó contenerse. —Sí que es bonito. Gracias, Denise.

—De nada. Para eso estoy. Para facilitarte la vida. ¿Estás seguro que te lo vas a pensar? Es la mujer que necesitas.

La miró asombrado. —¿Ah, sí?

—Sí, es muy como tú —dijo con fina ironía—. Triunfadora, con unos modales exquisitos y muy guapa. Se ha operado la nariz, ¿verdad? Esperemos que vuestros hijos no salgan con nariz aguileña o algo así. ¿Has visto alguna foto de ella antes de la operación?

—¡Te he dicho que me lo estoy pensando!

—Pues muy bien. Es tu futuro y tú decides. —Suspiró mirando el anillo. —Es una pena que no vayas a dárselo. Le encantaría.

—¿A ti te gustaría?

—¿A mí? —preguntó como si fuera algo imposible—. ¡No! Yo no soy como ella. —Se echó a reír. —¿Me imaginas yendo en metro con eso? Me asaltarían al segundo día. —Movi6 la cabeza de un lado a otro. —Ese es un anillo para alguien que va en limusina y no ha visto un metro en su vida, Cameron. Como Marcia. —Sonrió de oreja a oreja. —Si te decides, te garantizo que le encantará. —Él gruñó por lo bajo. —Bueno, me voy a trabajar

si no quieres nada más. —Se volvió con intención de irse.

—Denise, ¿has solicitado trabajo en Follman?

Se detuvo en seco y entrecerró los ojos sonriendo antes de ponerse seria y volverse. —¿Solicitar trabajo? No, claro que no.

Cameron de pie ante el sillón de su escritorio apretó los labios. —
Mientes.

—No, de verdad... Me llamaron ellos. —Eso sí que le descolocó. —
De hecho, no quería ir, pero un hombre muy amable de su empresa me invitó a
comer para hablar conmigo. Me dijo que mi reputación al trabajar aquí le
había hecho buscarme. Que al parecer estoy algo infravalorada en esta
empresa y me explicó en qué consistiría mi tarea. Sería directiva, la mano
derecha de Follman porque hay que descargarle de trabajo. Básicamente lo
que hago contigo, aunque con un poco más de responsabilidad. Y me pagarían
seis veces más. —Caminó ante su escritorio mostrando el traje rosa que se
había puesto ese día. —La verdad es que era muy persuasivo y no pude
negarme a hacer las entrevistas. Me llevó al Le Monde. Menudo lujo. Podría
acostumbrarme.

Cameron siseó por lo bajo —Aquí no estás infravalorada.

—¿Ah, no? —Le miró confundida. —Ayer mismo dijiste que mi sueldo
estaba bien y... La verdad, que Lori cobre más que yo es algo... ¿insultante?

Yo tengo toda la responsabilidad.

Su jefe carraspeó. —Bueno, es que lleva aquí muchos años y... Trabajaba para mi padre, ¿sabes?

—Oh, sí... Lo sé. ¿Y? Tú llegaste después y cobras más que nadie. — Él iba a decir algo, pero ella le interrumpió. —No te preocupes, que si me voy te avisaré con antelación como se estipula en mi contrato. —Se volvió para irse. —Ahora me voy a trabajar que seguro que hay un montón de tareas pendientes con mi ausencia de ayer. Si necesitas algo, ya sabes dónde estoy.

—¡Denise!

Se volvió aparentando sorpresa. —¿Qué?

—Igualo sus condiciones.

Separó los labios porque realmente no se lo esperaba. En los tres años que había trabajado allí, jamás había tenido un gesto con ella y podía contratar a otra estúpida que ganara su sueldo. —¿Por qué? —preguntó sin poder evitarlo.

—Pues.... Porque te has hecho imprescindible para la empresa. — Carraspeó incómodo. —Te necesitamos y quiero demostrarte que aquí también se te aprecia.

Si la hubiera apreciado, habría movido el culo mucho antes. Menuda mentira. Lo que ocurría es que no quería que Follman ganara y ella ya estaba

harta de ser el juguete con el que Cameron se divertía. Se mordió su labio inferior. —Pues no va a poder ser.

—¡Ya lo has decidido! —gritó furioso.

—Es que ese hombre me ofrece viajar con el jefe y para serte sincera Follman está como un pan. —Le guiñó un ojo sonriendo. —Puede que tenga una oportunidad, ya sabes.

Eso sí que le dejó de piedra. —¿Qué acabas de decir?

—Bueno, soy joven y es un candidato de lujo. —Sonrió ilusionada. —¿Te imaginas? Y si no funciona da igual, porque el trabajo es mucho mejor que éste. Es una multinacional con sedes en París y Japón. Es una oportunidad única.

Cameron se puso rojo de furia. —¡Fuera!

—Vamos, no te lo tomes así. Sabías que no me quedaría mucho tiempo.

—¿Cuándo te he dicho yo algo semejante? —gritó a los cuatro vientos.

—El día de la entrevista. —Cameron la miró como si le hubieran salido cuernos. —¿No lo recuerdas? Me dijiste: “Señorita Rowling, con el curriculum que tiene seguramente no durará en este puesto mucho tiempo, porque se nota que es ambiciosa. Pero le aseguro que la experiencia que adquirirá conmigo la beneficiará mucho.” —Sonrió de oreja a oreja. —Así que gracias, porque tenías razón.

—¡Me refería a que ascenderías en la empresa! ¡En esta empresa! ¡En industrias Birkenshaw!

Confundida respondió —Ah, pues como en tres años no me he movido de esa silla, yo lo he interpretado de otro modo. Bah, un malentendido.

—¿Pero te has decidido o no? —preguntó exaltado.

Ella hizo que lo pensaba. Tampoco quería que la echara de la empresa y la perjudicara en Follman. —Es que no sé... Es una decisión difícil ahora que me has igualado las condiciones... —Se cruzó de brazos y dio golpecitos en su labio inferior con su dedo índice. —No he trabajado con Follman. Puede ser más tirano que tú todavía.

—¿Cuándo he sido yo un tirano?

—Bueno, cuando me llamaste a las doce de la noche un domingo para que viniera a la oficina a preparar aquel informe porque tú estabas en las Maldivas... —Entrecerró los ojos. —O cuando...

—¡Forma parte de tu trabajo! También te dije que no había horarios en la entrevista, ¿o no?

—Ya, pero hay límites. ¿No?

—¡No! ¿Acaso crees que con Follman los tendrías?

—Bueno es que con Follman gano seis veces más.

—¡Y aquí también!

—Ahora, antes...

—¿Te quedas o no? —preguntó de los nervios.

Levantó la barbilla. —Es que hay otras cosas que no me gustan de trabajar contigo.

Cameron entrecerró los ojos. —Por favor, expláyate. No quiero quedarme sin saberlo.

—Oh, pues... —Hizo que lo pensaba. —Las bromas, por ejemplo. Fue muy cruel que me llamarais a las tres de la mañana durante una semana. ¿Sabes el miedo que pasé? ¡Ni se lo dije a mis conocidos por miedo a que se asustaran! ¿Tienes idea de todo lo que se me pasó por la cabeza? —preguntó alterándose.

Cameron apretó los labios. —No te conocíamos.

—¡Queríais reiros de mí! Como cuando me enviasteis la caja de los petardos. ¡Me quemé la mano! ¡El que saltó de la caja, me podía haber sacado un ojo!

—Denise...

Sus ojos se llenaron de lágrimas sin poder evitarlo. —¿Y encima dices que me aprecias? Menuda mentira. ¡A Lori le regalaste las vacaciones el año pasado y lo sé porque yo pagué la factura! ¡Ni siquiera tienes el tacto de disimular una cosa así!

Cameron palideció y rodeó el escritorio mirándola. —No lo entiendes... Fue por su aniversario de boda y...

—¡A mí ni me diste vacaciones! —Dolida apartó la mirada. —Pero me da igual. —Levantó la barbilla intentando no llorar porque no quería mostrar que le dolía todo lo que habían hecho. —Mira, esta conversación me ha venido genial para decidirme. Me voy a Follman. Te presentaré la carta de dimisión en cuanto la redacte.

—Denise, vamos a hablar de esto —dijo intentando controlarse, pero ella salió del despacho. Se llevó las manos a la cabeza y juró caminando hacia la puerta. La abrió y vio solo a Lori tras su mesa—. ¿Dónde está?

—Está haciendo el café.

—¿Ese no es tu trabajo? —preguntó molesto.

—Es que te gusta más el suyo —respondió sonrojándose—. Lo has dicho mil veces.

Con ganas de pegar cuatro gritos se acercó a la sala de descanso deteniéndose en seco al escucharla llorar. Conteniendo el aire dio un paso hacia la puerta y la vio de espaldas a él intentando abrir el envase de café. Denise sorbió pasándose la mano por debajo de la nariz y vio como hundida tiraba el envase contra la pared que tenía en frente, antes de apoyar las manos sobre la encimera y tomar aire. Cameron apretó los labios alejándose de la

puerta porque en ese momento fue consciente del daño que le habían hecho. Volvió a su despacho y cerró la puerta caminando hacia el enorme ventanal que iba de pared a pared. Realmente era gilipollas. Le había seguido el juego a Lori desde el principio para no liarse con ella y ahora la había perdido. Impotente metió las manos en los bolsillos del pantalón.

Todavía ni podía explicarse cómo había ocurrido. Cuando llegó a su despacho el día de la entrevista se encontró con una perfeccionista. Era metódica, organizada y todo lo que se pudiera desear de una secretaria. Pero a las dos semanas de estar trabajando juntos, empezó a ver cosas que no eran normales para él. Como que siempre estuviera pendiente de sus necesidades. Eso le puso alerta y habló con Lori que no había notado nada. —¿Quieres que piense que pasas de ella sin que tengas que decirlo? Gástale bromas pesadas. No hay mejor manera de que una mujer pierda el interés, te lo digo yo que con mi primer novio salí despavorida.

Entonces hizo lo de las llamadas. Le pareció una buena idea para poner distancias. Y ocurrió. Durante unas semanas estuvo más tensa, pero a los pocos meses volvió a ser solícita y perfecta en cada cosa que hacía. Así que lo volvió a hacer con la caja de petardos la tarde antes del día de la Independencia. Se llevó un susto tremendo y cuando uno de los petardos saltó de la caja casi le da en la cara y esquivándolo se cayó de la silla. Ellos se echaron a reír y forzó una sonrisa, aunque él se dio cuenta enseguida de que

estaba dolida. Aun así, hizo como si la broma fuera buenísima y disimuló lo que pudo. Al día siguiente apareció con la mano vendada. Ahí fue cuando todo cambió y lo de las bromas a él ya no le hacía tanta gracia. Pero cuando vio la cara que puso cuando apareció uno de sus ligues por el trabajo, decidió que había que volver a hacerlo. Y con cada cosa que hacía la había alejado de veras. Y estaba seguro de que lo del anillo había sido el remate porque nunca le había hablado de esa manera.

Apretó los labios viendo el edificio Follman iluminado por la luz del sol. Se merecía ese trabajo, pero joder... La había perdido y ahora se daba cuenta de que en lugar de quererle como había supuesto, le odiaba por su estúpido comportamiento. No sabía de qué se extrañaba si ni siquiera había sido capaz de hacerle un regalo de cumpleaños decente en tres años. Se sentía ridiculizada y poco apreciada en la empresa y no era para menos. Cualquiera pensaría lo mismo. Se había comportado como un idiota y no sabía cómo arreglarlo porque lo que sentía en el pecho desde que se había enterado de lo de Follman no le gustaba nada.

La puerta se abrió sin llamar y Denise sonrió como siempre con su taza de café en la mano. —Aquí tienes.

—Ese no es tu trabajo —dijo molesto.

Le miró sorprendida. —Siempre lo hago yo.

—¡Pues ya no es tu trabajo!

Denise dejó la taza sobre la mesa y enderezó la espalda. —¿Quieres que me vaya ya? Pareces molesto con mi decisión.

—¡No! ¡No quiero que te vayas, joder!

—Seguro que encuentras a otra secretaria que cumpla mi función. —
Sonrió dulcemente y a Cameron se le rompió el alma porque no tenía ni idea de lo que pensaba y ahora no se creería ni una palabra si intentaba disculparse. Además, le importaría una mierda. —No soy imprescindible. Te acostumbrarás como te acostumbraste a mi manera de trabajar.

—No lo creo. —Dio un paso hacia ella. —¿No te lo vas a pensar?

—Creo que es lo mejor. Mi carrera es lo único que tengo de momento y debo aprovechar la oportunidad.

—¿No tienes familia?

Le miró sorprendida antes de ocultar sus preciosos ojos verdes. —Te lo dije hace tiempo en la fiesta de Navidad. No, no tengo mucha familia. Solo una tía en Boston.

Cameron juró por lo bajo porque lo había olvidado. Otro ejemplo para ella de que le importaba una mierda. —No lo recordaba.

Forzó una sonrisa. —Es que tienes mucho en que pensar. Bueno, me vuelvo al trabajo. Tengo un montón de mails pendientes.

—Gracias por el café.

Pudo ver la sorpresa en su rostro cuando le dio las gracias, pero no dijo nada mientras se iba del despacho. —Estupendo, Cameron. Te has cubierto de gloria.

Capítulo 3

Denise ante la pantalla del ordenador con la mirada perdida escuchaba como se imprimía su carta de renuncia.

—¿Estás segura de lo que haces? —preguntó Lori preocupada.

Sonrió cogiendo la hoja. —Claro que sí. Es mi oportunidad. —Cogió el bolígrafo y la firmó a toda prisa. Suspiró levantándose. —Bueno, ya está.

—Todavía puedes dar marcha atrás. En Follman serás un pececillo.

—Sí, un pececillo con pasta.

Caminó con paso firme hacia el despacho y abrió la puerta. Cameron bebía su café sentado en su sillón mirando la ventana lateral y dejó la carta de renuncia ante él. —Me voy en quince días. —Asintió sin dejar de mirar la ventana y dio otro sorbo a su café. —¿Necesitas algo?

—Suspende el viaje a Calgary. No quiero ir a Canadá ahora.

Le miró sorprendida. —Llevas detrás de esas reuniones mucho tiempo. No puedes suspenderlas. Los clientes se indignarán después de todo el tiempo que les he insistido para que te vean. Necesitan renovar sus instalaciones y

maquinaria nueva. Son más de cien millones de dólares, Cameron.

Cameron entrecerró los ojos como si le diera vueltas al asunto. — Tienes razón. El trabajo es el trabajo. Como les conoces tan bien, vendrás conmigo.

—¿Perdón? —preguntó atónita.

—¿No querías viajar? Pues vas a empezar ahora. —Dejó la taza sobre la mesa.

—Nunca me has necesitado en tus viajes.

—Pues ahora he cambiado de opinión. —Levantó una de sus cejas. — ¿Algún problema?

—No, pero...

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer. Anula la gala porque no quiero ir.

—Pero es una recaudación de fondos donde estarán los más importantes empresarios de la ciudad. ¡Tienes que asistir! —Frunció el ceño.

—¿Estás bien?

—Por supuesto. Encárgate de que la próxima secretaria sea secretario.

Denise apretó los labios porque aún estaba enfadado. Pues le daba igual. Ya pasaba de todo lo que le dijera. —Bien.

Lo del viaje ya lo hablaría más adelante porque no estaba el horno

para bollos. Pero a Canadá no pensaba ir. Eso fijo. Ahora le daba por querer llevarla, seguramente para convencerla, pero de eso nada. Había tomado una decisión y ya era inamovible. Lo que tenía que conseguir era el trabajo en Follman porque quedarse en el paro no era la mejor opción. Pensando en ello se sentó tras su mesa sin darse cuenta de que ambos la observaban. Acercó la silla y al levantar la vista le vio sentado en su mesa mirándola fijamente con esos ojos grises que habían torturado sus sueños durante tres años y se dio cuenta en ese momento que cualquier enamoramiento que hubiera tenido se había evaporado el día anterior. Cameron apretó los labios furioso. Se levantó de su asiento sin dejar de mirarla y Denise se enderezó esperando otra regañina, pero al llegar a la puerta simplemente cerró de un portazo.

—Uff, está que trina —dijo Lori por lo bajo antes de mirarla de reojo—. ¿Seguro que quieres irte? Si está así es porque te aprecia mucho.

—Si está así, es por las molestias que va a tener con su nuevo secretario —dijo irónica haciendo que Lori agachara la mirada—. Ahora tengo que concentrarme en los mails, si me disculpas...

—Sí, claro.

Se puso a revisar el correo electrónico y se dijo a sí misma que tenía que concentrarse. Ya estaba hecho y no pensaba dar un paso atrás. Era hora de centrarse más en su carrera que en Cameron Birkenshaw. Y lo iba a conseguir. Iba a llegar a la cima.

A la hora de la comida Lori se acercó con el bolso en el hombro y sonrió. —¿Vamos a comer?

—No puedo. Tengo trabajo pendiente —dijo sin dejar de teclear.

Lori frunció el ceño. —Estás enfadada conmigo, ¿verdad?

La miró con sorpresa. Sería falsa. Pues para falsa ella. —¿Por qué dices eso?

—No sé. Desde ayer te veo rara conmigo.

—Es que esta situación es un poco tensa, eso es todo.

—¿Por qué no me dijiste que habías hecho las entrevistas con Follman?

Se encogió de hombros. —No me pareció que te interesara algo así.

—¿Cómo no va a interesarme que pienses en cambiar de trabajo?

—Será porque no te ha interesado nada de mí en tres años. —Lori se sonrojó. —¿O sí?

—Creía que éramos amigas.

Eso la sacó de sus casillas. —¿Amigas? ¿Desde cuándo eres mi amiga? Porque vayamos a comer y hablemos de tu interesante vida con Robert

y tus hijos, no significa que seamos amigas. ¿Acaso me has preguntado alguna vez por lo que hago? ¿Lo que me gusta o no me gusta? ¿He hablado contigo alguna vez de los sueños que tengo para el futuro? No, ¿verdad? Porque nunca me has preguntado. —Lori se sonrojó e iba a decir algo, pero Denise la interrumpió. —Mira, no finjas que te importa que me vaya, porque si quedaste a comer la primera vez conmigo fue porque esa de contabilidad te plantó y ya habías reservado la mesa para dos. Por cierto, todavía me debes cuarenta pavos de esa comida.

—No, eso no es cierto. Claro que me importas.

—Por favor Lori... Al menos sé sincera por una vez —dijo levantándose—. No me has tragado desde el principio. Creía que éramos amigas y te has burlado de mí con el jefe. ¿Crees que soy estúpida? ¡Tú estabas metida en las bromas que me habéis gastado! ¿Pues sabes qué? Lo he pillado. No me queréis aquí y me voy. ¡Ahora no os hagáis los ofendidos porque decida irme a un lugar mucho mejor que este trabajo de mierda! —Se agachó cogiendo su bolso y caminó hacia el ascensor.

Alucinada escuchó que se abría la puerta y se volvió para ver a su jefe con la chaqueta puesta. —Vamos a comer. Tenemos que hablar.

—¿La has oído? Cree que queríamos que se fuera. ¡Lo ha tergiversado todo!

Él levantó una ceja. —¿Tú sabías que no tiene familia? ¿Que solo tiene una tía en Boston? —Caminaron hacia el ascensor mientras Lori le miraba con los ojos como platos. —¿Lo sabías? ¿Le has preguntado por su familia alguna vez?

—En las últimas Navidades dijo que iba a cenar en familia.

—¿Ah, sí? ¿Se fue a Boston?

—No, iba a cenar aquí porque al día siguiente tenía trabajo.

—Joder. —Pulsó el botón de llamada con saña y puso las manos en la cintura pensando en ello. —Tiene razón en todo.

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a dejar que se vaya?

—¡Claro que no! ¡Solo tengo que encontrar la manera de que se quede!

—Pues parece que lo tiene muy claro. —Entraron en el ascensor. —¿Por qué no la seduces? —Cameron la miró como si le hubieran salido cuernos. —¡No me mires así que a tu padre le funcionó conmigo! ¿Cómo crees que engendramos a Sybil?

—Dejemos a mi hermana fuera de esto, ¿quieres?

—Tú y tus manías de no parecerte a tu padre.

—¡Es que no es ejemplo de nada! Mira lo que te pasó a ti. ¡Y lo que le hizo a mi madre!

Le miró con pena. —También fue culpa mía, ¿sabes?

—Era él quien estaba casado y tú eras una cría.

Sonrió con orgullo. —No te pareces en nada a él.

Sus ojos grises se clavaron en ella. —Soy exactamente como él por qué le he hecho daño a Denise solo por pura estupidez.

—No la conocías, te entró el pánico y la rechazaste sutilmente. ¿Quién iba a decir que al final ibas a enamorarte de ella? —Salió del ascensor dejándole con la boca abierta y Lori que seguía hablando se volvió sorprendida al no encontrárselo al lado. —¿Qué pasa?

—¡Yo no estoy enamorado de ella!

Lori sonrió con ternura. —Claro que sí, Cameron. Por eso te mueres porque se va.

—¡Denise no se va a ninguna parte! —dijo furioso saliendo del ascensor.

—Si no la quieres, deja que se vaya. Sé razonable.

—Y una mierda.

Lori reprimió la risa. —¿No es irónico? Nosotros pensando que estaba loca por ti y al final has caído tú cuando ella pasa totalmente. —Cameron la fulminó con la mirada. —Oye, que solo estoy relatando los hechos.

—¡Me los sé de sobra! ¡Y sí que me quiere!

—No, no lo creo.

—Lo que pasa es que está cabreada. Eso es todo. He mantenido las distancias demasiado tiempo y se ha dejado seducir por el puesto de Follman.

—Mientras no se deje seducir por Follman... —dijo Lori por lo bajo levantando un brazo para llamar a un taxi.

—¿Qué has dicho?

—Vamos, sé realista. Es preciosa, inteligente, una luchadora en el trabajo, muy organizada y nunca pasa nada por alto. Le encantará. Y todos sabemos que John Follman es un seductor nato, ¿o no?. Se la llevará a la cama antes de firmar el contrato siquiera. —Cameron se puso rojo de furia apretando los puños mientras ella abría la puerta del taxi y entraba dejándole allí de pie.

—Eh tío, ¿subes o no? —preguntó el taxista con acento sudamericano mirándole por la ventanilla del conductor. Gruñó entrando al taxi y cerró de un portazo—. ¡Oye, más cuidado!

—Ni que el taxi fuera tuyo. Al Buba.

—Oh, cómo me cuidas, cielo. Me encanta ese sitio.

—Lo sé. —Miró por la ventanilla pensando en una solución. —Le he dicho que venga al viaje a Canadá.

—Oh, ¿entonces la vas a seducir?

—No Lori, voy a intentar que se dé cuenta de que me quiere.

—Tío, no pensarás hablarle así, ¿verdad? A una dama tienes que hablarle con suavidad.

—Oiga, ¿por qué no se mete en sus asuntos?

—Soy casi como un psicólogo. Aquí oigo de todo, te lo aseguro. ¿Quieres que te diga la mejor manera de seducir a una mujer sin acostarse con ella?

Ambos se miraron antes de mirar al frente. —¿Cuál? —preguntaron a la vez.

—Caerle bien a la madre. Eso no falla nunca.

—No tiene madre.

—¿Perro?

—No.

—¿Gato?

—No.

—¿Hijo?

—Menos.

—Pues entonces tendrás que ser gracioso. Si las haces reír las tienes en el bote. —Le miró a través del espejo retrovisor e hizo una mueca al ver su ceño fruncido. —Sí que lo vas a tener difícil.

—No le gustan las bromas —dijo Lori rápidamente.

—¿No le gustan las bromas en general o no le gusta que se las hagan a ella?

—Que se las hagan a ella.

—Claro, es que es un fastidio ser del que se ríe todo el mundo. —Lori entrecerró los ojos. —Si ella las devolviera...

—No lo ha hecho nunca.

—No, está claro que no le gustan.

—Lori deja de hablar con este tío. No tiene ni idea de cómo es Denise.

—Denise... Denise... —El tío abrió los ojos como platos. —¿De pelo castaño y ojos verdes?

Asombrado dejó caer la mandíbula. —¿Cómo lo sabe?

—Coño, porque la he llevado varias veces. Donde les he recogido a ustedes. Siempre me muevo mucho por esa calle. Hay mucho cliente.

—¿Y la llevaba a su casa?

El conductor negó con la cabeza. —No pienso daros la dirección.

—No, si la dirección ya la sabemos —dijo Lori rápidamente—. ¿Frecuenta algún otro sitio?

—Oh, pues va a yoga cuando tiene tiempo... —Cameron se inclinó

hacia delante para escucharle. —También le gusta correr por el parque los sábados por la mañana, pero no hace maratones.... Ah, y le gusta hacer manualidades. Una vez me dijo que me detuviera en una tienda de aquí cerca para comprar pintura acrílica. Al parecer debe pintar o algo así.

—Increíble, hasta un taxista cualquiera sabe más de su vida que yo — dijo Cameron por lo bajo.

—¡Oye, que yo no soy un taxista cualquiera! Tengo muchos clientes fijos, ¿sabes? Cuando llueve me llama a mí. Y me espera si estoy ocupado.

—¿Por qué? Esto es Nueva York. Hay taxis a puñados —dijo Lori asombrada.

—Le gusta hablar conmigo. —Sonrió de oreja a oreja. Señaló el salpicadero mostrando una virgen. —La Virgen de los desamparados. Sabía que mi esposa y yo somos devotos y me la regaló ella. Es una jovencita encantadora. —Se detuvo en el semáforo y se volvió para mirar a Cameron de arriba abajo antes de chasquear la lengua. —No, no me gusta para mi chica.

—¡No es su chica, caballero!

—Creo que la llamaré para decirle que un moreno quiere seducirla. Sí, lo haré.

Cameron se acercó a la mampara de separación. —Como abras la boca...

El taxista le puso ante la mampara un revólver y Lori chilló de miedo. —¿Qué? —preguntó con chulería—. ¿Como abra la boca qué?

—¡Cameron, por Dios! —Lori le agarró del brazo tirando de él.

Con rabia apoyó la espalda en el respaldo del asiento lentamente y el conductor sonrió. —Así me gusta, tranquilito. Y espero propina. —Se giró de nuevo ignorando como los cláxones pitaban y le hizo un dedo a uno que le adelantó antes de ponerse en marcha.

—No le dirá nada, ¿verdad? —preguntó Lori—. Es algo entre ellos. No debería meterse nadie.

—Ya. Entonces tú, que por lo que tengo entendido eres una bruja, ¿no tienes nada que ver con que mi niña ayer me llamara para que la recogiera en un estado lamentable?

Se les cortó el aliento y Cameron se adelantó de nuevo. —¿Qué sabes tú de eso?

—Mira gilipollas... Vuelve a hacerle daño y te parto la boca. Tengo unos amigos...

Cameron apretó los puños con rabia. —Quiere irse de la empresa.

—Y dejarás que se vaya. Porque es por su bien.

—¡Y una mierda! ¡Denise se queda!

—¿Te gustó el anillo? —preguntó con burla—. Lo elegimos juntos.

—Te estás divirtiendo, ¿eh?

—Y más que me voy a divertir como no la dejes en paz. Cuando le enviasteis la caja de petardos, te libraste por los pelos de quedarte sin dientes —dijo con rabia apretando el volante—. Y por lo de ayer tenía que haberos pegado un tiro y tiraros al puto puerto. Ella ha decidido cambiar de vida y lo vais a respetar. ¡De Denise no os reís más, joder! ¡Llevo tres años escuchando cosas que me revolvían las tripas y te juro por lo más sagrado que os quito del medio!

Lori palideció. —Este tío no es taxista.

El tipo se echó a reír mientras Cameron miraba la licencia del taxi que era de un tal Abdul Abi. —¿Quién eres?

—Soy su familia. —Frenó en seco y se volvió. —Ahora largo de mi taxi.

Cameron se le quedó mirando. Tenía la tez y el cabello moreno, pero era norteamericano a pesar de tener acento del sur del continente. Debía tener unos cincuenta años y tenía buenos músculos. Había sido criado fuera del país o había pasado fuera una temporada muy larga para hablar así. Pero al ver sus ojos verdes se tensó. Los tenía de un verde muy parecido al de Denise. — ¿Eres su tío?

—Denise no tiene mi sangre, desgraciadamente. Pero como si la

tuviera. Aléjate de ella. Lo mejor sería que no le hables demasiado hasta que se vaya.

Le miró sin poder creérselo. —Lo había decidido antes, ¿verdad? Había decidido irse de la empresa antes de esta mañana.

El taxista se echó a reír. —Joder, eres más imbécil de lo que creía. No tienes ni idea de cómo es. —Le fulminó con la mirada. —Denise es fiel hasta la muerte. Hasta vuestra estupidez de ayer, hubiera dado la vida por ti. —Cameron palideció importándole muy poco que le pusiera la pistola ante la cara de nuevo. —¡Ahora largo, joder!

Lori chilló abriendo la puerta y casi saltando del taxi, pero Cameron apretó los labios de la impotencia. —Dime que tengo que hacer para arreglarlo.

Le miró con desprecio. —Esto ya no tiene arreglo. Sal o te juro que te mato.

Cameron abrió la puerta sin quitarle ojo. —Solo pido una oportunidad. —Has tenido tres años.

En cuanto salió, el tipo aceleró haciendo chirriar los neumáticos y Lori se acercó a él asustada cogiéndole del brazo. —¿Quién era ese hombre?

—Es con quien Denise pasó la Navidad. —Juró por lo bajo mirando a su alrededor para ver que estaban en el puerto donde atracaban los cruceros.

—Mierda. Tiene que haber taxis para los turistas. Vamos.

—¡Cameron por Dios, te ha amenazado con una pistola! Deberíamos ir a la policía.

—Ese hombre no me hará nada —dijo muy tenso—. Y no quiero disgustar a Denise con esto, así que no vas a decir ni pío. —De repente sonrió.

—¿De qué rayos te ríes ahora? —preguntó indignada.

—Pues de que nuestro nuevo enemigo nos ha dicho algo de lo más interesante.

—¿De verdad? Porque yo solo veía el cañón de esa pistola.

Se detuvo y sonrió de oreja a oreja. —¿No te das cuenta? Ha dicho que hasta ayer Denise hubiera dado la vida por mí. —Lori frunció el ceño y jadeó. —Exacto. Sabe que nos burlamos de ella con lo del anillo. Y ella me la ha devuelto comprándolo y haciéndose la tonta. Con lo del desmayo no pudimos decirle la verdad y ella lo ha aprovechado para devolvérmela. —Sonrió divertido. —Pudo comprar un anillo realmente horrible que me costara una fortuna, pero ha escogido el que a ella le ha gustado. Estoy seguro.

Siguió caminando y ella corrió tras él. —¿Cómo estás tan seguro?

—No has visto el anillo. Es realmente precioso. Joder ¿dónde estarán los taxis?

—¡Cameron!

Se volvió hacia Lori. —¿No te das cuenta? ¡Sí que me quiere! Está dolida por la burla y avergonzada porque se ha dado cuenta que sabemos que está loca por mí. Y eso lo demuestra precisamente la broma que elegimos. — Hizo una mueca. —A ver cómo lo arreglo ahora, porque debe pensar que me importa una mierda.

—¿Qué te van a matar! —gritó histérica—. ¡Ni se te ocurra acercarte a ella ni a cien metros!

—¿Qué debió sentir cuando se dio cuenta de que era mentira lo de Marcia? —preguntó para sí pensativo.

Lori lo pensó. —Estaba llorando en el baño.

—Nos escuchó reírnos y está dolida. Eso es todo. Y voy a arreglarlo.

Capítulo 4

Denise se acercó a su mesa y frunció el ceño mirando el reloj de su móvil porque no había llegado ninguno de la comida. Qué raro. Ella ya llegaba tarde. Se sentó en su mesa y se dijo que tenía que ser más fría. No debía dejarse provocar por esos mentirosos. Cumpliría su contrato como le había dicho a Rodolfo y seguiría su vida. Solo eran dos semanas. Tampoco era para tanto.

Revisando la agenda vio que tenía unas llamadas pendientes y decidió hacerlas en ese momento. Estaba hablando con los de recursos humanos comunicando su baja y solicitando un secretario, cuando en ese momento llegó un repartidor con una caja en la mano. Sonrió tapando el auricular del teléfono. —¿Es para el señor Birkenshaw?

—No, ¿es usted Denise Rowling?

Frunció el ceño. —¿Quién lo envía?

Él puso el paquete sobre la mesa y miró el aparato que tenía en la otra mano. —Del señor Birkenshaw.

Sonrió. —Seguro que es algo suyo que ha ordenado enviar aquí.

—Sí, seguro que es eso.

Firmó la entrega y siguió hablando con recursos humanos. —Sí, enviarme los papeles de renuncia y los firmaré. No hay problema. Esperaré al mensajero.

En ese momento llegaron Lori y Cameron. Apretó los labios porque era obvio que habían comido juntos para llegar a la vez. Continuó hablando por teléfono como si nada y Cameron se quedó ante su mesa chasqueando la lengua cuando vio la caja sin abrir. Colgó el teléfono. —Te han enviado eso.

—No, Denise. Yo te he enviado eso. Y no lo has abierto.

Miró de reojo a Lori enderezando la espalda. —¿Otra broma de las vuestras? ¿Me va a estallar en la cara?

Cameron se tensó. —Pues no.

—Te aseguro que como sea algo así, te meto una demanda que te cagas —dijo sin poder evitarlo cogiendo el abrecartas. Se levantó y rajó la cinta que lo cerraba. Abrió las solapas y miró en su interior para ver papel de burbujas. Como si fuera a saltar una cobra en cualquier momento, apartó el papel para ver otra caja de terciopelo azul. Era como esas que llevaban collares y levantó la vista hacia él que forzó una sonrisa.

—¿Por qué no la abres? Es un regalo de disculpa por estos tres años

en que no te has sentido apreciada y también un regalo de despedida.

Se le cortó el aliento porque no se lo esperaba y miró de reojo a Lori que sonrió con tristeza. —Queremos que sepas que lo sentimos.

Sin poder evitarlo se emocionó y cogió el estuche. —No teníais que haber... —Levantó la tapa y parpadeó. Era un colgante con un corazón como el del anillo de compromiso que ella había elegido. Un rubí tan hermoso que quitaba el aliento. Pero no tenía diamantes. Levantó la vista hacia ellos. —¿No os habéis equivocado?

Lori se acercó mirando el colgante y negó con la cabeza—No. Es el que elegimos.

—¿Te gusta? —preguntó Cameron indeciso.

—Oh, no puedo aceptarlo —dijo incómoda sonrojándose intensamente.

—Ese lo puedes llevar en el metro bajo la camisa —dijo su jefe mirándola fijamente—. ¿Te gusta?

—Es precioso, pero es demasiado. —Cerró el estuche tendiéndoselo a Cameron que se tensó con fuerza. —Gracias, pero no puedo aceptarlo. Eso vale una fortuna. Pero el gesto ha sido precioso, de verdad. Por supuesto que os perdono. —Sonrió dulcemente. —Me gusta irme así, porque me sentiría mal si fuera de otra manera.

—Acepta el regalo o no nos creeremos una palabra. —Cameron no

cogió la caja e incómoda no sabía qué hacer.

Lori sonrió y se mordió su labio inferior. —Denise, lo hemos comprado para ti y ni hemos comido intentando decidirnos. ¿Nos vas a hacer el feo?

—No, por supuesto que no.—Se sonrojó con fuerza y ambos sonrieron.
—Gracias.

—Sentimos habernos pasado contigo —dijo su compañera—. ¿No te lo pones? El rubí quedará muy bien con ese traje rosa.

—Oh sí, claro.

Abrió el estuche de nuevo y Cameron cogió la cadena cortándole el aliento. —Yo te lo abrocho.

Sonrió y salió de detrás del escritorio dándose la vuelta. Al rodearla con sus brazos para ponerle el colgante en el cuello, el olor de su colonia la envolvió y tragó saliva intentando ignorarlo poniendo en ello toda su fuerza de voluntad, pero cuando sus dedos rozaron su nuca se estremeció sin poder evitarlo. Roja como un tomate sintió como la cogía por los hombros dándole la vuelta y ella le miró a los ojos. —Preciosa.

Nerviosa se tocó el colgante y sin darse cuenta dio un paso atrás apartando la mirada. —Gracias.

—No, gracias a ti.

Rodeó el escritorio de nuevo y en ese momento llegó el mensajero de la empresa. —Denise, ¿qué es eso de que te vas de Industrias Birkenshaw? Menuda pérdida, jefe.

Roy llevaba en la empresa desde que se fundó en los sesenta y estaba a punto de jubilarse. Cameron apretó los labios. —Sí que es una gran pérdida. Pero al parecer es lo que quiere.

El hombre dejó los papeles sobre la mesa y bufó. —¿Dónde vas a estar mejor que aquí? Si somos una gran familia.

—Bueno, es que... Hay que mejorar.

—Pues lo siento mucho.

Sonrió agradecida. —Lo sé, Roy.

—Cuando los leas y los firmes, llámame para que venga a buscarlos. No los bajes tú a las cinco como siempre por quitarme trabajo. —Le guiñó un ojo antes de irse y dejó el silencio tras ella.

Cameron cogió los papeles de encima de la mesa y asintió. —Los papeles del finiquito.

—Me los ha enviado recursos humanos.

Los dejó sobre la mesa pensativo. —Pero cumplirás el contrato, ¿verdad?

—Sí, claro. Me quedaré dos semanas.

—Al parecer no empiezas en el otro trabajo hasta el mes que viene.

—Ya, pero...

—¿Vas a tomarte unas vacaciones? —preguntó Lori interesada.

—Sí. Me vendrán bien. Me iré a Boston a visitar a mi tía.

Cameron asintió yendo hacia su despacho. —Bien, pues diles que te paguen dos meses más por los días de vacaciones que no te has tomado en estos tres años. O mejor se lo digo yo. Ponme con ellos.

—No es necesario.

—Ponme con ellos, Denise.

Asintió sin saber qué decir. No esperaba esa reacción, la verdad, y se preguntó si había sido demasiado dura con ellos.

Lori forzó una sonrisa. —Bueno, habrá que ponerse a trabajar. Voy a por esos balances de ventas que quería el jefe esta mañana. Te los traigo enseguida.

En cuanto se quedó sola, acarició el rubí de su pecho y se dijo que había sido un detalle precioso. Al parecer esas siguientes semanas iban a ser muy distintas y podría irse del trabajo con un buen sabor de boca. Levantó el teléfono para llamar a recursos humanos y sin darse cuenta cogió la piedra moviéndola de un lado a otro de la cadena. —Hola Daisy, el jefe quiere hablar contigo. Te paso. —Pulsó el uno y escuchó como Cameron descolgaba. Iba a

colgar, pero al soltar el rubí, éste se cayó sobre el escritorio. Jadeó poniéndose el teléfono al oído y cogiéndolo entre sus dedos.

—Sí, ¿Daisy?

—Estoy aquí, jefe.

—Haz que le paguen a Denise dos meses más de contrato. Envíale un finiquito con la fecha actualizada.

Denise sonrió porque había cumplido.

—Entonces estará contratada dos meses más con nosotros. Hay un problema legal con eso, jefe. Porque su renuncia es para dentro de quince días.

Frunció el ceño.

—Lo sé. Y es lo que pretendo, ¿entiendes?

—Ah... Quiere que esté atada a la empresa dos meses más sí o sí. — Denise dejó caer la mandíbula de la impresión. —Y así que no pueda irse a Follman.

—Veo que estás enterada. ¿Cómo quedaría el asunto?

—Si firma el finiquito y cobra el cheque de los dos meses, estaría ligada a la empresa esos dos meses más. No podría irse, pues ya lo habría cobrado y no creo que quiera mantener un pleito con nosotros solo por dos meses. Aunque se va a cabrear y puede que coja una baja laboral con

cualquier excusa como una depresión o algo así solo por devolverla.

—Es demasiado responsable como para que se le ocurra algo así.

Hazlo.

¡Sería cerdo!

—Y no tengo que decirte que esto queda entre nosotros.

—¡No! —gritó al teléfono—. ¡No queda entre vosotros, cerdo manipulador! —Se levantó dejando caer el teléfono y cogió su bolso furiosa.

Cameron abrió la puerta de golpe. —Nena, no lo entiendes.

—¿No lo entiendo? ¡Claro que lo entiendo! ¡Quieres joder mi oportunidad, pero esto se acabó! —Caminó hasta el ascensor furiosa y cuando estaba a mitad de camino se detuvo en seco dándose la vuelta. —¿Me has llamado nena?

Él sonrió acercándose. —No te pongas nerviosa, ¿vale?

Asintió mirándole a los ojos sintiendo que su corazón iba a cien por hora porque parecía que la miraba como si la deseara. Y eso no podía ser. — Sé que seguramente creerás que estoy un poco chiflado, pero... Joder, no te vayas.

—No entiendo...

Cameron dio un paso hacia ella como temiendo que saliera corriendo en cualquier momento. —Sé que no lo entiendes. No lo entiendo ni yo, pero no

te vayas.

—¿Por qué?

—Dame los quince días. Solo quince días para demostrarte que sí que me importas y si después quieres irte, no diré una palabra. Te lo juro.

—¿Y por qué quieres demostrarme que te importo? —preguntó sin aliento hipnotizada por su mirada.

Se pasó la mano por el cabello como cuando estaba nervioso y el corazón de Denise dio un salto en su pecho. —¿Qué te importa si me voy o no?

—¡Pues sí que me importa! Joder, ¿por qué todo tiene que ser tan difícil?

Con sus ojos verdes como platos dio un paso hacia él. —¿Estás insinuando que te gusto?

La miró a los ojos y dio un paso hacia ella. Denise le arreó un tortazo que le volvió la cara y jadeó al ver lo que había hecho antes de enderezarse tomando aire por la nariz. —¡Si es otra broma no tiene gracia! —le gritó a la cara—. ¡Imbécil!

La cogió por la nuca y atrapó sus labios. Denise abrió los ojos como platos y Cameron la cogió por la cintura pegándola a su cuerpo antes de que su mano bajara a su trasero apretando su glúteo con pasión. Denise jadeó de la impresión abriendo su boca, hecho que él aprovechó para entrar en ella y

saborearla de una manera que la mareó dejando caer el bolso al suelo. Todo su cuerpo ardió y enlazando su lengua con la suya abrazó su cuello. Él apartó su boca mirando su rostro y Denise suspiró con los ojos cerrados disfrutando aún del tacto de sus labios. —Nena, ¿quedamos esta noche? —Acarició su trasero y besó su labio inferior. —Podemos cenar en mi casa y...

Abrió los ojos de golpe. —¿En tu casa?

Cameron frunció el ceño. —Sí, en mi casa sería más cómodo. ¿No quieres?

—No.

La soltó de golpe. —¿Cómo que no?

Se puso como un tomate. —Rodolfo me mataría.

—¿Quién coño es Rodolfo?

—Es como... una especie de padre adoptivo.

Cameron se quedó de piedra. —¿No será moreno de ojos verdes?

Le miró sorprendida. —¿Ha estado aquí?

—¡Casi! —Se volvió pasándose la mano por el cabello. —Nena, ¿por qué no me explicas mejor eso del padre adoptivo?

—Mi padre estaba en el ejército y cuando murió en combate, Rodolfo se hizo cargo de mí. Es mi tutor. O lo era hasta que fui mayor de edad.

—No fastidies. —Forzó una sonrisa. —¿Y tu madre, cielo?

—Oh, ella nos dejó hace tiempo. Tenía siete años. Odiaba la vida en el ejército.

—¿Y esa tía que tienes en Boston?

—Es profesora, pero mi padre no se llevaba muy bien con ella, así que dejó de tutor a Rodolfo. —Sonrió de oreja a oreja. —Su familia es mi familia. O casi.

Ese tío le mataba. —Nena, ¿y a qué se dedica ese Rodolfo?

—Es policía. De homicidios. —Así podía deshacerse del cadáver. — En realidad es teniente y muy bueno. Tiene amigos en todas partes que le dan chivatazos y cosas de esas.

Estaba muerto.

—Por eso sobre lo de quedar esta noche... —Sonrió ilusionada. — ¿Qué tal si vamos a cenar? En un sitio lleno de gente porque nos vigilará.

—¡Tienes veintiséis años! —exclamó asombrado.

—Ya. Pero vivo en su casa, así que son sus reglas.

—Nena, ¿me estás diciendo que eres virgen?

Se puso como un tomate. —No nos conocemos tanto como para hablar de sexo... Todavía. —Se mosqueó. —¿Qué pasa? ¿Que solo te intereso para la cama?

—No, claro que no.

—Pues entonces iremos a cenar. —Levantó la barbilla yendo hacia su mesa y vio el rubí sobre la superficie de madera.

Él suspiró cogiendo el bolso del suelo y cuando se lo puso sobre la mesa preguntó sorprendido —¿Lo has roto?

—No sé lo que ha pasado. Lo deslicé sobre la cadena y se me quedó en la mano —dijo avergonzada—. Lo siento.

Él cogió el rubí entre sus dedos y vio que el enganche estaba abierto. —No es culpa tuya, nena. Debería tener un cierre mejor por lo que ha valido. Dame la cadena que lo llevaré a la joyería.

Se volvió y Cameron abrió el cierre besando su cuello. —¿Y si nos vamos ahora a mi casa? Rodolfo no se enterará.

Ella giró la cara mirándole como si quisiera matarle. —No querrás tener una aventura conmigo antes de irme, ¿verdad?

—¡Tú no te vas a ir!

—¿Intentas seducirme para que me quede?

—¡No! ¡Intento seducirte, punto! ¡Qué te quedas, es algo que no es negociable!

—¡Dijiste que te diera quince días!

—¡Eso fue antes de besarte! —le gritó a la cara—. ¡Ahora te quedas!

¡Tú lo has querido con tanto interrogatorio! —Fue hasta su despacho y cerró de un portazo.

Denise sonrió ilusionada y en ese momento llegó Lori con una carpeta en la mano. Se detuvo en seco al verla antes de entrecerrar los ojos acercándose. Tiró la carpeta sobre su mesa y puso los brazos en jarras. — Tienes los labios hinchados.

—¿De veras?

—A mí no me la pegas. ¿Te ha besado?

—¿Quién?

—Ja, ja. —Observó cómo se sentaba dejando el bolso en su cajón y Lori sonrió. —¿Ibas a irte?

—No.

—Me voy a enterar igual.

—Sí, seguro que te lo cuenta. Como sois tan amiguitos.

Lori apretó los labios. —En realidad Cameron es el hermano de Sybil.

Se quedó de piedra mirando a Lori y se levantó de nuevo lentamente.

—Pero eso es...

—¿Imposible? No creas. —Sonrió con tristeza. —Cuando entré a trabajar aquí era una cría y él era el jefe. Rico, guapo y...

—Casado.

—Exacto. No sé lo que me pasó. Sabía que no iba a ningún sitio y aun así continué.

—Le querías.

—Me enamoré como una loca —dijo con tristeza—. Pero cuando le dije que estaba embarazada, se llevó las manos a la cabeza sabiendo que había metido la pata hasta el fondo. Y por supuesto perdería a su mujer. Perdería a su familia. Así que me despidió.

—Pero...

—Espera que ahora termino. Ahí fue cuando conocí a Robert y aunque sabía que le gustaba, yo tenía demasiadas cosas en la cabeza. No sé muy bien por qué lo hice, pero me planté en su casa.

—¿Hablaste con su mujer?

—Cameron abrió la puerta y al reconocermelo y ver el enorme bombo de cinco meses que llevaba, me hizo pasar al salón. Él apenas tenía doce años y cuando le conté que necesitaba hablar con su padre, se dio cuenta de inmediato de la situación y se hizo cargo de todo. Llamó a su padre, que por supuesto se presentó de inmediato, y llamó a su madre que estaba en no sé qué coctel. Todo tan civilizado que me puso los pelos de punta. Se notaba que Sharon, su mujer, ya lo sabía.

—¿No se querían?

—Oh, sí. A su manera, claro. Pero no era como lo nuestro. Me ofrecieron otro cargo en la empresa y una pensión mensual vitalicia si no abría la boca. Por supuesto no podía volver a ver a Garrett y estuve de acuerdo, porque me di cuenta de que no merecía la pena. Entonces fue cuando Cameron se levantó y se negó a todo como el niño que era. Dijo que se negaba a tener una hermana y no conocerla. Le recriminó a su padre que había metido la pata y tenía que asumirlo, así que si no quería hacerse cargo de la niña lo haría él. Que si tenía que solicitar las visitas en el juzgado lo haría. Yo le dije que podría verla cuando quisiera si quería formar parte de la vida de la niña y para mi sorpresa empezó a presentarse en mi casa para saber mi estado. En esos cuatro meses Robert recompuso lo que quedaba de mí con su empeño y nos casamos. Pero fue Cameron quien cogió mi mano en el parto de Sybil. Cuando Cameron entró en la empresa me restituyó en mi puesto. Por eso nuestra relación es más estrecha de lo normal.

Denise estaba realmente impresionada. —Sois familia.

—En realidad sí, pero no lo sabe nadie. Solo nosotros y ahora tú.

—Te acabas de saltar el acuerdo.

—Garret murió hace seis años, así que ahora me importa un pito. Sybil ha recibido lo que le corresponde. Cameron se aseguró de eso. Pero por

respeto a Robert...

—No decís nada. En realidad es su padre.

—Exacto. Para todo el mundo mi niña es hija de mi marido y quiero que siga siendo así.

—¿Y qué fue de su mujer?

Lori apretó los labios. —No lo superó nunca. De hecho se separó un tiempo, pero le quería tanto que regresó con él, pero nunca más volvió a ser feliz a su lado. Al menos eso dice Cameron. Ahora viaja mucho y casi no está por la ciudad. Hasta vendió la casa donde habían vivido juntos.

Se la quedó mirando pensando en todo lo que le había dicho. Por eso le había regalado el viaje. Porque era de la familia. Y le había subido el sueldo por lo mismo. Seguro que ahora que el padre había fallecido, había dejado de recibir la pensión y Cameron había querido compensarla de otra manera. —Gracias por contármelo.

Lori sonrió. —De nada. —Soltó una risita. —¿Ves por qué me lo contará? ¿Te ha besado? —Se sonrojó con fuerza y Lori se echó a reír. —¡Sí, por fin! —dijo yendo hacia su mesa.

—¿Por qué dices por fin?

—Sois unos ciegos de primera. Tú loca por él y él loco por ti. —Le guiñó un ojo. —¿Por qué crees que quería poner distancias pero que no te

fueras?

—No te entiendo.

—Las bromas, tonta. Era una declaración de intenciones. No voy a tener algo contigo, que te quede claro. Eso es lo que te quería decir.

Lo que ella había interpretado. —Y recibí el mensaje, ¿sabes?

—¡Sí, pero Cameron no quería que te fueras! —Seguía sin entender y Lori chasqueó la lengua. —No quería ser como su padre.

—Cameron no está casado.

—Eso da igual.

—¡Sale con otras!

—Bah, tonterías.

—Habla claro, Lori.

Bufó mirándola a los ojos. —No quiere cometer errores, ¿entiendes?

—Y yo seré un error.

—No te conoce. Solo se sentía atraído por ti y huyó de ti para que no hubiera tentaciones. Pero cuando vio que te perdía...

Sin saber por qué se le hizo un nudo en la garganta. —¿Por qué hizo lo del anillo?

—Porque hace una semana te escuchó gruñir cuando salía con Marcia.

—Quería alejarme de nuevo.

—Sí.

—¿Y cuánto pensaba seguir con esta situación?

—Hasta que se diera cuenta de lo que necesita.

Se mordió el labio inferior. —¿Y crees que se ha dado cuenta?

—Te aseguro que de lo que sí se ha dado cuenta, es que ni loco quiere que te vayas de su vida.

Eso la alegró mucho, muchísimo, pero algo le dijo que debía ir con él con pies de plomo porque Cameron todavía no tenía las ideas claras. Y la verdad ella tampoco después de que se comportara así. Se sentó tras su mesa dándole vueltas. No quería cometer errores. Pues estaba claro que creía que con ella sería un error garrafal porque había tardado tres años en decidirse. Podría haberse hecho vieja esperando. Eso la indignó. ¿Qué tenía ella de malo para que se lo pensara tanto? ¡Porque no era por nada, pero era mona y le había demostrado que era inteligente! Entrecerró los ojos molesta. Puede que no hubiera funcionado, pero de ahí a ser un error... ¿Lori le estaba metiendo una trola? La miró de reojo, se había puesto a trabajar. Como fuera otra broma se los cargaba. Vaya si se los cargaba. A ella ya no le tomaban más el pelo. ¿Debería hablar con él? No. Ya se descubrirían solos. De momento iba a seguirles el juego. Y como se pasaran un pelo... Ya le cogería la pistola a

Rodolfo.

Sonrió satisfecha y se puso a trabajar. Decidió para que vieran que había hecho las paces, pedirles algo de comer porque le habían dicho que no habían podido con lo de comprar el colgante.

Capítulo 5

Apenas quince minutos después vio que Lori forzaba una sonrisa al ver su hamburguesa triple ante ella y por la cara que ponía sí que habían comido. Otra mentira. —Estarás hambrienta por culpa de comprarme ese precioso colgante. Come, invito yo.

—No tenías que haberte molestado, mujer —dijo cogiendo la enorme hamburguesa entre sus manos.

—Bah, no es nada. Que aproveche.

Entró en el despacho con una bandeja y él levantó una ceja hablando por teléfono. Sonrió de oreja a oreja dejándole las dos hamburguesas delante en cuanto colgó. —Nena, ¿qué es esto?

—Debes comer. Después del desmayo sé lo importante que son las comidas a sus horas y tú trabajas mucho. Estarás hambriento, ¿no?

Él la miró de reojo asintiendo y Denise sonrió. —Pues hala, a comer. —Se cruzó de brazos observándole. No pensaba moverse de allí porque estaba segura de que si lo hacía las tiraría a la papelera o algo así. Ah, no.

Puede que Lori se librara de comerla, pero él se lo iba a comer todo. —¿No empiezas?

—Tengo que hacer otra llamada.

—Eso puede esperar. —Cogió la servilleta y dio un golpe seco abriéndola. —Ponte esto que te manchas la corbata y tienes una reunión de ventas. Oh, el informe. Ahora te lo traigo. —Corrió hasta su escritorio y miró a Lori que masticaba con desgana. —¿A que está rica? Es de mi hamburguesería favorita. —Cogió la carpeta que le había llevado Lori unos minutos antes y corrió hacia el despacho dejándola ante la bandeja de comida. —¿Una cervecita?

Él asintió con la boca llena y Denise se pasó de un lado a otro veinte minutos haciendo que esos mentirosos se comieran hasta la última miga. Cuando terminaron hasta tenían mala cara, pero le importó un pimiento. Satisfecha cogió la bandeja mientras Cameron se acariciaba el vientre. Reprimiendo la risa salió del despacho, pero volvió a entrar sobresaltándole. —Cielo, puedo llevar yo el colgante a arreglar después del trabajo.

Él carraspeó revolviéndose incómodo en su sillón. —No te molestes. Me viene de paso hacia mi casa.

—¿De veras? Pero me gustaría ir por si en el futuro vuelve a pasar algo. Quiero que me vean la cara. Además, estos temas siempre los soluciono

yo porque a ti te exasperan este tipo de cosas. Sí, lo mejor es que vaya yo. Tú tienes mucho trabajo.

—No, de verdad. Ha sido nuestro regalo y yo me encargo.

Denise frunció el ceño. —¿Hay alguna razón para que no quieras que vaya?

Cameron gruñó por lo bajo antes de decir —No, claro que no.

Sonrió de oreja a oreja. —Pues perfecto. Iré yo y no se hable más. — Cerró la puerta y fue hasta la sala de descanso para dejar la bandeja. Uy, uy, éste le ocultaba algo sobre el colgante. Ya le extrañaba a ella que algo tan fino viniera envuelto en una caja de cartón. Gruñó posando la bandeja sobre la encimera cuando escuchó algo tras ella y se volvió sorprendida para ver a Cameron que la miraba preocupado.

—Nena...

—¿Ocurre algo? —Se acercó a él. —No tienes buena cara.

—El colgante...

—¿Sí? —preguntó entre dientes impaciente.

—Era de mi madre.

Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Estás loco? ¿Cómo se te ocurre quitarle algo a tu madre para dármelo a mí? ¡Se va a poner furiosa!

—No pasa nada. No se lo ha puesto nunca. Y como sabía que te

gustaba...

—¿Y cómo sabías que me gustaba? —preguntó sin salir de su asombro.

—Por el anillo.

Parpadeó sin entender una palabra. —El anillo.

—Claro, elegiste el que te gustaba y supuse que el colgante también te gustaría. Menuda casualidad, ¿no crees?

Otra trola. Qué harta estaba de esa situación. —Dijiste que ni habías comido eligiéndolo.

—Es que mi madre tiene muchas joyas y...

—¡No me mientas más! —gritó sobresaltándole—. ¿Dónde lo has comprado?

Él gruñó. —En el barrio chino.

Le miró como si fuera idiota. —Eso es lo que no querías decirme, ¿verdad? Que lo habías comprado en el barrio chino.

—¡Es que has dicho que soy un rácano! ¡Y no es así! Lo he comprado allí porque tienen cosas muy originales a buen precio. Y eso no quiere decir que no me haya costado una pasta.

Muy romántico todo. Con ganas de matarle sonrió. —No pasa nada. Soy una chica práctica. Opino que es una tontería gastar más por lo mismo solo porque venga en una caja bonita.

Él suspiró del alivio. —Menos mal, nena. Porque creía que te cabrearías.

—¡Pero no vuelvas a mentirme! ¡Cómo me mientas de nuevo, esto se ha terminado!

Cameron la cogió por la cintura sonriendo. —¿Un beso de reconciliación?

Ella poniéndose de puntillas miró sobre su hombro por si venía alguien. —Vale, pero rap... —Atrapó sus labios de manera exigente y Denise gimió acariciando su cuello. Qué bien besaba. Sentía que formaba parte de él y todo su cuerpo le respondía de una manera embriagadora. Cameron sin dejar de besarla como si estuviera sediento, alargó la mano cerrando la puerta y la volvió pegándola a ella. Bajó sus labios por su cuello y Denise cerró los ojos sin darse cuenta de que se escapaba un gemido de su boca cuando acarició sus pechos por encima de la seda de su camisa. Llamaron a la puerta sobresaltándoles y sin aliento se miraron a los ojos.

—¡Siento interrumpir, pero Cameron te llaman de Calgary! —gritó Lori a los cuatro vientos.

—Enseguida salgo —dijo con voz ronca enderezándose y pegándose a su cuerpo. Denise se sonrojó al sentir a través de la tela de la falda la dureza de su excitación—. Preciosa, ¿qué tal si cenamos en mi casa?

—Quiero llegar virgen al matrimonio.

Si le hubiera dicho que era un hombre no se hubiera sorprendido tanto.

—¿Qué has dicho?

—María del Carmen llegó virgen al matrimonio y a mí también me gustaría.

—¿Quién es María del Carmen? —gritó perdiendo los nervios.

—La esposa de Rodolfo. Solo se ha entregado a él. —Sonrió sonrojándose. —Puede que parezca anticuado, pero es como un regalo que se le hace al esposo en la noche de bodas y me parece de lo más romántico. Solo me acostaré con mi marido. El primero y el único.

—¡Eso será si no te divorcias!

—Bueno, si te pones así...

—Nena, ¿nunca has oído eso de que no se compra un coche sin probarlo primero? Esto es lo mismo porque puedes encontrarte en la noche de bodas con un inútil que no sabe lo que hace.

—¿Tú no sabes lo que haces?

—Claro que sí —respondió indignado.

Se encogió de hombros. —¿Entonces?

La miró con horror. —Nosotros no nos vamos a casar.

Denise se cruzó de brazos mosqueada. —Así que solo quieres sexo.
¡Pues llama a Marcia y a mí déjame en paz!

Salió de la sala de descanso dejándole con la palabra en la boca y jurando por lo bajo salió tras ella. —Denise, estamos en el siglo veintiuno, ¿sabes?

Se volvió ante la mesa de Lori. —¡Eso os viene genial para ir picoteando por ahí sin tomaros a ninguna en serio!

—¡Mira, yo no creo en el matrimonio!

—¡Porque a tus padres no les saliera bien no significa que a los demás les vaya mal!

Cameron fulminó a Lori con la mirada y ésta se sonrojó. —¡Solo intentaba ayudar! Me voy a por un café.

—¡Sí, y deja de ayudar! —Miró a Denise que estaba recogiendo su bolso del cajón. —¿Quieres dejar eso? ¡Estamos discutiendo! Y tus padres también fracasaron, ¿o no?

Ella se detuvo en seco. —Pues no.

—¡Si le dejó, Denise!

—Por su trabajo, no porque no se quisieran. Ella no lo soportó y se largó. ¡Yo tampoco hubiera soportado que mi marido se jugara la vida en cada misión! Lo veo muy lógico.

—¿Lógico? ¡Te dejó con él!

—¡Es que era algo hippy, si me hubiera llevado no hubiera ido a clase!

—Solo buscas excusas. Os abandonó.

—Bueno, ¿y qué? ¡Eso no tiene nada que ver con lo que yo quiero!

Cameron intentó calmarse. —Nena, pasa a mi despacho y hablamos de eso.

—¡Ni hablar, que me acorralas y pierdo la virginidad sobre la mesa de tu despacho! —Se escuchó que algo caía al suelo en la sala de descanso y se sonrojó con fuerza. —Yo me largo.

—Ah, no. ¡Ahora que me he decidido no te largas a ningún sitio! — Intentó cogerle el bolso, pero ella tiró con fuerza poniéndoselo entre sus brazos. —Denise —le advirtió intentando cogérselo otra vez.

—¡Suelta pesado! —De repente el asa se desprendió y Cameron se quedó con ella en la mano. Denise abrió los ojos como platos. —¿Sabes lo que me ha costado este bolso? —chilló desgañitada.

—Muy bueno no puede ser si se rompe por nada.

—¡Como el colgante que me has comprado, roñica! —Le dio una patada en la espinilla y corrió hasta el ascensor.

Lori salió de la sala de descanso y estiró la pierna haciéndole la zancadilla. Cayó despatarrada en el suelo y sus cosas se desperdigaron por

toda la moqueta. —Ay...

—¡Denise! —Él la cogió por los brazos sentándola. —¿Te duele algo?

Ella se miraba la muñeca izquierda y levantó la vista hacia él. —¡Me habéis roto la muñeca!

—No, qué va. —Se la cogió moviéndosela y Denise chilló de dolor. Hizo una mueca. —Igual está dislocada o algo así.

—¡Serás imbécil!

—Vamos, nena. Te llevo al hospital.

—¡No! Voy a llamar a Rodolfo y...

—¡No! —gritaron los dos a la vez sobresaltándola.

Les miró como si estuvieran chiflados. —Vale, tú contesta la llamada que ya me acerco yo al hospital —dijo suavemente.

—Eso puede esperar. —La cogió por los codos poniéndola de pie mientras Lori recogía sus cosas a toda prisa. —Te llevo yo en el coche.

—Claro que sí —dijo Lori forzando una sonrisa como si estuviera loca —. Si está muerto de risa en el garaje.

Denise le arrebató el bolso con la otra mano dando un paso atrás. — Vosotros no estáis bien de la azotea. ¡Necesitáis un especialista, psicópatas de medio pelo!

Los dos dieron un paso hacia ella mirándola fijamente y Denise chilló corriendo hacia el ascensor. Antes de darse cuenta Cameron la había cogido en brazos y la metía a toda prisa en el despacho. Intentó gritar pidiendo ayuda, pero Lori le tapó la boca. ¡Estaban realmente mal de la cabeza! Con los ojos como platos la sentaron en una de las sillas de la mesa que usaban para las juntas de dirección y Cameron ordenó —¡Trae algo para atarla!

Lori salió corriendo mientras él le tapaba la boca y hacía una mueca. —Nena, solo es hasta que me escuches. No es un secuestro ni nada por el estilo. ¿Me imaginas a mí secuestrando a alguien? —Ella asintió tras su mano. —No, qué va.

—¡Ya estoy aquí!

Lori le entregó una cinta que lo pegaba todo y ella chilló bajo su mano. Él frunció el ceño. —¿No hay otra cosa? Eso no le gusta.

—Si quieres puedo ir a comprar unos pañuelos de seda —dijo con ironía tendiéndole el rollo—. Tápale la boca, yo la sujeto.

Él soltó su boca. —¡Malditos chifl...! —Lori se la tapó de nuevo sentándose sobre ella y rabiosa apartó la cabeza mordiéndole el brazo.

—¡Ay! —gritó. Lori intentando soltarse se levantó, hecho que aprovechó para hacer lo mismo empujándola sobre Cameron. Corrió hacia la salida y su tobillo se dobló haciéndola tropezar golpeándose con la cabeza en

el marco de la puerta.

Asombrados vieron el cuerpo inerte de Denise en el suelo y dieron un paso hacia ella. —Madre mía, voy a ir a la cárcel —susurró Lori impresionada.

—Llama a una ambulancia —dijo pálido acercándose a ella—. Joder nena, solo quería hablar. —Su mejilla estaba sobre la moqueta. Le acarició la otra mejilla hasta llegar a su cuello y suspiró de alivio cuando sintió su pulso. —Está viva. ¡Llama a una ambulancia!

—Vamos a hablar de esto.

La miró sorprendido. —¿Estás loca? Se ha pegado un porrazo de la leche. ¡No podemos dejarla así!

—¿Quieres ir a la cárcel? ¡Porque estábamos reteniéndola contra su voluntad! —Se pasó las manos por su cabello. —Y yo no voy a ir a la cárcel porque tú hayas querido echar un polvo.

Cameron se levantó de inmediato y fue hasta el teléfono. —Puede tener algo grave. Asumiré las consecuencias.

—Arruinarás tu vida y mis hijos se han pegado porrazos así continuamente. Hazme caso, cuelga el teléfono. —Denise gimió y Lori sonrió de oreja a oreja. —¿Ves? Tenemos la cabeza muy dura.

—Sí, necesito una ambulancia. Mi secretaria se ha caído y está sin

sentido.

Lori levantó los brazos poniendo los ojos en blanco y se acercó a Denise que apoyó la mano en el suelo intentando levantarse, chillando de dolor porque era la muñeca rota.

—¿Qué no se mueva, joder!

Se agachó a su lado y dijo con una suave sonrisa en los labios —No te muevas, Denise. Te has pegado un buen porrazo.

—¿Lori? —Parpadeó levantando la vista y mirándola confundida.

—Sí, soy yo. Ahora viene una ambulancia.

Cameron se puso a su lado. —¿Nena? Ya están de camino. Tú no te preocupes.

—Iré a comprar el anillo después.

Ambos la miraron con los ojos como platos y Cameron carraspeó. — Denise, ¿qué día es hoy?

—Lunes.

—Bien —dijo Lori por lo bajo.

—No Denise, es martes.

—¿Qué?

Intentó levantarse, pero Cameron la cogió por el hombro reteniéndola.

—Quédate así. Puedes tener algo en el cuello.

—Me duele la muñeca.

—Te la has debido romper con la caída —dijo Lori rápidamente—.

Esos tacones son un auténtico peligro.

—Sí, me duele el tobillo.

Cameron juró por lo bajo incorporándose. —Lori vete a ver si llega la ambulancia.

—Sí, claro. —Se acercó a él y susurró —¿Crees que lo ha olvidado?

La fulminó con la mirada. —¡A la ambulancia!

—Jo, cómo te pones. Encima que te ayudo.

Cameron se arrodilló a su lado y le acarició la mejilla. —¿Te duele mucho?

—¿Me he caído?

—Sí, preciosa. Pero te pondrás bien.

Denise suspiró. —Lo siento.

—¿Por qué lo sientes? —Frunció el ceño. —¿Qué es lo último que recuerdas?

—Me pediste que comprara el anillo. Quiero levantarme. —
Confundida miró su manga. —¿No llevaba un traje blanco?

—Nena, es martes.

—¿De veras? —Le miró asustada.

—No pasa nada. Seguro que enseguida lo recuerdas todo.

—Me duele la frente.

—Hoy no es tu mejor día.

—¿No?

—Ya hablaremos.

En ese momento llegaron los sanitarios y se encargaron de Denise mientras él no perdía ojo y les decía lo que había pasado. Al mismo tiempo Lori disimuladamente colocaba la silla en su sitio recogiendo el rollo de cinta del suelo y le acercaba el bolso.

—Gracias —dijo ella ya tumbada en la camilla—. Lo necesitaré.

Cameron se lo cogió. —Yo te lo llevo.

—¿Vienes también? —preguntó de lo más sorprendida.

—Claro. Y avisaré a Rodolfo.

Con los ojos como platos preguntó —¿Conoces a Rodolfo?

—Sí, nena. Le conocí hace unas horas.

—Ah... —Cogió del brazo al técnico de ambulancias. —Oiga, tiene que hacer que recupere lo que me falta de memoria desde ayer. Me da que es

muy importante.

—No se preocupe. Seguro que lo recuerda.

—¿Usted cree? —preguntaron todos a la vez.

—Bueno, no sé. Pero no creo que sea algo permanente. En el hospital le harán unas pruebas.

Asustada miró a Cameron. —¿Llamarás a Rodolfo?

—Sí que le llamaré. No te preocupes por eso. —Empezaron a empujar la camilla. —Te sigo en el coche.

—Vale.

Cameron miró a Lori que dijo en susurros —Esperemos que no recupere el día de ayer. ¿No crees, jefe?

—Joder. Sería como que nos tocara la lotería. Solo tengo que convencer a Rodolfo para que no le diga nada.

—Ese tío te va a meter un tiro entre ceja y ceja en cuanto sepa que está en el hospital.

—En un lugar público no se atreverá. Tendré tiempo para convencerle.

—Salió tras la camilla. —Te llamaré.

Capítulo 6

Denise se mordió el labio inferior. Le estaban enyesando el brazo desde el pulgar hasta el codo porque tenía roto el escafoides. —¿Esto es necesario?

—Sí. Lo siento, pero debe evitar mover la muñeca —dijo la doctora sonriendo—. Esta es la única manera.

—¿Cuánto tiempo lo llevaré?

—Cuatro semanas.

—Vaya. —Entonces recordó que en cuatro semanas la llamarían de Follman para la entrevista.

—Menos mal que es la izquierda. Sería mucho peor la otra, te lo aseguro.

En ese momento se abrió la puerta y entró Rodolfo con María del Carmen. Sonrió sintiéndose cansada por lo que le habían puesto para el dolor.

—Estáis aquí.

—Claro que estamos aquí, cielo. —María del Carmen se acercó de

inmediato y le dio un abrazo como pudo sin estorbar a la doctora. —¿Como estás?

—Bien. Aunque todavía quedan los resultados de la cabeza.

—¿Son tus padres?

—Como si lo fuéramos —dijo Rodolfo mirando su brazo fijamente.

—No deben preocuparse. Se pondrá bien. —Dejó unas vendas sobre un carrito y se quitó los guantes. Bueno, esto ya está. Voy a ver si el doctor Keller ha revisado ya tus pruebas.

—Gracias, Melania. —Le guiñó un ojo antes de salir de la sala y miró a Rodolfo que estaba ante ella con los brazos cruzados. —Estoy bien, no te preocupes.

—Ese desastre está ahí fuera. Y no te vas a creer lo que ha intentado.

Sonrió divertida. —Déjame pensar un momento... Ummm, convencerte de que no me dijeras lo que había ocurrido desde ayer.

—¿Ya te acuerdas? —preguntó María del Carmen recogiendo su largo cabello castaño en una coleta.

—Lo acabo de recordar con lo de la entrevista de Follman. —Miró dentro de su bolso donde su madre postiza siempre llevaba mil cosas. —¿Tienes galletas?

—Me voy a cargar a ese cabrito.

Ambas miraron dentro de su bolso sin hacerle caso y María del Carmen sacó una chocolatina, pero antes de poder cogerla la apartó. — ¿Seguro que puedes comer?

—No sé, pero tengo hambre. —Rodolfo gruñó y mientras María del Carmen miraba hacia él le arrebató la chocolatina. —De caramelo, mis favoritas.

—Niña...

—Déjale que siga retorciéndose de incertidumbre por si recupero la memoria de repente y le saco los dientes.

—¿Qué ha hecho ahora? —preguntó María del Carmen indignada abriendo sus enormes ojos castaños exageradamente.

—Mejor no te lo cuento. Entonces sí que se lo carga.

—¡Denise! ¡Ya estás cantando!

Dio un mordisco a la chocolatina mirando a Rodolfo. —Déjame esto a mí.

—¡Te lo he dejado a ti tres años y mira donde estamos! ¡Te dije mil veces que no me gustaba ese trabajo! Pero claro, entre las dos me convencisteis para aguantar por si caía. ¡Ja! ¡Mírale ahí fuera! Intentando convencerme de que no me chive de que te gastó una broma con lo del anillo. ¡Para que no te disgustes de nuevo, dice! Tiene una cara...

—Bueno, caer ha caído. —María del Carmen chilló de la alegría y su marido puso los ojos en blanco por la reacción de su esposa. —Aunque no como vosotros queréis exactamente.

Los dos fruncieron el ceño. —¿Perdón? ¿Ha caído o no? —preguntó ella.

Sonrió radiante. —Quiere salir conmigo y me ha besado.

—¿No me digas? —dijo Rodolfo con ganas de matar a alguien—. Así que te ha besado. Y eso que le dije que no te tocara un pelo.

Parpadeó asombrada. —¿Por eso te conocía! ¿Qué has hecho?

—¡Poco! ¡He hecho muy poco, te lo aseguro! —Entrecerró los ojos. —
¡Tenía que haber hecho mucho más!

—¡Deja a mi Cameron en paz! ¡Está confuso!

—¿Confuso? ¡Ese tío es idiota! ¿Sabes lo que dijo pensando que no te conocía? ¡Qué tenías que darte cuenta de que le querías! ¡Tú! Es que es tan idiota que me revuelve las tripas.

A Denise se le cortó el aliento. —¿Así que lo dudaba?

—Si le has besado, puede que ahora no lo dude —dijo María del Carmen con una sonrisa en el rostro—. Cuéntame, ¿cómo fue? —Se sonrojó intensamente mirando de reojo a Rodolfo y le dio otro mordisco a la chocolatina. —Cariño vete a dar una vuelta.

—No me muevo de aquí hasta que no me entere de todo.

—Luego te lo cuento.

—¡Carmen! —protestó Denise.

—Hija, es mi marido, no tenemos secretos.

Gruñó antes de darle otro mordisco a la chocolatina. Masticó mirándole de reojo. —No harás nada. Prométemelo. Ya sé lo que tengo que hacer.

—¿Ah, sí? Pues menuda novedad. —La señaló con el dedo. —¿Ese plan que has trazado no incluirá quedarte en ese trabajo? ¿Te irás a Follman!

—Que sí. Me iré a Follman.

Carmen la miró desilusionada. —¿Es que no ves futuro con él? Con lo guapo que es, niña. Casi me desmayo de la impresión al verlo en la sala de espera.

—¿A que sí? —preguntó mientras sus preciosos ojos verdes brillaban demostrando lo enamorada que estaba—. ¿Has hablado con él?

—Sí, unos minutos, pero...

—¿Quieres contar lo que ha pasado? —Las dos miraron a Rodolfo reprendiéndole con la mirada y él carraspeó. —Sabéis que no tengo paciencia.

—No somos uno de tus detenidos, Rodolfo. ¡Esos humos los dejas en la comisaría! —le reprendió Carmen dejando claro quien mandaba en casa.

—Mujer...

—¿Qué? ¿Mujer qué?

—No discutáis. Quiere acostarse conmigo —dijo atropelladamente. Carmen la miró asombrada mientras su marido apretaba los puños poniéndose rojo de furia—. Pero le he dicho que no.

—Estaría bueno —dijo Carmen indignada.

—Entonces quise irme, pero él intentó retenerme.

Rodolfo entrecerró los ojos. —¿Cómo que intentó retenerte?

Se sonrojó ligeramente. —Bueno... Entonces me caí. Pero no me tiró él —dijo intentando justificarle—. Me caí sola. Por eso no quiere que me acuerde por si salgo corriendo de nuevo.

Carmen asintió dándole vueltas. —Quiere empezar desde ayer.

—Exacto.

—Y tú le vas a dar otra oportunidad.

—Me lo estoy pensando. —Vio que tenía la chocolatina a la mitad y le dio otro mordisco.

—Te lo estás pensando. —Asintió masticando y Carmen preguntó — ¿Desde cuándo se supone que no recuerdas?

—Desde que me dijo lo del anillo. —Sonrió maliciosa. —Va a tener

que dar muchas explicaciones sobre ese falso compromiso.

—Así que no has comprado el anillo todavía. O al menos no recuerdas haberlo comprado —dijo Rodolfo con una sonrisa que ponía los pelos de punta.

—Pues no.

—¿Tienes la tarjeta de la empresa?

Divertida respondió —Está en mi bolso y lo tiene él.

Carmen soltó una risita. —Recapitulemos. Así que se supone que no sabes ni que el compromiso es falso, ni que es una broma...

—Bromas que hacían para que no me hiciera ilusiones con él. Opinaba que era un error que estuviéramos juntos, pero ahora se ha empeñado.

—Oh, qué bonito. No quiere perderte por lo de Follman.

—Cosa que se supone que no sabe Cameron —dijo Rodolfo empezando a divertirse.

—Exacto. Porque se lo conté a Lori después de la broma. Tendrán que fingir que no lo saben.

—Así que no puede presionarte para que no te vayas.

—No.

Rodolfo rió por lo bajo. —Se va a ahorcar a sí mismo con sus

mentiras.

—Exacto. Como tampoco debería saber que soy virgen y que no quiero una relación sexual hasta la boda. Me voy a divertir un montón como él se ha divertido jugando conmigo tres años.

—Ha llegado la hora de la venganza.

—Sí, pero de paso me caso con él, vaya si me caso. ¡Después de todo este tiempo me lo he ganado!

—Así se habla, hija —dijo Carmen orgullosa.

Ambas miraron a Rodolfo que seguía dándole vueltas. —Si quieres que este plan funcione, necesitas mi colaboración.

—Si le conociste esta mañana sí. ¿Me ayudarás?

Rodolfo sonrió. —¿Le amas?

—Más que a nada —dijo sinceramente antes de abrir los ojos como platos—. Y no lo entiendo, la verdad, porque hoy se ha comportado como un auténtico chiflado para que no me fuera.

—Oh, cariño... tienes que ayudarla. El pobrecito está desesperado porque va a perderla.

—Si te vuelve a hacer daño...

—Me quiere. No se ha dado cuenta todavía, pero sé que me quiere para hacer lo que ha hecho hoy. Nunca se ha comportado así con una mujer.

Estoy segura de que es el hombre de mi vida.

—Voy a por el bolso... —dijo malicioso—. Necesitamos esa tarjeta de crédito.

Chilló de la alegría y se levantó de la camilla para darle un abrazo como pudo. —¡Gracias, gracias!

Él la abrazó. —De nada, niña. Y si no funciona me lo cargo.

—Vale.

Carmen la miró emocionada y acarició su largo cabello castaño antes de mirar hacia abajo para ver que se le veía el culo porque la bata se abría por detrás. Le tapó el trasero disimuladamente. —Cariño, ¿dónde está tu ropa?

—Ni idea —respondió sentándose en la camilla de nuevo.

—Vuelvo enseguida —dijo Rodolfo—. Voy a hablar con él.

—Sé suave —le advirtió su mujer.

Cerró la puerta y gruñó antes de tomar aire y atravesar urgencias. Empujó las puertas abatibles y allí estaba ese desastre, que se levantó de inmediato con el bolso de su hija en la mano. —¿Cómo está? ¿Puedo verla?

—Todavía le están haciendo pruebas porque quieren saber la razón por la que no recuerda el día de ayer. —Le cogió el bolso de entre sus brazos y Cameron se pasó una mano por la nuca. —Tengo que volver.

—¿Se lo has dicho?

Gruñó volviéndose y le miró a los ojos. —No. No quiero que sufra y como está aún menos.

Suspiró del alivio y sonrió. —Gracias.

—Solo le he dicho que nos conocimos este mediodía de casualidad cuando salías de la empresa y que nos presentamos.

Parecía que le acababa de dar la alegría de su vida. —Gracias, de verdad. No te voy a defraudar.

—Lo dudo.

Se volvió para irse. —¿Puedo verla?

—No.

Cameron dio un paso hacia él. —¿Pero está bien?

—Vete a casa, Cameron. Le acaban de enyesar el brazo y esto va para largo. No tienes por qué estar aquí. —Le advirtió con la mirada. —Además está algo disgustada porque no sabe si te has comprometido ayer por la noche. Ni sabe si compró el anillo.

Él juró por lo bajo. —Mierda.

—Mi mujer está intentando consolarla. Se avergonzaría si te viera ahora.

—Puedo entrar y decirle que ayer lo pensé mejor y que no hice nada.

—No quiero confundirla más —dijo rápidamente—. Ya tendrás tiempo a hablar con ella cuando le den el alta. —Cameron se dio por vencido y sonrió. —¿Sabes lo que voy a hacer? Le diré que me has dicho que no compró el anillo porque surgió algo del trabajo y le pediste que lo dejara de momento. —Le fulminó con la mirada. —Pero es todo lo que voy a hacer por ti y lo hago para que no sufra.

Cameron sonrió. —Gracias. No sabes cómo te lo agradezco.

—A ver cómo sales de ésta cuando recupere la memoria. —Se alejó de él y en cuanto pasó las puertas sonrió malicioso. —Pringado.

Denise salió del ascensor hablando por teléfono. —No, no puedo ir hoy. Me he roto la muñeca. Bah, una caída. —Soltó una risita. —Aunque tenías que verme la frente. Parece que he detenido un camión con ella.

Lori dejó caer la mandíbula del asombro al verla tan radiante. —Sí, guárdame mi puesto en el equipo. En cuanto pueda, les pegaremos una paliza a los Rollers. —Dejó el bolso sobre la mesa haciendo una mueca porque le dolió la muñeca al sujetar el móvil. Se sentó suspirando y de repente se enderezó. —¿De veras? —Se echó a reír. —Serás malo. Para citas estoy yo. —Rió de nuevo. —¿Tan guapo es?

Lori abrió los ojos como platos dejando caer el lápiz que tenía en la mano. —¿De veras? —preguntó interesada—. Así que le has hablado de mí. No sé... No estoy para muchas fiestas. Oh sí, la de tu cumpleaños el sábado no me la pierdo. ¿Que estará allí? —Se mordió el labio inferior. —Bueno, hablaré con él. Aunque va a pensar que me ha atropellado un autobús, te lo advierto. Vale. Hablamos el viernes para que me digas qué debo llevar. María del Carmen va a hacer ensalada de patata. Te dejo, que ya estoy en la oficina. No, no voy a hacer mucho. Buscar a una que haga mi trabajo. —Rió de nuevo y Lori no salía de su asombro. Parecía otra. —No hay nadie que me sustituya, guapo. Un abrazo y dale un beso a Cris de mi parte. —Colgó el teléfono y sonriendo levantó la cabeza hacia Lori. —¿Qué?

—¿Qué haces aquí?

Parpadeó sorprendida. —Trabajar.

—¿Cómo vas a trabajar así! —Se levantó dando un paso hacia ella. —
¿Quién era ese?

—Oh, un amigo de mi equipo de bolos.

—¿Equipo de bolos?

Sonrió de oreja a oreja. —Sí, ¿tú juegas?

La miró con horror. —¡No!

—Pues tú te lo pierdes porque lo pasamos genial. Aunque últimamente

me tuvieron que sustituir porque iba menos, pero eso va a cambiar.

—¿No me digas? ¿Y el otro?

—¿Qué otro? —Buscó dentro de su bolso evitando la pregunta y sacó un paquete de pañuelos de papel.

—El otro que te quieren presentar.

Sonrió divertida. —No seas cotilla, Lori.

—¿Suéltalo de una vez!

—Ni le conozco. —Le guiñó un ojo. —Todavía.

—Ay, madre.

—¿Qué te ha pasado en el brazo? —preguntó levantándose para ver que tenía un apósito en el antebrazo—. ¿Te has quemado?

—Bah, una heridita de nada —respondió sonrojándose—. La que no deberías trabajar eres tú.

—Solo voy a buscarle una sustituta a Cameron.

En ese momento escucharon el click del ascensor y ambas miraron hacia allí. Sonrió al ver a su jefe guapísimo con un traje azul marino. Se detuvo en seco mirándola como si fuera una aparición. —¿Qué haces tú aquí?

Se sonrojó con fuerza. —Oh, pues... He venido a buscarte una sustituta.

—¿Sustituta? —Entrecerró los ojos acercándose a ella y mirándola de arriba abajo. Cuando sus ojos llegaron a su frente de nuevo hizo una mueca. — Joder, ¿estás bien?

—Sí, no tiene buena pinta. Pero estoy bien. El médico me ha dicho que puede ser normal perder los últimos recuerdos en un golpe así.

—¿Y se recuperan? —preguntó Lori rápidamente.

—A veces no. —Se echó a reír. —Menos mal que solo ha sido un día.

—Denise, ¿te han dado alguna medicación? Te veo muy contenta — preguntó él sonriendo. Al parecer se alegraba de verla.

—Algo para el dolor. Pero no estoy contenta por eso. —Encantada fue hasta su bolso y dejó sobre la mesa un paquete de la joyería Tiffany. — ¡Sorpresa!

—La leche —dijo Lori con los ojos como platos mientras Cameron dejaba caer su maletín al suelo de la impresión.

—Rodolfo me dijo que al final no lo había comprado porque había surgido algo del trabajo, así que he ido en cuando salí del hospital.

—Menudo hijo de la gran... —dijo él por lo bajo haciendo que Lori le mirara sin saber qué decir. Cameron carraspeó—. ¿Es lo que creo que es?

—¡Un anillo de compromiso! —exclamó emocionada—. Debo reconocer que al principio me molestó que me lo pidieras a mí, pero

pensándolo mucho me di cuenta de que es porque confías en mi criterio totalmente y te lo agradezco mucho. Me he esforzado un montón en buscar el mejor para una mujer tan refinada como Marcia.

Cameron tomó aire dando un paso hacia ella y forzó una sonrisa. —Y no se puede cambiar.

Le miró confundida. —¿Cambiar? No, claro que no.

—Por el grabado.

Ella sonrió aliviada. —Claro, por el grabado. ¿Quieres verlo? Te prometo que te gustará.

—Seguro que sí. No te preocupes por eso.

Como no lo cogía mirándola fijamente preguntó —¿No vas a abrirlo?

—¿Es un rubí?

Frunció el ceño confundida. —¿Un rubí? No me pediste un rubí y... — Se pasó la mano por la frente. —¿Me lo pediste?

—No, Denise —dijo preocupado—. No te lo pedí. Siéntate, que parece que estás algo pálida.

Suspiró del alivio. —Menos mal, creía que se me estaba yendo la cabeza. —Se sentó en su sitio y sonrió. —¿Lo abres? Me muero por verte la cara.

A regañadientes cogió la cajita y quitó el lazo blanco. —Vamos allá —

dijo Lori por lo bajo acercándose y cuando sacó el anillo ambos lo miraron con los ojos como platos de la impresión.

—¡Esa es la cara que quería ver! —dijo encantada—. ¡A Marcia le va a dar algo al ver ese diamante de diez quilates en talla baguette!

Sorprendido la miró a los ojos. —Nena, ¿cuánto te ha costado esto?

—Bah, si tienes dinero de sobra y en el anillo de compromiso no se racanea.

—¿No me digas? ¿Y cuánto me van a descontar de la cuenta?

—Trescientos cuarenta mil —dijo con satisfacción haciéndole palidecer. Ja, le iba a salir una úlcera—. Pero es un diamante de clase A o algo así. Su brillo, su color... Vamos que es un pura sangre. Lee la inscripción.

Él miró el anillo y dijo faltándole el aire —Daría todo por ti.

—¿A que es romántico?

Cameron forzó una sonrisa. —Mucho, pero lo hemos dejado.

—¡No! —Se llevó la mano sana al pecho y se levantó. —Pero...

—Se ha ido con otro.

—¡No!

—Ayer cuando llegué a casa me envió un mensaje de texto.

—Oh, es terrible. —¡Tendría cara! ¡Ahora iba de víctima! Éste se iba a cagar. —Y con el anillo comprado. —Le miró compungida. —Es una pena.

—Pues sí.

—Pero no pasa nada. Se lo puedes dar a la siguiente —dijo como si intentara animarle.

—Eso Cameron, puedes dárselo a la siguiente —dijo Lori con cachondeo.

Él asintió mirándola a los ojos y Denise sintió un vuelco en el estómago. ¡Se lo estaba pensando! Era un avance increíble pero no debía confiarse. —Bueno, voy a llamar a Calgary para asegurarme de que todo está bien.

—El viaje... —Miró su brazo. —Creo que es mejor que lo suspenda.

—¿Que lo suspendas? ¿Por qué?

—No estoy de humor.

—Cameron sé que es duro que te hayan dejado...

—¿Lo sabes? —preguntó mosqueado—. ¿Cómo que lo sabes?

—Bueno, porque lo sé. —Se encogió de hombros. —Pero si te vuelcas en el trabajo, se pasa mucho mejor. Te lo digo yo.

—¿Ah, sí? ¡Pues te vienes conmigo!

—¿Yo? ¿Por qué?

—¡Así me acompañas! —Entró en el despacho dando un portazo, pero abrió la puerta de nuevo. —¡Necesito apoyo!

—Sí, sí... claro.

Cameron entrecerró los ojos. —¿Sí? ¿No hay problema?

—Si a ti no te importa llevar a la mujer biónica...

La miró de arriba abajo. —No es para tanto.

Sonrió de oreja a oreja. —¿Podré hacer turismo?

—¿Tú sola?

—Bueno, si estás reunido no necesitas mi apoyo.

—¡No, no puedes hacer turismo! —Entró en el despacho de nuevo y sonrió ilusionada como se suponía que tenía que mostrarse.

—Me voy a Calgary, Lori.

—Ataca.

—Puede que lo haga —dijo como si le hiciera una ilusión enorme.

Lori sonrió. —Pues perfecto. Está con las defensas bajas y es el momento.

—¿Tú crees?

—Claro que sí. Estaréis solos y en otro país. Tres días solo para ti.

Emocionada levantó el teléfono. —Voy a reservar vuelo.

—Sí, y si te olvidas de reservar habitación mejor.

La miró sorprendida. —Eso es ir un poco deprisa. Y me muero de la vergüenza. No, iré a mi ritmo.

—A paso pulga —dijo Lori por lo bajo.

—¿Qué has dicho?

—Espero que lo pases bien.

—Lo haré —dijo mirando maliciosa la pantalla de los vuelos.

Capítulo 7

Tiró de la maleta hasta el coche y el chófer se la cogió mientras Cameron esperaba al lado del vehículo.

—¡Qué os divirtáis! —gritó María del Carmen desde el porche despidiéndose con la mano.

—Vamos a trabajar. —Se despidió con la mano. —¡Te llamaré!

Entró en el coche y Cameron lo hizo tras ella sentándose a su lado. — Nena, ayer te fuiste sin despedirte.

Abrió los ojos de la sorpresa. —Tenía cosas que hacer y te dejé una secretaria muy eficiente y a Lori. ¿Me has llamado nena?

Cameron carraspeó. —Perdona, es que se me ha escapado.

Sonrió radiante. —No importa. Lo entiendo. —Le dio un codazo con el brazo sano. —Con tantas mujeres es lógico que se te escape.

Él gruñó. —Tampoco son tantas.

—¿Qué no? Déjame pensar... ¿Veintidós que yo sepa? No, espera que cuento de nuevo.

—Déjalo, Denise.

—Eso pensaba. —Miró por la ventanilla y frunció su naricilla al ver que parecía que iba a haber tormenta. —Espero que no nos caiga un rayo.

—El avión es el medio de transporte más seguro que...

—Sí, ya. Pero cuando se cae uno mueren doscientas personas.

Eso pareció divertirlo. —¿Te has subido en avión alguna vez?

—No.

—Al parecer haces muchas cosas conmigo por primera vez.

Se le cortó el aliento porque lo decía con segundas. —¿Ah, sí? ¿Como qué?

—Subir en avión. Tu primer trabajo...

—Ya había trabajado antes. Durante los veranos.

—Trabajo serio.

—Eso sí. ¿Qué más?

Se acercó más a ella. —Y creo que en el futuro harás muchas más cosas conmigo por primera vez.

Denise queriendo morir de gusto por como la miraba se inclinó hacia atrás. —¿Como conocer Calgary?

Él gruñó mirando su boca. —Te voy a enseñar mil cosas.

Separó los labios sin darse cuenta. —Lo estoy deseando.

—¿No me digas? —preguntó acercándose más haciendo que el aroma de su colonia casi la mareara de gusto.

—Oh, sí. —Se volvió hacia el bolso y sacó unos folios. —Porque hay algunos sitios que me gustaría conocer como la plaza olímpica o la torre Calgary... —Cameron acarició su espalda hasta llegar a su cuello y nerviosa tomó aire. —¡Y el fuerte! Me gustaría conocer el fuerte.

—Nena...

Ella le miró a los ojos. Dios, aquello iba a ser más difícil de lo que pensaba. —¿Sí?

—Quiero hacerte el amor —susurró mirándola con deseo. Creyó que se moría de gusto en ese momento—. Besarte entera y estar dentro de ti.

Su corazón casi se detiene y sin querer miró sus labios. —¿Dentro de mí? —La cogió por la cintura pegándola a él. —Cameron, creo que romper con Marcia te ha afectado.

—Tú sí que me afectas —dijo antes de atrapar su boca.

¡No, no! ¡Ese no era el plan! Pero besaba tan bien... Le acarició el cuello sintiéndose embriagada y gimió de placer al sentir su mano en el interior de su muslo. Apartó su boca mirando sus ojos. —No.

—¿No? —Besó su labio inferior. —No te voy a hacer el amor aquí,

preciosa.

—Ni aquí ni en ningún sitio.

Él reprimió la risa. —Si tú lo dices.

—Mira, si estás depre por lo de Marcia... —Cameron la besó de nuevo y gimió de placer antes de que se separara. —No.

—Algún día dirás que sí.

Eso la espabiló de golpe. —Sí, lo diré ante el cura. Y me acostaré con mi marido. —Levantó sus cejas castañas. —¿Algo que decir?

—¿Aparte de que cambiarás de opinión?

—No lo creo.

La miró fijamente a los ojos. —¿En serio quieres desaprovechar la oportunidad de disfrutar de tres días tú y yo solos?

—¿En serio me estás diciendo a mí, tu secretaria, que quieres tener una aventura conmigo?

—Te estoy pidiendo que te relajes y disfrutemos de lo que tenemos, nena. —Acarició su mejilla y su corazón latió de una manera que parecía que se le iba a salir del pecho.

—¿Y qué tenemos? Porque hasta hoy nunca me has mirado dos veces.

Él suspiró. —Te aseguro que sí te he mirado dos veces. Es

complicado.

—No es complicado. Te gusto o no te gusto.

Asustada esperó su respuesta porque como solo la quisiera para divertirse un rato le iba a dar un infarto.

—Me gustas mucho.

—¿Pero?

—Pero no sé si estoy preparado para esto. No creo que una pareja sea para siempre.

Denise sintió que su corazón se retorció de la decepción. —Pues yo sí creo que el verdadero amor es para siempre. Y creo que la otra persona es lo primero en lo que piensas cuando te levantas y necesitas estar con él cada minuto del día porque sino sientes que te falta algo. Porque necesitas saber si está bien y harías cualquier cosa porque sea feliz. Porque tener a sus hijos sería el mejor regalo del mundo y porque sin él solo sobreviviría. Y yo quiero vivir.

Cameron se apartó mirándola muy serio. —¿Sientes eso por mí, nena?
—Se le quedó mirando sin responder porque no sabía qué decir y Cameron apretó los labios. —Entiendo.

Entonces encontró la solución para salir de esa. —Si me lo hubieras preguntado hace un mes, hubiera dicho que sí sin rechistar. Pero algo ha

cambiado.

—¿Qué ha cambiado?

—Marcia. Eso es lo que ha cambiado. ¡Dices que no quieres una relación conmigo, pero te ibas a casar con ella! —le gritó a la cara.

—No lo entiendes.

—¡Claro que lo entiendo! ¡Yo solo soy un rollo! —Miró por la ventana y suspiró del alivio porque había esquivado la bala. —Un rollo de oficina. No se puede ser más patética.

—No eres un rollo de oficina —dijo suavemente cogiendo su mano. Intentó soltarla, pero él se lo impidió y le miró sorprendida cuando acarició el dorso de su mano con el pulgar—. Eres preciosa, y la secretaria más eficiente y lista que he tenido nunca. ¿Cómo no iba a fijarme en ti? —A Denise se le cortó el aliento. —Me vuelve loco como muerdes el lápiz cuando estás nerviosa, como apartas ese mechón de pelo que siempre se escapa de tu peinado y como esos preciosos ojos verdes me miran cuando llego al trabajo. Como si fuera el mejor momento del día. Y es el mejor momento del día porque tengo horas por delante a tu lado. ¿Y quieres que te diga cuál es el peor momento, nena? Cuando te vas a casa, porque sé que no te veré hasta el día siguiente.

Los ojos de Denis se llenaron de lágrimas porque ella sentía lo mismo.

—¿De verdad?

Se acercó para darle un beso susurrando —De verdad.

El tortazo le volvió la cara. —¡Suerte tienes que tengo la otra mano escayolada! —gritó sintiendo que la rabia la recorría de arriba abajo.

—Con esa te defiendes bastante bien. —Se frotó la mejilla.

—¿Dices que te gusto desde hace tiempo y te acuestas con otras? ¡Te juro que ahora mismo te castraría!

Él hizo una mueca. —Este viaje empieza fenomenal —dijo entre dientes.

—¡Porque no sigo tus planes!

—¡Sí!

—¡Pues te fastidias! ¡Y tócame otra vez y vas a probar la escayola, eso te lo juro!

Que cuando ella llegaba era lo mejor del día... Gruñó mirando por la ventanilla. ¡Tendría cara! Si se había tirado a todo lo que se movía, el muy sinvergüenza. Y ella mientras tanto babeando por él. Es que era para matarle. Y en ese momento se lo cargaría. Le echó un vistazo y allí estaba mirando su móvil. Entrecerró los ojos porque estaba contestando un mensaje. Se mordió la lengua, pero no pudo evitar preguntar —¿Marcia?

—Muy graciosa, nena. Sí, es de lo más divertido.

Le iba a estrangular con sus propias manos. En cuanto las tuviera a punto. Pero mientras tanto le iba a dar una lección que no iba a olvidar en la vida.

Sonrió dulcemente. —Ya entiendo lo que ocurre.

—Lo dudo mucho —dijo por lo bajo metiéndose el móvil en el bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Qué has dicho?

La miró a los ojos—Nada, ¿qué decías?

—Oh, pues que es lógico que si habías empleado tantas energías en conquistar a una mujer tan fina y educada... tan de buena familia y tan forrada de billetes, te sientas algo frustrado porque tus planes no han salido como querías.

Él gruñó revolviéndose en su asiento. —Tampoco es para tanto.

—Yo creo que sí. Es triste y ahora mismo te sientes miserable... —
Apretó los labios con pena. —Por eso estás tan confundido. Estabas enamorado de ella, aunque no quieras admitirlo por ese orgullo masculino tan molesto, y ahora quieres hacerte el duro. Por eso quieres tirarte lo primero que tienes a mano y esa soy yo porque Lori está casadísima. —Le palmeó el antebrazo. —Se te pasará.

—¿Tú crees? —preguntó con ganas de matar a alguien.

—Oh, sí. Ya verás. Te ha dado un repente para curar tu orgullo y como es obvio que tú sabías que yo me he sentido atraída por ti, pues hala. Pero no.

—¿No?

—No. —Sonrió dulcemente. —Seguiremos con nuestra relación profesional como siempre.

—¿Y eso? Si tanto te gusto, deberías aprovechar la oportunidad, ¿no crees?

Se encogió de hombros. —No me parece que éste sea el mejor momento. De hecho, creo que no va a haber un momento entre nosotros. No, ya no.

Cameron se tensó. —¿Por qué? ¿Porque soy un rícano y un egocéntrico?

Le miró incrédula. —¿Cuándo he dicho yo eso? ¿Estás bien? Está claro que lo de Marcia te hace decir disparates. —Sonrió ilusionada. —¿Sabes qué? Necesitas divertirte. Y lo vamos a hacer. Ya verás como sí.

—¿Por qué? —gritó él sobresaltándola.

—Cameron... —siseó molesta—. Me has asustado. Intenta relajarte, ¿quieres? No tengo por qué pagar tus cambios de humor.

—Me cago en la... —Frustrado miró por la ventanilla. Pues más que se iba a frustrar. Maliciosa admiró el paisaje, aunque todo era autopista y no

había mucho que admirar. Ya había enderezado la situación. Iban a ser unos días de lo más interesantes.

Minutos después Cameron gruñó desde su asiento. —No has respondido a mi pregunta.

Vaya, volvía al tema. A ver cómo se lo tomaba, porque no tenía muy buena cara y tampoco quería que perdiera el interés y se pillara un cabreo de primera. Tomó aire por la nariz y sonrió con tristeza. —Me enamoré de ti el primer día en que te conocí. Me pareciste el hombre más sexy e inteligente del mundo.

Él sonrió aliviado. —Eso es...

—Pero se me pasó —añadió precipitadamente.

Por su cara parecía que se había tragado un palo. —Se te pasó.

Rió sin ganas. —Vamos Cameron, eres un hombre de mundo. Noté desde el principio que no te interesaba. Las bromas, los malos modales que tenías conmigo... —Él iba a decir algo pero le interrumpió. —Las llamadas intempestivas, las broncas, tus ironías... No sé, todo eso fue mermando el posible amor que sentía por ti y terminó esfumándose.

—Esfumándose.

—Y me di cuenta cuando me pediste el anillo de Marcia. Justo en ese momento.

Cameron perdió todo el color de la cara. —¿Te molestó?

—No... Bueno sí, pero no porque te ibas a casar con ella, sino porque demostrabas de nuevo que no me respetabas. Ni a mí ni mi trabajo.

—Sí que te respeto. Eres la mejor secretaria que he tenido nunca.

Le miró con sorpresa. —¿De veras?

Él apoyó la espalda en el respaldo del asiento como si estuviera agotado y pasó una mano por su nuca. —Sé lo del trabajo con Follman.

Separó los labios aparentando sorpresa. —¿Cómo te has enterado?

—Lori tiene una amiga en recursos humanos de su empresa.

—Ah... Iba a decírtelo...

—¿No me digas? —preguntó con ironía.

—Tienes que entenderlo. Para mí es una oportunidad única. Rodolfo me apoya en esto. Cree que debo avanzar en mi carrera.

—Podemos hablarlo. Sé que mereces más responsabilidad y...

—No estábamos hablando de eso, Cameron.

Él apretó los labios. —No, me estabas diciendo que ya no me querías.

—Apartó la mirada hacia la ventanilla. —Sé que estás decepcionada por todo

lo que ha ocurrido en estos tres años, pero...

Parecía tan hecho polvo que cogió su mano y la apretó llamando su atención. —No estoy decepcionada. Eres un hombre maravilloso, Cameron. En miles de aspectos te admiro muchísimo. Estos tres años han sido emocionantes a tu lado. Me has hecho sentir mil cosas, pero...

La cogió por los brazos pegándola a él y la besó como si quisiera devorarle el alma. Denise gimió antes de que él se apartara mirándola intensamente. —Y te voy a hacer sentir mil cosas más, preciosa. ¡Y sí que me quieres! —le gritó a la cara espabilándola de golpe—. ¡Vuelve a decir que no y me voy a cabrear muchísimo!

Abrió la boca del asombro y Cameron bajó la vista hasta sus labios gruñendo, provocando que a Denise se le encogiera el estómago. —Estoy deseando comprobar lo que hace esa boca —dijo él con voz ronca.

—¿Qué?

Él besó su labio inferior suavemente pasando su lengua por él de manera muy erótica. —Puede que no quieras sexo, nena. —Acarició sus brazos hasta llegar a su nuca y Denise gimió sin poder evitarlo cerrando los ojos. —Pero te mueres porque te folle. —Inclinó su cabeza hacia atrás y besó su cuello hasta llegar al lóbulo de su oreja. —Eres mía. —Se apartó para mirar su rostro. —Abre los ojos, preciosa. —Denise medio atontada levantó

los párpados para mirar sus ojos grises. —Puede que no creas que sé lo que quieres. Lo sé muy bien. Pero ahora te voy a decir lo que quiero yo y si me conoces como dices, sabes que nunca me detengo ante algo que quiero. Y te quiero a ti en mi vida. Eres mi mujer, ¿me oyes?

—¿Qué?

—Y no necesitamos un papel o un cura que diga que puedo tocarte. Ahora estás celosa por lo de Marcia y enfadada por cómo me he comportado, pero eso ya no importa porque todo ha cambiado.

—¿Qué ha cambiado? —preguntó mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—. No ha cambiado nada.

Cameron sonrió y su pulgar acarició su mejilla. —He cambiado yo.

—Solo quieres una amante. —Una lágrima mojó su pulgar y Cameron apretó los labios abrazándola. —¡No! —gritó intentando apartarse.

—No, cielo. No huyas de mí. Siento haberte hecho daño.

—¡No me lo has hecho! —dijo desgarrada—. No puedes hacerme daño.

Él la besó en la sien y susurró —Dame una oportunidad, nena. No te arrepentirás.

—¡Mientes! —gritó sin poder evitarlo perdiendo los nervios—. ¡Mientes como me has mentido siempre! —Él se apartó sorprendido y le

golpeó rabiosa con el brazo sano. —¡Nunca me has tenido aprecio! ¡Te has reído de mí con Lori durante tres años para alejarme y ahora esto cuando casi me había liberado de ti! ¡Te odio! ¡Odio que me hagas esto! ¡Nunca me has querido!

Cameron la cogió por el brazo y entrecerró los ojos. —Te acuerdas de todo, ¿verdad?

—¡Maldito imbécil! —Intentó pegarle de nuevo, pero él la tumbó sobre el asiento colocándose encima.

—¡Nena, te vas a hacer daño! ¡Estate quieta! —Le arreó con la escayola en la cabeza y él gruñó sujetándola. —¡Denise!

—Debería...

Él atrapó sus labios y Denise sollozó intentando apartar su boca, pero sus caricias hicieron que respondiera a su beso sin poder evitarlo. Le acarició el cuello enterrando sus dedos en su pelo negro y entrelazó su lengua con la suya haciéndole gemir. Cameron metió la pierna entre las suyas y apartó la boca mirando hacia abajo. —Este no es el mejor momento para esto... —Bajó las manos hasta su falda y tiró de ella hacia arriba mostrando sus braguitas y sus medias a medio muslo. —Joder Denise... —Acarició su muslo estremeciéndola. —No sabes las veces que te he hecho el amor en el coche. —Besó su cuello. —Y ese perfume... Tu olor me vuelve loco. —Mareada

arqueó su cuello hacia atrás. —Preciosa, hemos llegado.

Se apartó de ella y la incorporó con suavidad besándola suavemente. Denise intentó atrapar sus labios, pero él rió por lo bajo enderezándose. —
¿Has cambiado de opinión?

—¿Qué?

—Sobre lo de llegar virgen al matrimonio, preciosa.

Denise se sonrojó con fuerza apartando su melena de la cara con la mano sana. —Muy gracioso.

Cameron se puso serio y cogió su barbilla para que le mirara. —Esto no ha sido una broma, nena. Puede que no entiendas nada, pero voy a ser muy claro contigo por una maldita vez. No creo en el matrimonio. No he creído nunca. Pero creo en ti. —Denise se emocionó porque parecía que hablaba muy en serio. —Creo en lo que tenemos y no estoy dispuesto a perderte, ¿de acuerdo? Así que tendrás que perdonarme porque me revuelve las tripas pensar siquiera que te acerques a Follman a cien metros. —Su corazón saltó en su pecho al escucharle. —Ni que no voy a verte todos los días. Tampoco soporto que no trabajes conmigo. Te quiero en mi vida. ¿No es suficiente?

Si cedía ahora puede que en unos meses se cansara de ella y la dejara atrás con el corazón roto, pero un matrimonio no era garantía de nada. Podía ocurrir igualmente, aunque tuviera un anillo en el dedo y su corazón se

rompería de todos modos al saberse no querida. Mirando sus ojos grises que la observaban inseguros, se dijo que había sido suya desde que le había conocido y puede que ella siempre hubiera soñado con la boda perfecta, pero a veces había que renunciar a ciertos sueños por otros. Y lo que sentía por Cameron lo superaba todo. Le sonrió tímidamente y Cameron la abrazó a él con fuerza. —Nena, no te vas a arrepentir. Te lo prometo.

Denise cerró los ojos disfrutando de su abrazo esperando que no se equivocara. Porque esa vez si le hacía daño la destrozaría y no sabía si podría recuperarse de un golpe así.

Capítulo 8

Sentada en la cama de su suite se mordió el labio inferior muy nerviosa. Cameron estaba en una reunión e iría a buscarla para salir a cenar, pero ella tenía otros planes. Se levantó histérica y se acercó al espejo del aparador para ver si el camisón de seda negra le quedaba como hacía dos minutos. Bufó apartándose la melena del hombro y gimió mirando la escayola. —Mierda... —Se sobresaltó al escuchar que se cerraba la puerta y pensó que se desmayaría allí mismo.

—Nena, ¿estás lista?

—Dios, voy a vomitar —dijo para sí llevándose la mano al vientre.

—No sabes lo bien que ha ido la reunión. —Cameron entró en la habitación con el maletín en la mano y en cuanto la vio se detuvo en seco mirándola de arriba abajo. Dejó caer el maletín al suelo mirando el bajo de su camisón que mostraba la parte inferior de la nalga. Eso la puso aún más nerviosa. No tenía que haberse comido el sándwich cuando habían llegado al hotel. Ahora se arrepentía de no haberlo hecho en el coche.

Cameron la miró a los ojos y carraspeó. —¿Te estás vistiendo?

—No.

—Gracias a Dios —dijo dando un paso hacia ella llevando la mano a su corbata mientras se la comía con la mirada.

Denise dio un paso hacia atrás. —¿Qué tal la reunión? ¿Decías que bien?

Se detuvo en seco mirándola asombrado. —¿Ahora quieres hablar?

—¡Es que estoy nerviosa Cameron!

—¿Por qué?

—¡No lo sé! Me has dejado en el hotel y te has ido a la reunión. ¡Todo está pasando muy rápido! ¡Ayer quería matarte por todas las trolas que me metías!

Él suspiró quitándose la corbata y la tiró sobre la cama sentándose. — Nena, no quiero que hagas algo porque te sientas obligada. Si no estás cómoda...

—No es eso. —Sonrojada dio un paso hacia él sin darse cuenta. —Es que...

—Querías otra cosa.

—Pero me adapto por estar contigo. —Sonrió acercándose a él y Cameron la cogió por las caderas acercándola.

—Te adaptas. —Levantó la vista para mirarla a los ojos.

—Como tú te adaptarás a estar conmigo cuando te has resistido con uñas y dientes durante tres años. —Acarició su mejilla y él cerró los ojos como si su roce fuera la mejor sensación del mundo. Fascinada se agachó y besó sus labios suavemente. —¿Tienes hambre? —preguntó con la voz ronca.

La cogió por la cintura tumbándola sobre la cama y Cameron la miró a los ojos. —Solo puedo pensar en una cosa y te aseguro que no tiene nada que ver con comida. —Miró hacia abajo y gruñó al ver el tanga negro que se había puesto. —Nena, eres una cajita de sorpresas. Tienes un gusto excelente para la lencería.

Denise rió sin poder evitarlo. —¿Te gusta?

—Mucho, aunque no sé de qué me sorprende porque tienes gusto para todo. —Levantó ligeramente el picardías dejando su ombligo al descubierto. Sin dejar de mirarla se agachó y la besó por debajo de su ombligo estremeciéndola de placer. Denise suspiró levantando los brazos mientras él acariciaba su cintura, elevando su camisón hasta debajo de sus pechos. Sus labios acariciaron su vientre y sus pezones se endurecieron con fuerza de la anticipación. Cameron se arrodilló en la cama quitándose la chaqueta a toda prisa mientras se la comía con los ojos e insegura le observó mientras se desabrochaba la camisa. —No, nena. No pienses en nada que no sea en esto.

—En esto estoy pensando.

Él sonrió pasándose la camisa por los hombros y a Denise se le cortó el aliento al ver el ligero vello negro que tenía en sus duros pectorales. Se lo había imaginado mil veces y jamás pensó que sentiría eso. Se mordió su grueso labio inferior mientras esas manos que había soñado mil veces que la tocaban, desabrochaban su cinturón de piel. Cuando bajó la cremallera se le secó la boca porque jamás hubiera pensado que estaría en esa situación. Se sentó de golpe cuando dejó caer los pantalones mostrando sus bóxer negros. La protuberancia que tenía tras la tela negra provocó que le saltara el corazón en el pecho de una manera que la asustó. ¿Qué estaba haciendo? Con los ojos como platos se le quedó mirando paralizada y Cameron se tensó. —Nena, relájate.

—Eh... ¿Puedo hacer una llamada?

—¿Qué te crees que es esto? ¿Un concurso de la tele? —Suspiró sentándose a su lado. —¿Qué ocurre?

Denise ni podía mirarle a la cara. Miraba su sexo endurecido como hipnotizada y el miedo la atenazó. Siempre había imaginado que ese momento lo compartiría con su marido. Y él no era su marido. ¡Ni siquiera creía que ella le gustaba unos días antes! ¿Y si todo era un espejismo? ¿Y si se cansaba de ella en unas semanas como de las demás? Lo estaba entregando todo por un hombre que le había hecho daño cuando unas horas antes tenía claro que tenía que retorcerle las pelotas por capullo. Sonrió sin poder evitarlo y Cameron

correspondió a su sonrisa sin darse cuenta. —¿Crisis superada?

—Del todo, mi amor. Ha sido el susto.

—Perfecto. ¿Continuamos?

—Cuando quieras. —Él besó su cuello y Denise suspiró de gusto. —

Me encanta que me beses.

—Y a mí me encanta besarte. Tienes la piel más suave del mundo. —

Sus labios bajaron por su hombro y suavemente deslizó el tirante del camisón para dejarlo caer mostrando parte de su pecho. Denise acarició su muslo

inclinando su cuello a un lado cuando sus labios volvieron a él. —Y tu olor...

Nena, no lo olvidaré en la vida.

Denise se tensó con fuerza y se apartó para mirarle a los ojos. —¿Y por qué ibas a olvidarlo?

—¿Qué? —Intentó besarla de nuevo, pero Denise se puso de pie sobre la cama apartándose de él.

—¡Por qué ibas a olvidarlo! —gritó enfureciéndose para señalarle con el dedo—. ¡Conmigo no juegas más! —Saltó de la cama mientras él la miraba atónito y se metió en el baño dando un portazo. Mierda necesitaba el móvil. Volvió a salir y cogió su bolso de encima del tocador y al ver que no había reaccionado le gritó desquiciada —¡Quiero casarme! —Por su cara parecía que había hablado en chino y cerró de nuevo echando el pestillo. Al verse en

el enorme espejo con la frente amoratada el brazo escayolado y cara de loca se dijo que necesitaba hacer esa llamada. ¡Había perdido el norte totalmente! A toda prisa puso el bolso sobre la encimera y buscó su móvil con tanta prisa que la mitad de las cosas salieron disparadas. Marcó el número de María del Carmen y bufó cuando escuchó que Cameron llamaba suavemente a la puerta.

—Nena, ¿estás bien? ¿Llamo a un médico? Pareces un poco... nerviosa.

—¡Cómo se te ocurra llamar al médico, te capo! ¿Me oyes? —le gritó a la puerta—. ¡Lo que me faltaba! ¿Qué le vas a decir? ¿Mi secretaria no quiere acostarse conmigo, dróguela?

—Denise... —Escuchó como intentaba abrir la puerta. —¡Abre!

—¿Sí? ¿Ya has llegado, cariño?

—Espera que tengo que pegarle un grito —le dijo a María del Carmen antes de mirar la puerta—. ¡Déjame en paz!

—Veo que va muy bien. —María del Carmen rió al otro lado de la línea. Gimió sin saber qué decir —¿Qué ocurre? ¿Insiste mucho?

—¿Te arrepientes?

—¿De qué?

—De no haberte acostado antes con Rodolfo. Antes de la boda.

—¡Sal de ahí cagando leches! —gritó María del Carmen. Denise hizo

una mueca—. ¿Me oyes? Voy a llamar a Rodolfo ahora mismo.

—No le llames.

—¡Ese capullo está a punto de desvirgarte! ¡No voy a llamar a mi marido, cogeré el primer vuelo yo misma y me lo cargaré! Después salgo del país a toda prisa. ¿Tenemos tratado de extradición con Canadá? Bueno, me da igual. Como te ponga un dedo encima... —Parecía que se pensaba lo que iba a decir, pero escuchó como algo se estrellaba.

—¿Eso ha sido un jarrón?

—¡La ensaladera! ¿Dónde estás?

—En el baño. Ya sabe que me acuerdo de todo y me ha dicho un montón de cosas como que soy suya y...

—¿Suya? ¡Ja! ¿Tienes algo en el dedo? ¿No, verdad?

—No.

—¡Pues no eres suya! No eres su mujer, ni su novia porque ni siquiera habéis tenido una cita decente, ni su secretaria porque ahora estás de baja por culpa de la muñeca rota. ¿Me preguntas si me arrepiento? No. No me arrepiento. Porque tuve la noche de bodas más maravillosa del mundo con una persona a la que amo con locura y en la que confío plenamente. Y precisamente porque me quería, estuvo a mi lado hasta llegar al altar en lugar de presionarme para que cediera a algo que no quería hacer. Por supuesto que

hubo momentos en los que teníamos ganas, en los que estábamos enamorados y podíamos haber llegado al final, pero te aseguro que mereció la pena porque convirtió el día de nuestra boda en un día más especial aún. Fue como culminar nuestro noviazgo, ¿entiendes? ¡Y para eso es el noviazgo! ¡Para conocerse!

—Pero yo ya le conozco y le quiero —dijo indecisa—. Cameron no cree en el matrimonio.

—¿Me estás diciendo que no quiere casarse? ¡Sal de ahí pitando!

—Estos son otros tiempos, ¿no crees?

—¿Qué chorradas te ha contado? ¡Un matrimonio es un compromiso real! ¡Entre dos personas que se quieren y que se unen para formar una familia! ¿Quieres una familia? —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Quieres niños, cielo?

—Sí.

—Pues ese es un compromiso de por vida. Solo contéstate a una pregunta olvidándote de ese matrimonio. ¿Crees que Cameron se haría cargo del bebé si llegara en algún momento?

—Sí —dijo sin dudar recordando a Sybil.

María suspiró al otro lado de la línea. —No sé qué decirte. Es tu vida y debes decidirlo tú, pero por favor... no des un paso más hasta que no estés

totalmente segura de que puedes confiar en él y hasta ahora no ha demostrado que es muy de fiar.

Sabía que tenía razón y ese era el motivo por el que había tenido dudas. No se creía del todo que Cameron se sintiera atraído por ella después de los últimos tres años.

—No te atosigues. Cuando emprendiste este viaje ibas a torturarlo. Tómate tu tiempo y sabrás cuando ha llegado el momento porque no tendrás ninguna duda de que es el hombre de tu vida.

—Gracias. —Sorbió por la nariz sin darse cuenta de que lloraba. —Te quiero.

—Mi niña... Yo también te quiero. Como si te hubiera llevado dentro. —Denise sonrió porque siempre le decía lo mismo. —Ahora sal del baño, que es seguramente donde estás encerrada, y pégale cuatro gritos más. Después te sentirás mejor.

—Te llamo mañana.

—Ánimo.

Colgó el teléfono y suspiró dejándolo en el bolso preocupada por cómo reaccionaría cuando saliera. Igual tenía que alejarse de él. Había perdido ya tres años con ese hombre en un trabajo en el que no se había desarrollado profesionalmente. Cuando había salido de la facultad tenía

ambiciones que había dejado a un lado por Cameron y las sensaciones que sentía a su lado. Había dejado a un lado su vida por un hombre que se había burlado de ella mientras salía con otras mujeres. Y ahora decía que todo había cambiado y debía creerle. Que era su mujer. Pero ella no se sentía su mujer.

Se volvió hacia la puerta y caminó sobre el mármol beige. Tomó aire abriendo el pestillo sabiendo que esa conversación no iba a ser fácil y se dio ánimos abriendo la puerta. Parpadeó mirando la cama vacía y giró la cabeza. —¿Cameron?

Caminó hasta el salón y allí estaba totalmente vestido tomándose un whisky mirando el ventanal. —Nena, si quieres salir a cenar deberías vestirte.

—No quiero salir a cenar.

Él volvió la cabeza hacia ella lentamente y apretó los labios al darse cuenta de que había llorado. Volvió a mirar las luces de la ciudad. —¿Estás cansada? ¿Te duele la mano?

—Déjalo ya, ¿quieres? Esto no funciona.

—Ni siquiera ha empezado como para decir si funciona o no. —Bebió de su whisky como si nada.

Asombrada dio un paso hacia él. —¡Sí que ha empezado, Cameron! ¡Empezó hace tres años!

Él miró su vaso apretando los labios antes de beber el resto de su

contenido. —No lo entiendes.

—¡No! ¡No lo entiendo! ¡No entiendo nada de lo que ha pasado y creo que deberías explicarte!

Sonrió con tristeza dejando el vaso sobre la impecable mesa de comedor y se acercó a ella. Sus ojos grises parecía que recordaban algo que le había hecho daño. —Mi padre no fue un buen marido, pero fue un padre estupendo. Al menos para mí. Durante años creí que era el mejor hombre del mundo. Hasta que escuché a mi madre llorar una noche porque se había quedado a trabajar hasta tarde.

—Lo sabía desde el principio.

—Sí. Dicen que una mujer se da cuenta de esas cosas. Los llantos se hicieron habituales y después Lori se presentó en casa. Otra mujer enamorada que había destrozado su vida. Tenías que verla. Estaba esquelética y lo único que resaltaba en ella era el vientre que presagiaba que toda nuestra vida iba a cambiar. Y lo hizo. Vaya si lo hizo. Yo perdí la confianza en mi padre, mi madre confirmó sus sospechas y nunca volvió a ser feliz por su traición. Lori se casó y consiguió ser medianamente feliz.

—¿Pero qué dices? Quiere a su marido con locura...

Cameron sonrió irónicamente. —¿Tú crees? Puede que ahora le quiera, pero se casó con él porque se sentía sola con una hija de la que no podía decir

quién era el padre.

Pálida no se lo podía creer. —No puede ser.

—¡Se sentía sola, Denise! ¡Había tenido un bebé con su jefe! ¡Tenía que soportar las murmuraciones en la empresa y no podía irse porque no encontraría otro trabajo embarazada! ¡Así que decidió casarse diciendo que Sybil era hija de su marido! ¡No podía decir que el verdadero padre la había degradado! ¡Se moría de la vergüenza! Por eso se casó con él, para evitar las murmuraciones.

—Dios mío —susurró llevándose la mano al pecho—. Pobre hombre.

—¡Por una mala decisión se destrozaron la vida de varias personas y no iba a arriesgarme!

Palideció al escucharle. —Así que soy una mala decisión.

—¡Sí! ¡A la semana de que llegaras me di cuenta de que no tenías nada que ver conmigo! ¡Una aventura lo complicaría todo porque ya estabas enamorada y yo no quería nada más!

—¡Así que me alejaste!

—¡Sí!

—¡Pero tú no estabas casado cuando me conociste! —Él no dijo nada y Denise palideció. —Dios mío, no te crees capaz de serme fiel, ¿verdad? ¿Es lo que me estás diciendo? —Al ver que daba un paso atrás horrorizada él

intentó cogerla del brazo. —¡No me toques!

—No lo entiendes —dijo torturado—. Nena...

—¿Sabes lo que he tenido que pasar estos años sabiendo que estabas con otras? —gritó desgarrada—. ¿Por qué lo hacías? ¿Para demostrarme que pasabas de mí o para demostrarme lo que me esperaba?

—Simplemente seguí con mi vida.

—¡Mientras yo paralizaba la mía, cerdo egoísta! Te asegurabas de que me mantenía alejada pero no me dejabas ir del todo, ¿verdad? ¡Podrías haberme despedido!

—¡No podía dejarte ir!

El corazón saltó en su pecho, pero no podía flaquear en un momento así. Le señaló con el dedo. —Esto se ha terminado. —Dio un paso hacia ella mirándola fijamente. —¡Ni hablar! ¡No vas a intentar seducirme de nuevo!

—Denise, no te vas a ir.

—Claro que no, cariño —dijo con ironía.

Se volvió entrando en la habitación y él la siguió como si fuera a la guerra. Al verla ponerse un vestido sobre el camisón apretó los puños impotente. —Hablemos de esto.

—¡No pienso hablar de nada más! —Se subió la cremallera lateral. Cogió los zapatos de tacón y se acercó a él con ellos en la mano. —¡A partir

de ahora se va a hacer lo que yo diga! —le gritó a la cara—. ¡Y como me entere de que miras a otra, te la corto! ¿Me has entendido? ¡Eres mío! ¡Te he ganado con todas las chorradas que se te pasan por la cabeza! ¡En cuanto llegue a nueva York preparo la boda! ¡Y más te vale que te presentes porque si no te enviaré a Rodolfo para que te deje hecho un cromo! —Cameron sonrió viendo cómo se agachaba para ponerse los zapatos. —Que me va a poner los cuernos, dice. Éste no me conoce —siseó por lo bajo antes de enderezarse—. ¡Nos vamos a cenar! No tengo una pizca de hambre, pero es nuestra primera cita y voy a pasarlo bien. —Entrecerró los ojos. —¡Y más vale que te esmeres, que contenta me tienes! —Miró a su alrededor por si se le olvidaba algo. —A la mierda el bolso, pagas tú.

—Claro que sí, preciosa —dijo reprimiendo la risa.

—Sí, ahora hazme la pelota. —Salió de la habitación como si fuera a la guerra. —¡Cameron! ¡La puerta! A ti te enderezo yo como me llamo Denise.

Cameron caminó hacia ella mirándola apasionadamente y a Denise se le cortó el aliento. —¿Qué?

La cogió por la cintura pegándola a su cuerpo y susurró —Así que aun así quieres casarte conmigo.

—Sí.

—¿Vas a correr el riesgo?

Denise sonrió. —No, cariño. El riesgo lo correrás tú porque yo sé con quién me caso. Eres tú quien no tiene ni idea, pero tranquilo que lo vas a descubrir. —Le besó en los labios y gimió en su boca cuando sus manos bajaron hasta su trasero. Reaccionando se apartó rápidamente. —¡Y las manos quietas!

Cameron se echó a reír al verla salir de la suite como si la persiguiera el diablo. —Nena, ¿ni un poquito?

—¡Con dos besos vas que chutas!

Capítulo 9

Cameron entró el lunes en la oficina con una sonrisa de oreja a oreja. Lori silbó. —Vaya contento que estás.

—Me caso.

Lori dejó caer el periódico que estaba leyendo. —¿Con Denise?

—¡Claro que con Denise! —Miró a la secretaria que sustituía a su novia y gruñó —Buenos días.

—Buenos días, señor Birkenshaw. Felicidades.

—Gracias Sue. —Entró en su despacho y Lori rodeó su escritorio a toda prisa para seguirle.

—¿Pero qué ha pasado? —Lori cerró la puerta acercándose a él impaciente. —¿La has seducido?

—Casi no le he tocado un pelo. No me ha dejado.

—¿Se te resiste? Claro, tiene que estar un poco confusa, la pobre.

—Estaba fingiendo, Lori. Lo recordaba todo. —Sonrió satisfecho. — Solo quería hacerme sufrir un poco.

—¿Y no te ha retorcido las pelotas? —preguntó asombrada.

—Seguramente le hubiera encantado, pero esa parte de mi anatomía no la tocará hasta la noche de bodas.

Lori parpadeó viendo cómo se sentaba tras su escritorio. —Así que no la has seducido.

—Pues no.

—¿Y le has pedido matrimonio?

—No precisamente. ¿Qué reuniones tengo? Casi ni he podido concentrarme en el trabajo en estos días.

—¿Se ha dado cuenta de que te quiere?

—Oh, sí. Me quiere. De eso no tengo ninguna duda.

—¿Te lo ha dicho?

—Sí, más o menos.

—¿Y tú a ella?

—No me ha dado opción.

—Cameron, de verdad... ¿quieres contármelo de una vez? ¡Me pones de los nervios!

—Esta boda la ha decidido ella. Como todo lo demás.

Frunció el ceño sentándose ante su escritorio. —¿Ella ha decidido

pedirte matrimonio?

—No me ha dado opción. Nos casamos. Punto.

—Punto —dijo asombrada.

—Exacto. —Sonrió mirando el móvil. —Me ha enviado un mensaje.

—Dejó el móvil sobre la mesa.

Lori no salía de su asombro. —¿Y no contestas?

Hizo un gesto sin darle importancia. —Será mejor que no.

El teléfono de la oficina sonó en ese momento y Cameron sonrió. —Es ella. —Descolgó mientras Lori no se lo podía creer. Parecía otro. —Buenos días preciosa. ¿El mensaje? No, no lo he leído. ¿Qué miento? No, qué va. ¿Dos rayitas azules confirman que se ha leído el mensaje? Vaya, no me había dado cuenta. Es que estoy hablando con Lori de mi agenda... Ya sé que Lori no lleva mi agenda. ¿La nueva? —Cameron levantó una ceja. —No, estoy con Lori. ¿No me crees? ¿Videollamada? Cielo, tengo trabajo. ¿Quieres hablar con Lori para que te des cuenta de que no miento? —Le tendió el teléfono. —
Ponte.

—Será una broma.

—No. Ponte —vocalizó.

Cogió el teléfono y se lo puso al oído. —¡Denise! Ya me he enterado, felicidades.

—Gracias. Al final sí que voy a preparar su boda. ¿Te lo puedes creer?

—Me da que sois tal para cual. —Cameron se echó a reír asintiendo. Estaba tan feliz que se quedó impresionada.

—¿Qué tal la nueva?

—Eficiente pero no como tú.

—¿Le hace ojitos?

—No, qué va. —Cameron negó con la cabeza. —Bueno...

—¿Qué?

—Es que tu hombre es de lo más atractivo. ¿Quién no miraría? Pero tienes que aprender a confiar en él.

Cameron puso los ojos en blanco mientras su novia decía —¿Lo que me faltaba por oír!

Lori miró el móvil confundida porque parecía que le había colgado. — Me ha colgado.

—En media hora la tenemos aquí —dijo satisfecho—. Bueno, ¿y qué tengo que hacer hoy?

—¿Cree que vas a tener algo con Sue?

—Algo se le ha pasado por la cabeza.

—¿Por qué?

—¡Porque le dije en el viaje que si no había tenido algo con ella, era porque no me veía capaz de serle fiel a nadie! ¡Por eso!

Lori no salía de su asombro. —¿Es que no eres capaz de ser fiel?

—A Denise sí. Más me vale —dijo distraído cogiendo un dossier.

—¿Entonces?

Él suspiró levantando la vista. —¿Qué le iba a decir? Sacó sus conclusiones y me parecieron mejor que parecer un gilipollas que no sabía lo que quería hasta que por poco la pierdo.

—¡La vas a volver loca! —Jadeó llevándose una mano al pecho. —La estás probando, ¿verdad?

—¿Qué dices? —preguntó molesto.

—¡Para ver si se comporta como tu madre!

Cameron apretó los labios. —No tengo ni idea de lo que dices.

—Claro que sí, a mí no me la pegas. ¡Qué ella llegara a esa conclusión te ha venido de perlas para ver cómo se comportaría en una situación así! Por eso acabas de provocar sus celos.

—En realidad no vendría mal hacer una prueba sobre cómo sería su comportamiento en un caso así, ¿no crees? ¡Sobre todo con lo que ha ocurrido en mi familia!

—¡Tú sí que estás mal de la cabeza! Como se entere...

—¿Cómo se va a enterar? Tranquila. En cuanto pase un tiempo y compruebe que me porto bien, se le olvidará. Y yo me quedaré más tranquilo.

—¿Más tranquilo?

—Claro que sí. Denise me va a quitar las dudas que pueda tener sobre el matrimonio. En cuanto se le pase el mosqueo.

—No entiendo nada.

Levantó una ceja. —Pues es muy sencillo. Voy a utilizar su error de interpretación...

—Que tú has propiciado...

—Para comprobar cómo se comportaría si tuviera la mosca detrás de la oreja respecto a que yo tuviera una amante. Para estar seguro de que no se vuelve una psicótica.

—¡Así que yo tengo razón! ¡La estás probando! ¡Y encima la estás provocando! —exclamó indignada.

—¡Es que quiero que venga a trabajar! La echo de menos, ¿qué pasa?

—Cameron, ¿tú la quieres?

—¡Me voy a casar con ella!

—¡Eso será si se comporta como tú quieres!

Él apretó los labios. —¿Qué tengo en la agenda, Lori?

Diez minutos después la puerta se abrió de golpe y dejaron caer la mandíbula al ver a Denise en vaqueros con la parte de arriba con un pijama de nubes, el cabello revuelto como si se acabara de levantar de la cama y la respiración agitada. Entre eso y la escayola con el morado de la frente que empezaba a amarillear, parecía que era una loca peligrosa. —Ya estoy aquí. —Sonrió de oreja a oreja. —Lista para trabajar.

—Denise, ¿cómo has llegado tan rápido? —Cameron asombrado se levantó lentamente.

—Me ha traído Rodolfo. Ha venido con la sirena porque han matado a un tío aquí al lado. Algo de un ajuste de cuentas.

Lori gimió viendo cómo se acercaba a su novio y le daba un rápido beso en los labios. —Madre mía, esto empieza bien —susurró la secretaria ganándose una mirada de advertencia de su jefe.

—¿Y tu café? —preguntó mirando la mesa—. Ahora te lo traigo.

—Nena, siéntate. Estás fatigada. —La sentó en su sillón.

—Es que no funcionaba el ascensor.

—Sí que funcionaba.

—¡Pues es muy lento!

Lori hizo una mueca. —Voy a por el café. Mejor os dejen solos.

—Te gusta más el mío —dijo a punto de levantarse.

—¡Nena, siéntate!

Se sentó mirándole con los ojos como platos y Cameron la miró caminando de un lado a otro. Iba a decirle algo, pero pareció que se lo pensaba mejor. —¿Qué ocurre?

—¿Qué ocurre? ¿Te has mirado a un espejo antes de salir de casa?

—Bueno, es que tenía que pillar a Rodolfo que ya estaba en medio de la calle a punto de irse. —Se miró sonrojándose intensamente. —¡No llevo la parte de arriba!

—Sí que la llevas, pero no la que deberías.

Se puso como un tomate. —No pasa nada. Tengo un traje de repuesto en el armario. —Aliviada porque había encontrado la solución sonrió. —Menos mal que soy la secretaria perfecta, ¿eh? Me voy a hacerte el café que Lori no carga bastante el depósito y luego dices que está flojo.

Se levantó de golpe y él la cogió por la cintura. —Nena, no tienes que preocuparte. No te voy a ser infiel con Sue.

Denise sonrió radiante. —Claro que no. Porque antes de entrar la he echado a patadas. —Le guiñó un ojo dejándole de piedra. —No te preocupes por la mano. Yo me arreglo. —Le dio un beso en los labios y se apartó de él a toda prisa yendo a paso ligero hacia la puerta. —Lori, ¿qué tiene Cameron en

la agenda?

Cuando se quedó solo miró su mesa pensativo y se acercó a su sitio. —
No pasa nada. Todavía está algo nerviosa. Se le pasará.

Un mes después

Entró en el despacho encantada de la vida. —¡Ya soy libre!

Cameron carraspeó y los abogados se volvieron sobresaltados. Denise gruñó volviendo la cabeza a Lori que soltó una risita. —Te odio —vocalizó antes de mirar a su prometido y sonreír de oreja a oreja—. Continúad, por favor. —Al ver a su abogado personal entrecerró los ojos. —¿Qué hacéis?

—Preciosa, esta es una reunión privada.

Entró como si tal cosa. —Vamos a casarnos en seis meses. No deberíamos tener secretos, ¿no crees? —Se cruzó de brazos y sin cortarse miró a los abogados que carraspearon incómodos. —¿Y bien?

—Nena...

—Cameron, ¿no será una reunión para el contrato prematrimonial?

Su prometido se levantó y forzó una sonrisa. —¿Nos disculpáis un

segundo? —Los abogados salieron casi en espantada. —Denise, te comportas como una loca.

—¿Yo? —preguntó asombrada.

—¡Controlas todo lo que hago! ¡Esta es una reunión privada!

—Y como te dije, los matrimonios no tienen por qué tener secretos. Y eso del control ha sonado fatal. —Le acarició el pecho sobre su impecable camisa blanca. —Solo me intereso por ti.

—Y eso está muy bien —dijo con cara de querer pegarle cuatro gritos—. Pero a mí me gusta tener mi espacio.

Se apartó de golpe mirándole como si la hubiera decepcionado. —Tu espacio. ¿Ya empiezas? —Le señaló con el dedo. —¡Te lo advierto, se empieza con un espacio y se termina con unos cuernos que no se pasa por la puerta! Y puede que no sea yo la cornuda.

Cameron la miró pasmado. —¿Qué has dicho?

—¡Lo que has oído! —le gritó a la cara saliendo del despacho dando un portazo—. ¡Ya pueden pasar! —La puerta se abrió de nuevo. —Por cierto mi vida, hay que pagarle veinte mil al fotógrafo para reservar la fecha.

—¿Veinte mil? ¿Pero quién es?

—Un mago. Nos sacará guapísimos, ya verás. —En cuanto pasaron los abogados sonrió de oreja a oreja. —Me voy a enterar igual —dijo antes de

cerrar.

Lori soltó una risita. —¿Veinte mil?

—Y ha sido un chollo.

—Te lo estás pasando en grande, ¿verdad?

Sonrió maliciosa. —Pues todavía no ha visto la factura de la tarta nupcial. —Se sentó en su sitio y vio por la pantalla del ordenador que se le había soltado un mechón de pelo. Se lo metió tras la oreja encendiendo la pantalla después. —Ni la del vestido de novia... Ni la del peluquero, maquillador y todo lo demás. —Cogió un lápiz sonriendo de oreja a oreja, aunque por dentro quería gritar de frustración porque después de cuatro semanas en las que había esperado que se sincerara con ella no había conseguido nada de nada. Debía pensar que era una auténtica estúpida. Se había dado cuenta de inmediato que lo de ser infiel era mentira. En los tres años que llevaba trabajando con él jamás le había sido infiel a ninguna de sus novias. Simplemente las dejaba y cuando se aburría empezaba con otra. En cuanto esas palabras salieron de su boca se dio cuenta de que eso no podía ser, pero cuando Cameron lo puso como excusa para haberla mantenido alejada durante tres años, la rabia la recorrió y se dijo que si no quería taza se iba a tragar taza y media. De veneno a ser posible. Así que cuando le dijo que se casaban lo hizo conscientemente. El muy capullo se sonrió como si hubiera superado otra de sus bromitas. Pues se iba a cagar. Porque por una vez la

broma le iba a estallar en la cara.

Le dio a imprimir sonriendo de oreja a oreja. Al fin.

Cogió los papeles de la impresora y los firmó a toda prisa. —¿Qué es eso? ¿Algo de la boda?

—Enseguida te enterarás —dijo como si estuviera muy emocionada. Fue hasta la puerta del despacho.

—Como entres de nuevo, se va a cabrear.

—No, qué va. ¿Mi prometido? ¿Con el buen carácter que tiene?

Lori frunció el ceño y la observó entrar en el despacho dejando la puerta abierta.

—¡Denise! ¿Qué te había dicho?

—Cariño, pero esto es importante...

Con curiosidad se acercó al despacho para ver como Cameron leía los papeles y fruncía el ceño. —¿Qué coño es esto, Denise?

—Mi renuncia. —Lori dejó caer la mandíbula del asombro. —Mañana empiezo en Follman.

Cameron se puso lívido. —¡Fuera! —gritó levantándose de su sillón.

Los abogados salieron despavoridos y para su asombro vio como Denise se sentaba en la esquina del escritorio y cruzaba las piernas. —¿Se

puede saber a qué viene esto? ¡Ya lo habíamos resuelto!

—Tú te crees que yo soy idiota, ¿verdad? —La miró sin comprender.
—Así que no querías nada conmigo porque temías serme infiel...

Se acercó a ella. —Nena...

Levantó la mano. —Espera, que sé lo que vas a decir. No lo entiendes.
—Chasqueó la lengua sonriendo. —¿A que soy adivina?

—No puedes hacer esto.

—Claro que sí. ¿No querías espacio? Pues ahí tienes mi renuncia.

—Denise, ¿a qué viene esto? —gritó furioso.

Negó con la cabeza sin perder la sonrisa. —Qué ganas tenía de verte la cara en este momento. Y por cierto no me grites.

—Tienes que esperar quince días por contrato.

Levantó una ceja antes de echarse a reír a carcajadas y se levantó con gracia poniéndose ante él. —Cariño, llevo un mes sin contrato. Esa renuncia era para dar el golpe de efecto porque la real la firmé hace un mes. De hecho, podría demandarte. Pero mira si soy buena que no voy a hacerlo porque me voy a un lugar mejor. Ya he firmado el contrato. —Miró su reloj. —De hecho lo firmé hace una hora. Follman está deseando que empiece. Así que tengo que irme.

Cameron la cogió por el brazo. —Explícamelo porque no lo entiendo.

¡Tú me quieres!

—Claro que sí. Te he querido mucho. ¿Pero sabes? A veces hay que prosperar. Y te doy espacio que es lo que querías. Te doy todo el del mundo. Por cierto, te dejo. En todos los sentidos. —Soltó su brazo yendo hacia la puerta.

—Denise esto no tiene gracia.

—Claro que sí. Ríete, cielo. Al final has conseguido lo que tú querías.

—¿Qué locuras dices?

Se volvió desde la puerta. —Has conseguido alejarme del todo. ¿No era ese tu objetivo al mentirme una y otra vez? Pues felicidades. Podría decir que te voy a echar de menos, pero lo dudo mucho. —Iba a salir, pero se detuvo para mirarle fríamente con sus preciosos ojos verdes, aunque por dentro se estaba muriendo porque seguramente no le vería más. —¿Sabes? Durante este mes ha habido momentos fantásticos en los que me hiciste dudar sobre si había tomado la decisión correcta, pero siempre que tenía dudas, hacías algo que me demostraba que eras un cerdo manipulador. Como hoy, que has aprovechado mi cita con el médico para quedar con ellos creyendo que no volvería en toda la tarde. Por cierto, jamás te daría la custodia de mis hijos como habías estipulado. Nunca firmaría una cláusula así y que la hayas puesto, significa que no me conoces en absoluto. —Sonrió maliciosa. —Suerte cancelando la boda.

—¡Denise! —Cameron fue hasta la puerta y la vio cogiendo su bolso tranquilamente. —Nena, no sé qué ha pasado, pero si lo hablamos...

Se echó a reír acercándose a él y le besó suavemente en los labios. Para cínica ella. —Adiós, mi vida. Puede que no te lo creas, pero te deseo lo mejor. —Salió de allí como una reina dejándole con la boca abierta atónito porque no se lo esperaba.

—¿Pero qué haces? ¡Vete tras ella! —gritó Lori levantándose de su silla al ver como se cerraban las puertas del ascensor.

—Todo era mentira —dijo sin salir de su asombro—. Durante todo este mes se ha burlado de mí.

—Tenías que haberte sincerado con ella. ¡Siempre la has subestimado y siempre te las devuelve dobladas! ¡Cómo con los anillos de compromiso que ni te has molestado en darle! ¡No se ha creído en ningún momento que ibas a casarte con ella!

Fue justo en ese momento cuando el miedo le recorrió de arriba abajo y fue hasta el ascensor corriendo pulsando el botón. —¡Llama a seguridad para que la detenga!

Juró por lo bajo y corrió hacia las escaleras, pero cuando llegó al hall y salió al exterior, supo que acababa de cometer el mayor error de su vida al no detenerla a tiempo y decirle que la amaba por encima de todo. Su propia

estupidez le había hecho perder lo mejor que había tenido nunca.

Capítulo 10

Seis meses después

Se sentó y sonrió a John que acercó su silla a la mesa. —Gracias.

—Espero que no tarden mucho. —Miró su reloj platino sentándose a su lado. —¿Qué tenemos después?

—Tienes una hora libre antes de la reunión con Márquez.

Cuando llegó el camarero John pidió —Dos copas de vino blanco. Del de siempre.

—Enseguida, señor Follman.

—John, el vino me afecta mucho. No podré centrarme en toda la tarde.

—Tonterías. Eres capaz de ponerme firme incluso dormida.

Se echó a reír porque una vez la había llamado en plena noche y ella le había soltado cuatro gritos. Tenía que darle gracias a Cameron porque le había enseñado a no dejar que el jefe se pasara ni un pelo. —Puedes echarme cuando quieras.

—Ni se me ocurriría. —Le echó un vistazo a la camarera y Denise

sonrió por dentro. Era un conquistador nato. Aunque lo sería aunque no hiciera nada porque tenía un aura que atraía a las mujeres como las moscas a la miel. Alto, enormemente atractivo y moreno de ojos verdes no había mujer a diez metros que pudiera apartar los ojos de él. Pero sorprendentemente a ella no le atraía nada. María del Carmen decía que era porque seguía enamorada del idiota de Cameron. Y seguramente tenía razón, pero ni loca contestaría al teléfono, aunque la había llamado mil veces. Eso cuando no se presentaba en casa de Rodolfo para montar el espectáculo pidiendo verla. Todavía ni se había dado cuenta de que ya no vivía allí sino en un apartamento de la empresa. Miró a su jefe queriendo borrar esa parte de su vida.

Una sombra se puso a su lado y sonrió levantando la vista sobresaltándose al ver a la fuente de sus pensamientos mirándola como si quisiera matarla. —Cameron...

—Menuda sorpresa. Pero si está aquí mi prometida.

John les miró confundido. —¿Prometida?

—Es mi ex... jefe.

—Exjefe, exprometido y exidiota aparte de un montón de cosas más.

—Alargó la mano. —Cameron Birkenshaw.

—Te conozco. Te he visto varias veces y nos presentaron en la cena anual de empresarios, ¿verdad?

—Pues sí. A ti te daban un premio esa noche.

John se levantó sonriendo mientras estrechaba su mano. —Claro que sí. Ibas con una rubia preciosa.

—Se llamaba Clare.

—No cielo, tienes mala memoria. Era Marcia.

—Oh, es que ya perdí la cuenta y ha pasado tanto tiempo...

—¿Así que estuvisteis juntos?

—No.

—Sí —dijo él apretando los labios—. De hecho, nos casábamos el sábado que viene.

John miró de reojo a Denise sentándose de nuevo. —Vaya, esto empieza a ser incómodo.

—Tranquilo, solo me acercaba a saludar. ¿Estás contento con su trabajo? Me dejó por ti, así que debe ser un trabajo de la leche.

John levantó una ceja mientras Denise palidecía porque solo quería dejarla en evidencia. —Si algo he descubierto en estos meses de trabajo, es que Denise es fiel por encima de todo, así que si te dejó, es porque habías traicionado su confianza de alguna manera o de todas.

Denise agradeció sus palabras con la mirada antes de coger su copa de vino, ignorando a Cameron y dándole un sorbo. Él apretó los labios

observándola. —Tiene gracia que digas eso, porque si traicioné su confianza mintiéndole fue precisamente para no perderla. —Denise se estremeció por sus palabras dejando la copa de vino sobre la mesa. —Pero no se puede tener todo, ¿no es cierto?

—Muy cierto.

—Bueno, tengo que irme. —Cameron se agachó a su lado y la besó en la mejilla cerca del lóbulo de su oreja y Denise cerró los ojos intentando que no la afectara. —No me lo tomes en cuenta, cielo. Lo hago por nosotros. Te echo de menos.

Confundida volvió la cara para ver cómo se alejaba sin entender qué había querido decir. En ese momento llegaron los hombres con quien tenían que reunirse y tuvo que saludarles levantándose y dándoles la mano. Cuando se volvió a sentar forzando una sonrisa, John se puso a trabajar hablando de negocios y distraída miró sobre su hombro temiendo lo que Cameron le tenía preparado.

Estaban en el primer plato cuando un chillido la sobresaltó y miró al frente para ver a Lori. —¡Por Dios, Denise... menos mal que aún estás aquí! —Se acercó a ella y le dio un par de besos de una manera de lo más sonora. Sus acompañantes la miraron asombrados. —Querida, tenía que hablar contigo. Cameron te ha visto y me ha avisado, el pobre, así que me he acercado.

—Lori, estamos en una comida de negocios y...

—Ya, ya. Me daré prisa. Bueno, el hecho es que tienes un problema gordísimo porque me han llamado los de contabilidad, ¿sabes? Y al parecer cometiste un error muy grave con las cuentas.

Denise palideció mirando de reojo a John que frunció el ceño. —No creo que... Debe ser una equivocación de contabilidad.

—Claro que no. Confundiste tus gastos personales con los gastos de la empresa y la tarjeta no debe usarse para nada que no sea de la empresa, ¿entiendes? Imagínate si Hacienda se entera que cargaste el vestido de novia en la tarjeta de la empresa. Sería un escándalo. Y más aún porque ya no trabajabas para Cameron en ese momento. ¿Recuerdas cuando terminó tu contrato?

¡Estaba intentando desacreditarla ante su nuevo jefe! La mataba.

—Denise, ¿de qué está hablando esta mujer?

—Lori trabajaba conmigo en la empresa de Cameron —siseó mosqueada—. Esto es una encerrona, John. Te lo juro.

Follman frunció el ceño y Lori sonrió. —Tengo pruebas. —Abrió su bolso como si nada y sacó unos papeles que dejó a su lado. —Mira, usaste la tarjeta para comprar esa ropa interior carísima que no llegaste a recoger en tu espantada. ¿La recuerdas? Tranquila, la he recogido yo. —Lori sonrió de oreja

a oreja. La mataba.

John cogió los papeles y les echó un vistazo rápidamente tensándose mientras los demás no se perdían palabra. —¿Seis mil en una zapatería?

—Eran mis zapatos de novia. —Rió sin ganas. —Ni los he recogido.

—Tranquila cariño, Cameron lo ha recogido todo. No le quedó más remedio, claro. —Miró con pena a los demás. —Le destrozó el corazón.

—¿Doscientos cincuenta mil en Tiffany?

—Oh, ese fue el primer anillo. Que no le gustaba y tuvo que comprar otro.

—¡Lori! ¡No mientas! ¡No eran para mí! Cameron me dijo que los comprara.

Su jefe se tensó. —¿Esta es la cuenta de la empresa?

—Es la tarjeta de crédito que Cameron me dio. Por supuesto que es la de la empresa. Siempre lo he pagado todo con ella. —Dios, por la cara de su jefe estaba en un lío de primera.

—Debes firmar un papel para contabilidad haciéndote responsable de esas compras —dijo Lori como si fuera un desastre.

—¿No me digas? —siseó.

—Esto es... —Su jefe dejó la servilleta sobre el plato. —Denise, acompáñame un momento.

Terriblemente avergonzada se levantó. —John, te juro que no cometí ningún error. Él me dijo que comprara los anillos y...

—¿Con su tarjeta personal o con la de la empresa? —siseó furioso.

Perdió todo el color de la cara y se tapó la boca recordando su primer día de trabajo y a Cameron dejando dos tarjetas de crédito sobre la mesa del despacho. La tarjeta de crédito privada de Cameron se había quedado en su escritorio. Jamás la había usado porque no había tenido que comprar cosas personales y cuando le encargó comprar el anillo ni la recordó después de tres años, comprando eso y todo lo demás con la otra que siempre llevaba en la cartera. La de la empresa.

John se tensó por su expresión. —¿Te puede imputar un delito, Denise! Si Hacienda mete las narices en sus cuentas, puede responsabilizarte a ti. Incluso pueden alegar un desfalco a las cuentas de la empresa. —La cogió por el brazo alejándola aún más de la gente mientras ella perdía todo el color de la cara. —Mira, entiendo que ese capullo quiere que vuelvas y ha organizado todo esto de manera pública para joderte a ti. ¡Pero me está jodiendo a mí! Estoy quedando en evidencia frente a dos socios muy importantes que ahora mismo están pensando que mi asistente está metida en asuntos turbios. ¡Eres mi mano derecha!

—Lo siento, John. Siento dejarte en evidencia. —Enderezó la espalda. —Presentaré mi renuncia y...

—¿Renuncia? —gritó sobresaltándola. La fulminó con la mirada—. Esto es la guerra, Denise. En este mundo comes o te comen. Quiero que le arranques las pelotas a ese cabrón y que quede tan desacreditado que no pueda asomar la nariz nunca más. —Se abrochó la chaqueta de su traje hecho a medida. —Si no lo haces, no te molestes en volver porque no serás lo que necesito.

Se le cortó el aliento viéndole acercarse a la mesa de nuevo sonriendo. Lori cogió los papeles acercándose a ella con una sonrisa de oreja a oreja. —¿Cuándo vas a pasar a firmar?

La miró fríamente y sonrió aparentando serenidad. —Oh, ahora mismo. ¿Te parece?

—Perfecto —dijo tan contenta porque había conseguido su objetivo.

—Espera un momento. Voy a por mi bolso.

—Claro. —La observó acercarse y agacharse al lado de John susurrándole algo al oído. De manera profesional habló con los de la mesa y les dio la mano con una agradable sonrisa en los labios. Cómo había madurado en esos meses, pensó Lori orgullosa. Toda una profesional. Levantó las cejas al verla coger su Birkin y caminar hacia ella mostrando la clase que tenía. —Chica, cómo has cambiado.

—¿Tú crees? —preguntó poniéndose las gafas de sol de Carolina

Herrera.

—Estás preciosa. Parece que has madurado. Has perdido timidez y ese vestido es una maravilla —dijo admirándolo—. El verde es tu color. Tu jefe te paga bien, ¿eh?

—Mejor que el tuyo, te lo aseguro. —Salieron del restaurante y se volvió para ver a Lori hacer una mueca. —Bien, puesto que todas esas sandeces que has soltado ahí dentro tenían un fin, ¿cuál es el plan?

Lori señaló la acera y se volvió para ver el coche negro de Cameron. El chófer abrió la puerta. —Perfecto, pues vamos allá. —Caminó hacia el coche con paso firme y le dio las gracias a Carter.

—Me alegra verla, señorita Denise.

Forzó una sonrisa y entró en el coche. El chófer cerró la puerta y tomó aire quitándose las gafas antes de girar la cabeza para mirar a Cameron. —Te has excedido, ¿no crees?

Él apretó los labios. —No me has dejado otra opción. No contestas a mis llamadas y Rodolfo se negaba a decirme dónde estabas. Y como comprenderás no iba a ir a Follman para montar el numerito en la empresa. Todavía tengo una imagen que mantener, cielo.

Claro y su imagen no era importante. —Me has dejado en evidencia ante la profesión. Tendré suerte si John no me echa a patadas.

La observó durante unos segundos. —Has cambiado.

—¿Tú crees?

—Te has endurecido.

—He tenido que hacerlo para tratar con gente como tú. —Metió las gafas en el bolso y le miró fríamente. —Bien, ¿qué quieres?

—Quiero que vuelvas.

—¿Y a cambio qué consigo yo?

Cameron apretó los labios. —A cambio arreglaré lo de las tarjetas y devolveré el dinero. Un millón cien mil, nena. Tus venganzas me salen muy caras.

—¿Y si digo que no?

—Te puedo denunciar.

Sonrió irónica. —No me denunciarías.

—Te veo muy segura.

—Por supuesto que estoy segura. Porque quieres algo de mí. Te conozco bien y eso sería como reconocer que no has conseguido lo que querías.

—Tienes razón. Y nunca me rindo. ¿Lo recuerdas? Lo que sí puedo hacer para conseguir mi objetivo, es hundirte ante la profesión. Un rumor aquí.

Un rumor allá y Follman te echará a patadas. ¿Quién te daría trabajo después?

—¿Tú? —respondió divertida.

Él sonrió satisfecho y no pudo evitar reír. Cameron perdió la sonrisa poco a poco mientras ella tenía un ataque de risa que no podía reprimir. — Nena, me estás cabreando.

—Perdona —dijo riendo. Se le escapó una risita que intentó reprimir, pero al ver su rostro se echó a reír de nuevo.

—¿No le veo la gracia por ningún sitio!

Sorprendida le miró a los ojos. —Ah, ¿no?

—¿No!

—Claro que la tiene, Cameron. Te estás arrastrando. —Cameron perdió todo el color de la cara y se tensó. Pero ella no pensaba sentir ningún remordimiento cuando hacía un año se hubiera arrancado un brazo antes de hacerle daño. —Te estás arrastrando por una mujer que rechazaste durante tres años, a la que has mentido y de la que te has burlado. El gran Cameron Birkenshaw se ha arrastrado hasta mí. ¿Qué pasa, cielito? ¿No has podido olvidarme?

—No. No he podido olvidarte. —Su corazón saltó en su pecho y desvió la mirada intentando reprimir lo que sentía a su lado. —Nena, no vuelvas a la empresa si no quieres, pero te pido otra oportunidad.

—Eres patético. —Intentó abrir la puerta, pero él se lo impidió sujetándola por los brazos.

—¡Mírame! —Intentó resistirse, pero él la sujetó por la nuca forzándola a que le mirara a los ojos. —¡No te vas a librar de mí! —Le miró asustada y a Cameron se le cortó el aliento. —Joder Denise, jamás te haría daño.

—Me lo estás haciendo. ¡Aléjate de mí! —le gritó a la cara.

Cameron atrapó sus labios besándola desesperado y ella intentó golpearle, pero sujetó su mano recostándola sobre el asiento. Él se apartó y Denise iba a gritar cuando él dijo —Te quiero.

Se le cortó el aliento y se apartó todo lo que pudo sintiendo auténtico miedo. —Estás loco.

—Sabía que no podía perderte y estos seis meses han sido los peores de mi vida. Te quiero nena y...

—¡Deja de decir eso!

—No me voy a rendir, ¿me oyes? ¡Haré lo que haga falta para que me quieras de nuevo! Puede que no me creas, pero conseguiré que lo hagas. Y ya me conoces, nena. Yo no me rindo.

—¡Déjame en paz!

—Sí que quería casarme, pero tenía algo dentro que me decía que

podríamos cometer los mismos errores que mis padres y...

Le dio un bofetón que le volvió la cara. —¡Deja de buscar excusas para burlarte de mí! ¡Nunca me has querido! ¡Nunca has querido casarte! ¡Lo único que te atraía de estar conmigo era divertirme a mi costa como has hecho siempre! —le gritó a la cara.

Cameron la miró confundido. —Estás equivocada, yo...

—Cuando me dijiste lo de ser infiel, me indigné porque era mentira. Pero lo pasé por alto porque estaba tan enamorada de ti que no podía evitar ilusionarme porque habías aceptado la boda. ¿Pero recuerdas cuando llegamos del viaje a Canadá? Me dejaste en el aeropuerto porque recibiste una llamada y tenías que irte. —A Cameron se le cortó el aliento. Sonrió irónica. —Veo que lo recuerdas. Me dejaste tirada en el aeropuerto sin darme explicaciones, así que me subí a un taxi y te seguí...

—Nena, puedo explicarlo.

—Imagínate mi sorpresa cuando te encuentras con Marcia y la besas ante mis ojos. Ni te diste cuenta de que estaba allí. —Le miró con odio. —La besaste cuando veinte minutos antes me habías besado a mí. Ni te imaginas lo que sentí en ese momento.

Cameron palideció. —Déjame que te explique...

—¡Cállate! —gritó furiosa—. Me das asco. Ahí supe que te volvías a

burlar de mí de nuevo. ¿Qué ibas a hacer? ¿Anularlo todo cuando me hubieras desvirgado como era tu intención en Canadá?

—¡No la había dejado! —A Denise se le revolvió el estómago y nervioso intentó cogerle la mano, pero la apartó con asco. —Todo pasó tan rápido que ni me había acordado de dejarlo con Marcia, así que cuando me llamó en el aeropuerto fui de inmediato temiendo que te enteraras porque después de lo que te había dicho en el viaje pensarías lo peor de mí. — Suspiró viendo en su rostro que no se creía una palabra. —Cuando te pedí que compraras el anillo era para gastarte una broma, sí. Pero yo no lo había dejado con ella. Pasó todo lo que ocurrió con tu accidente y el viaje... Joder, se me olvidó por completo. En Canadá me llamó el último día cuando estaba en una reunión y estaba muy excitada. Le dije que hablaríamos en cuanto llegara a Nueva York e insistió en recogerme en el aeropuerto. Busqué una excusa, pero cuando encendí el móvil en el aeropuerto vi que me había llamado tres veces. Justo en ese momento me sonó el teléfono y tú estabas esperando tu maleta. Exigió verme de inmediato porque teníamos que hablar antes de la cena benéfica. Entonces supe que no podía retrasarlo porque si íbamos a la cena y nos sacaban una foto...

—¿Yo me enteraría igual? —preguntó con ironía.

—¡La dejé antes de irme a la cena!

—¡La besaste!

—¡Estaba esperando mi coche ante su portal y me besó ella! ¡Creía que le iba a dar esa noche el anillo de compromiso porque lo encontró en mi casa al ir a recoger un vestido que había dejado en el vestidor! Estaba muy nerviosa porque aunque quería casarse, creía que igual era algo pronto y no quería rechazarme en público y que hubiera malentendidos porque me quería. Solo necesitaba tiempo. ¡Imagínate su cara cuando le dije que el anillo no era para ella y que me iba a casar contigo! —Apretó los labios al ver que intentaba ignorar todo lo que le decía. —¡Te dije que podía ser infiel, sí! Me vino genial para que no pensaras que era un gilipollas que no tenía ni idea de lo que quería hasta que por poco te pierdo. Y también me vino estupendamente para averiguar si te volverías una psicótica en un caso así, porque mi madre antes de confirmar lo de Lori y después de que naciera Sybil, se comportaba como una loca. ¡Quería saber si tú harías lo mismo! Y la verdad nena, puedes ser muy controladora en un caso así. Deberías reprimirte un poco.

Le arreó un tortazo y Cameron entrecerró los ojos. —Vuelve a hacerlo y... —Recibió otro en respuesta. —Me cago en... —La cogió por los brazos.

—Lo fingí todo, idiota —siseó en su cara.

—Lo sé. Lo del pijama fue un detalle que le dio mucha autenticidad cuando ya habías confirmado tus sospechas y solo querías vengarte.

—Gracias.

—¡Pero era mentira!

—¡Como tú intención de casarte conmigo!

—Sobre lo de ir a la iglesia para preparar la boda y todo lo demás, joder nena, sabes de sobra que no me gustan esas cosas, para eso te tengo a ti. ¡Pero eso no significa que no me tomara en serio la boda! ¡Y que hiciera el contrato prematrimonial tenía que haberte dado una pista!

—Imbécil. —Cameron sonrió y le dio una rabia horrible. —Aléjate de mí.

—Todavía me quieres.

Sus preciosos ojos verdes se llenaron de lágrimas de la rabia. —Estás loco.

—Sí, lo veo en tus ojos. Todavía me quieres.

—¡Tú no estás bien de la cabeza!

—Muy bien, demuéstremelo. Si me lo demuestras no me verás más.

Se le cortó el aliento. —¿Qué te lo demuestre?

—Sí.

—¡Normalmente se demuestra todo lo contrario!

Cameron hizo una mueca. —Es que a mí me gusta lo complicado. De otra manera no me hubiera enamorado de ti.

—Yo soy muy normal.

—No, nena... Eres de todo menos normal. —Lo que le faltaba por oír.

Había perdido un tornillo.

—Así que solo tengo que demostrarte que no te quiero y te perderé de vista.

—Exacto. Es muy simple.

Se apartó de ella y se arregló la corbata como si nada mientras Denise seguía mirándole como si fuera un psicópata.

—Hablaré con Rodolfo.

—Puedes hacerlo, por supuesto. Ya me tiene suficiente odio con todo lo que le has contado de mí. Sería una manera excelente de demostrarme que no me quieres porque seguro que enviaría a alguien a partirme las piernas. O lo haría él mismo.

—¡Déjame en paz!

—No. —La miró fijamente. —Eso no va a pasar. Nena, ¿quieres que empiece a preparar la boda? A mí no se me dan bien estas cosas, pero seguro que Lori me echa una mano.

—¡Ni loca me casaría contigo, idiota!

—Sí, tú desahógate todo lo que quieras. Te has mosqueado por lo del restaurante y estás en tu derecho. ¿Qué te parece para octubre? ¿El día quince?

—No pensaba darle alas, así que no dijo una palabra más. —¿Entonces el quince está bien? Perfecto. Después tengo un viaje a París y nos vendrá estupendamente. Dicen que es la ciudad del amor. Joder, estoy deseando que llegue la noche de bodas —dijo comiéndosela con los ojos—. Te he sido fiel, nena. Y no sabes lo que necesito el sexo. Pero ya te enterarás.

Se le erizó el cabello sintiendo que su respiración se aceleraba. Empezó a sentir pánico de veras porque parecía muy seguro de lo que decía. —Quiero bajar.

—Denise, no pongas esa cara que me voy a cabrear. Y ya sabes que mi carácter puede ser algo complicado.

—¡Qué te den!

Intentó salir del coche y consiguió abrir la puerta, pero él la agarró abrazándola con fuerza. —Te advierto que como sigas con esta actitud, me presento en Follman y seguiré adelante, Denise. Eres mía y ya va siendo hora de que me perdones. ¡Joder, han pasado seis meses!

—Me voy a casar con John —dijo sin aliento.

Cameron entrecerró los ojos tensándose con fuerza. —¿Qué has dicho?

—Nos casamos el día veinticuatro.

Para su asombro él se echó a reír y gruñó porque no se había tragado una palabra. —Míralo en internet si no me crees. En Saint Paul a las cinco de

la tarde.

Él se apartó mirándola aún con una sonrisa en los labios. —Si con esto crees que vas a demostrarme que no me quieres... No creo una palabra. ¡Sobre todo porque si a mi novia la hubieran dejado en evidencia en una comida de negocios, te puedo asegurar que no estaría sentada en este coche! ¡Iríamos camino al abogado!

—¡Tú me has dejado en evidencia un montón de veces!

—¡Eso era antes!

—¡No quiero discutir! ¡Me voy a casar con John!

Levantó una de sus cejas negras y sacó el móvil del bolsillo interior de la chaqueta. —Si fuera así me hubiera enterado, te lo aseguro. —Tecleó en el móvil y perdió todo el color de la cara mirando la noticia en el periódico. — No dice tu nombre.

—Porque yo se lo pedí —dijo rápidamente—. No quería formar parte de ese circo y él lo ha entendido. Solo pone que soy una mujer de negocios de Manhattan relacionada con su trabajo. Pero los más allegados lo saben, por supuesto.

La miró a los ojos. —Solo tengo que hacer una llamada. ¡Dime la verdad!

—¡Es la verdad!

—Como me estés mintiendo... Otra vez...

—¡Lo dice el que se compromete con una teniendo novia!

—Fue un error. ¡Me había olvidado de ella! Deberías sentirte halagada.

—Estás chiflado. ¡Haz que detengan el coche!

—Y una mierda. —Se puso el teléfono al oído pero parecía que no le contestaban, así que jurando por lo bajo llamó a otro número. —Como me estés mintiendo...

Levantó la barbilla. —¿Qué? ¿Me vas a dejar?

—La ironía no te pega nada. ¡Lori! ¿Es cierto que John Follman se casa el sábado veinticuatro?

Puso los ojos en blanco y sintió que el coche se detenía. Al intentar abrir se dio cuenta de que de alguna manera había bloqueado las puertas. Le odiaba. Le fulminó con la mirada y vio la sonrisa en sus labios. —¿No me digas?

Gimió por dentro porque ya la había pillado. Mierda. ¿Cómo le iba a demostrar que no le quería? Como no le pegara un tiro... Le miró con rencor. Pues no era mala idea.

—Cancela todo lo de la tarde —dijo antes de colgar—. Muy graciosa, nena. ¿Un bulo? ¿Has aprovechado un bulo para intentar colármela?

Se cruzó de brazos. —John no se molesta en desmentir las tonterías que se dicen sobre su persona. A él le resbalan esos comentarios.

—Los personales porque los profesionales son otra historia, ¿no es cierto? ¿Quieres que el rumor de que su mano derecha coge lo que no es suyo corra por toda la ciudad?

Se le quedó mirando durante unos segundos y algo se le pasó por la cabeza sonriendo maliciosa. —No lo harás.

—¡Claro que sí!

—No, porque si me quieres no me harías daño.

Cameron la miró como si se hubiera tragado un palo. —Precisamente porque te quiero y me muero porque vuelvas a mi vida, lo voy a hacer.

—Entonces es que no me quieres. —Él gruñó sabiendo que había caído en su propia trampa. —¿Ahora detienes el coche? Tengo que regresar al trabajo.

—¡Si crees que para demostrarte que te quiero voy a dejarte ir, lo llevas claro! —Bufó cruzándose de brazos y él suspiró. —Nena, dame una oportunidad.

—Ya te di una. Te di tres años. Ahora quiero seguir con mi vida.

—Pues no lo acepto.

—Ya me había dado cuenta —dijo irónica—. Mira, esto es un callejón

sin salida. ¿Ahora puedo irme de una maldita vez?

—¿Quieres salir a cenar?

—¿Es que estás sordo?

—¿Cine, teatro? ¿Una noche de sexo salvaje? —Le miró a los ojos y sonrió sin poder evitarlo porque nunca se daba por vencido. Y eso siempre le había encantado de él. —¿No? Mira que no me has probado en condiciones, pero te lo ibas a pasar estupendamente, te lo aseguro. —Se acercó a ella de nuevo y cogió su mano. —Estoy dispuesto a hacer lo que quieras. Esperaré todo lo que haga falta como tú querías. ¿Quieres ya el anillo?

Parpadeó sorprendida. —¿El anillo?

Cameron sacó una cajita de terciopelo negro del bolsillo de la chaqueta y sonrió como si estuviera avergonzado. —Me lo he pensado mucho, te lo aseguro. —Abrió la cajita y a Denise se le cortó el aliento al ver un diamante en forma de lágrima. —Lo elegí así para que todas las lágrimas que has derramado por mí, que estoy seguro de que han sido muchas, se convirtieran en algo bonito y que las futuras que derrames solo sean de felicidad. Es lo que más deseo, nena. Dime que sí preciosa, porque te quiero más que a nada.

—¿Lo has comprado tú? —preguntó sin aliento.

—Sí, nena.

—¿En el barrio chino?

Cameron se echó a reír. —Te aseguro que tienen auténticos chollos, pero no.

Miró el anillo de nuevo. Lo que le había dicho era tan bonito.... Que la amaba. Se mordió el labio inferior y Cameron gruñó atrapando su boca. Gimió abriendo los ojos como platos cuando la acarició con su lengua y volvió a gemir cerrando los ojos cuando su mano llegó a su muslo subiendo hasta su trasero. Dios, lo que le había echado de menos. La volvía loca en todos los aspectos, pero prefería vivir así a no vivir en absoluto como en los últimos seis meses. Acarició su cuello sin darse cuenta y devolvió su beso. Cameron se apartó para mirarla a los ojos sin dejar de apretar su trasero. —¿Nos replanteamos lo de la noche de bodas?

—No.

—Puedo esperar —dijo antes de besarla de nuevo casi tumbándola sobre el asiento trasero sin dejar de saborearla. Cuando su mano subió por debajo de su vestido para acariciar su trasero apartando sus braguitas, gimió mareada de placer. Él se apartó con la respiración agitada mientras con la mano acariciaba su cadera antes de acariciar su sexo por encima de su braguita. —Tranquila, preciosa. No llegaremos al final, pero... —Metió la mano dentro de su ropa interior y acarició su humedecido sexo rozando con su dedo el clítoris, provocando que ella gritara arqueando su espalda. —¿Te

gusta? Dios, estás preciosa a punto de correrte. Porque estás a punto, ¿verdad?
—Besó su cuello acariciando sus húmedos pliegues de nuevo una y otra vez. Las sensaciones eran tan exquisitas que se estaba volviendo loca y se aferró a su cuello buscando la liberación. Cameron besó su labio inferior antes de rozar su clítoris de nuevo, haciéndola estallar de éxtasis sorprendiéndola por su fuerza. Le miró a los ojos mientras el placer la traspasaba y Cameron la abrazó con fuerza sin dejar de acariciarla para alargar su orgasmo, diciéndole que era preciosa una y otra vez.

Cuando volvió en sí, él se apartó sonriendo y se puso como un tomate. Y más aún cuando se dio cuenta de que él se había quedado con las ganas. —
¿Y tú?

La besó suavemente en los labios. —Ver cómo te corrías ya ha sido perfecto te lo aseguro. —Eso la sonrojó aún más y él rió por lo bajo. —Nena, no te avergüences. Esto solo ha sido el principio. —Se incorporó como si nada. —¿Quedamos a cenar o...?

—¡A cenar! —dijo rápidamente sentándose y bajándose la falda a toda prisa.

Él se echó a reír. —Estupendo. Dame tu mano.

Al ver que tenía el anillo en la mano se mordió el labio inferior, pero se dijo que debía arriesgarse, así que la estiró sintiendo que su corazón, que

todavía no se había repuesto de lo anterior, latía desaforado. Él se lo puso y levantó su mano besando su dedo. —Perfecto.

—¿Qué has hecho con los otros? —susurró admirándolo.

—Como sé que te encantan por mucho que lo niegues, te los daré en el nacimiento de nuestros primeros dos hijos.

Sonrió divertida. —¿Y en el tercero que me regalarás?

—Nunca hemos hablado de esto. —La pegó a él abrazándola. —
¿Cuántos hijos quieres?

—¿Cuántos puedes mantener?

Cameron rió por lo bajo. —Nena, sé razonable...

—¿Cuatro?

—Mejor tenemos el primero y después veremos.

—Vale, entonces cinco.

La miró de una manera que le cortó el aliento. —No me puedo creer que estés aquí.

—¿Creías que no lo conseguirías?

—Creía que te resistirías mucho más, te lo aseguro.

—Es que te he echado de menos.

La miró como si realmente la amara. —Te quiero, nena. Si vuelvo a

meter la pata no lo olvides por muy complicado que te lo ponga.

—Solo te pido que seas sincero conmigo. Solo eso. —Besó sus labios sabiendo que había regresado a casa y la abrazó a él con fuerza demostrándole que era suya. Y lo sería siempre.

Capítulo 11

John parpadeó mirándola sentado tras su mesa cargada de trabajo. —
¡Será una broma!

—Lo siento. Pero hemos estado hablando y le quiero.

—Le quieres... ¡Joder, Denise! ¡Estamos en medio de una maldita fusión! Estamos de trabajo hasta arriba y me vienes con esto. ¡No puedo perderte ahora!

—Ah, no. No me vas a perder. —La miró sin entender. —Te lo decía porque no puedo arrancarle las pelotas como te gustaría. ¿No es tu frase favorita?

Su jefe frunció el ceño como si eso no se lo esperara. —¿Vas a seguir trabajando aquí?

—Si no me echas... Arrancaré las pelotas a otros, pero a mi chico no. Sé que se ha pasado con lo de la comida, pero es que está desesperadito, el pobre.

John puso los ojos en blanco y se levantó. —Vamos a ver... Ese tío te

ha dejado en ridículo ante mis socios.

—Pero tú lo arreglarás ¿verdad? —Forzó una sonrisa. —¿Verdad? Por favor...

La miró atentamente. —¿Estás segura de esto?

—Quien no arriesga no gana. ¿No es otra de tus frases favoritas?

Sonrió haciéndola suspirar del alivio. —Pero Denise, no permitas que te haga daño de nuevo. Porque entonces ya no tendrás voluntad y hará contigo lo que le dé la gana. Dale caña. —Asintió sintiendo un estremecimiento. Eso no podía pasar de nuevo. —Bien, pongámonos a trabajar. Ya hemos perdido mucho tiempo con esto. Tráeme la auditoría de la fábrica de plásticos. ¿Su nombre?

—MCW.

—Perfecto. —Regresó a su sitio. —¿Probabilidades?

—Noventa por ciento de que acepten el trato.

—¿Y cómo ha ido la auditoría?

—Ha aumentado sus ganancias un treinta por ciento en los últimos cinco años.

—¿Problemas?

—La contabilidad no está clara.

Él levantó una ceja divertido. —¿Seguro? Mira que no es tu punto fuerte.

—Ja, ja. Muy gracioso.

Como le había dicho a Cameron que lo mejor era hablar con Rodolfo de su nueva relación antes de la cita, decidió que la recogiera en su casa para aclarar el asunto antes de que todo se liara más. No quería ocultar a su familia lo que había pasado, así que salió del metro en su parada en Brooklyn prácticamente corriendo y juró por lo bajo al ver pasar su autobús, lo que indicaba que tendría que esperar media hora más. Cameron iba a poner el grito en el cielo porque ya estaría esperándola y no debía estar muy contento. Mierda, era su primera cita de verdad y llegaba tarde. Decidió ir caminando porque tardaría menos. El sonido de su móvil la hizo gemir y lo sacó del bolso a toda prisa. Era Rodolfo.

—¿Sí?

—Denise, cielo. Sabes que tienes a alguien esperándote, ¿verdad? —siseó furioso—. ¿Has quedado con este desastre?

Mierda, igual tenía que haberle llamado. —Pues...

—¿Cómo que pues? —Parecía a punto de explotar y escuchó que

María del Carmen le susurraba algo por detrás que no llegó a entender. —¿En serio le vas a dar otra oportunidad?

A ver cómo se lo decía... Mejor a bocajarro. —Me voy a casar.

—¿Con John Follman? —preguntó ilusionado.

—Con Cameron.

—¿Cómo que te casas? —gritó a los cuatro vientos provocando que alejara el teléfono.

—Te lo dije —dijo Cameron a lo lejos.

—¿Que se casa? ¿Con este trolero? —María del Carmen le arrebató el teléfono. —Déjame a mí que tú no tienes ni idea de imponerte. ¡Denise!

Gimió mirando de un lado a otro. ¿Dónde estaban los taxis cuando se necesitaban? —Ni de broma vas a casarte con este... este... ¡Ni hablar! ¡Estoy a punto de soltar un taco y todo! Tendré que confesarme y odio al Padre Mainfield.

—¿No te alegras? Me hace feliz.

—¡Rodolfo trae la pistola! Nos lo cargamos y asunto arreglado. ¡La niña está ciega!

Dos chicos doblaron la esquina y vio cómo se detenían para mirarla. Ya había oscurecido y la calle estaba prácticamente vacía. Aceleró el paso, pero al mirar sobre su hombro vio que la seguían.

—¿Carmen? —preocupada vio a una pareja que estaba en la acera de enfrente, pero se alejaban dándole la espalda.

—No vas a convencerme y...

—Creo que van a atracarme.

—¿Qué?

Miró sobre su hombro a los chicos que hablaban entre ellos a unos metros. Si echaba a correr la cogerían porque llevaba tacones. Juró por lo bajo al ver que uno miraba la mano donde tenía el móvil. La mano del anillo de compromiso. Disimuló sonriendo para decir a toda prisa —Creo que van a atracarme

—¿Dónde estás? ¡Sal corriendo! —gritó histérica.

—¿Qué pasa?

—Dice algo de un atraco.

—¿Qué pasa, niña? —preguntó Rodolfo ya al teléfono.

—Estoy donde la heladería. Dos chicos con pinta de raperos me están siguiendo y me miran —susurró muy nerviosa.

—¡Grítales que estás hablando con la policía!

Uno de ellos miró a su alrededor y empezaron a acercarse más aprisa.
—¡Qué vienen!

—¡Díselo!

Apartó el teléfono y gritó girándose —¡Estoy hablando con la policía!
—Uno de ellos se detuvo, pero el otro le dio un codazo mirándola de una manera con sus ojos negros que le puso los pelos de punta. —¡Ya vienen para acá! —Asustada dio un paso atrás chocando con el poste de una farola y cuando se acercaron chilló apartándose de un salto y bajando a la calzada al intentar agarrarle el bolso. Escuchó que alguien gritaba al teléfono que aún tenía en la mano.

—¡Putá dame el bolso! —El chaval la siguió cogiéndola del brazo y le mostró una navaja. Denise gritó de miedo cuando vio su reflejo e intentó soltarse.

—¡El anillo Manuel! —gritó el otro arrebatándole el bolso.

—Y una mierda —protestó ella cerrando la mano en un puño—. ¿Sabes lo que me ha costado que mi novio me diera este anillo? —Le arreó una patada en la entrepierna que provocó que el tal Manuel la soltara y Denise salió corriendo. El otro corrió tras ella y chilló cuando al alargar la mano la agarró por el moño tirando de ella hasta caer al suelo. Muerta de miedo se revolvió y consiguió zafarse. Le clavó el tacón en la rodilla que le hizo gemir de dolor y reculó apoyándose en las palmas antes de levantarse chocándose de frente con Manuel que le arreó un puñetazo que la tiró al suelo de nuevo. Gimió medio mareada cuando escuchó un frenazo.

—¡Vamos, date prisa! —gritó Manuel. Los chicos echaron a correr y escuchó pasos corriendo que la hicieron suspirar del alivio. Se había librado. Abrió los ojos, pero mareada tuvo que cerrarlos de nuevo.

—¿Estás bien? —preguntó Rodolfo arrodillándose a su lado.

Abrió los ojos y sonrió. —Me han robado el bolso.

—¿Puedes levantarte? —La ayudó a sentarse y tomó aire. Fue tal el alivio porque estuviera allí que vomitó sobre la acera. —Voy a llamar a una ambulancia.

—Solo ha sido el golpe.

Un gemido la hizo mirar hacia atrás asustada para ver a un hombre de traje dándole una soberana paliza al que no era Manuel. Entrecerró los ojos centrando la vista y sorprendida miró a Rodolfo. —¿Ese es Cameron?

—¡Déjale, le vas a matar y ni yo podré librarte de eso!

Asombrada vio que le agarraba de los pelos y le daba un puñetazo que le dejaba sin sentido. Cabreado se estiró la chaqueta antes de agacharse y coger su bolso. Se volvió y Denise con la boca abierta pudo ver su furia. Se acercó y se agachó a su lado. —¿Estás bien?

—Ajá...

—Creo que tiene una conmoción. Deberíamos....

—Vamos al hospital. —Le dio el bolso a Rodolfo y la cogió en brazos.

Parecía realmente preocupado. —Nena, dime algo porque estoy a punto de que me dé un infarto.

Le abrazó por el cuello con fuerza. —Te quiero.

Él sonrió metiéndola en el coche y se sentó a su lado. Confundida se miró las manos aliviada de ver el anillo. —No me lo han robado.

—Preciosa, eso se podía reponer.

—No, éste no. ¡Mi móvil! —Se llevó la mano al pecho. —Se me debió caer... —Estiró el cuello para mirar por la ventanilla.

Cameron juró por lo bajo saliendo del coche y buscó a su alrededor. Puso las manos en jarras mirando de un lado a otro. Se acercó al chico y revisó sus bolsillos. Estaba claro que no lo llevaba encima. —Mierda. Lo tiene el otro.

—Joder, como le vea alguien... —dijo Rodolfo saliendo del vehículo —. ¡Cameron sube al coche!

Cameron le pegó una patada en el estómago antes de regresar a su lado. —Lo siento nena. No está.

Sonrió sin poder evitarlo mientras la abrazaba por los hombros. —No pasa nada. Ya me dará John uno nuevo. Hace móviles, ¿sabes?

Él volvió la cabeza lentamente. —¿Qué has dicho?

—Que...

—Eso ya lo he oído. ¿No has dejado el trabajo?

Parpadeó asombrada. —¿Cuándo he dicho yo que iba a dejar el trabajo?

—¡Estaba implícito! ¡Te casas conmigo, dejas de trabajar para la competencia! ¡Es lo lógico!

—Dijiste que no pasaba nada si no volvía...

—¡Pero eso son cosas que se dicen para que cedas! ¡En ese momento no querías ni verme!

—Y fíjate hasta donde has llegado, así que no fuerces la máquina que puede que explote.

—¿Demasiado para un día?

—¡Después de un intento de atraco sí!

Gruñó, pero ella sabía que no lo dejaría hasta que consiguiera que dejara Follman. Pero lo llevaba claro. Quería conservar su independencia al menos hasta que le demostrara que no volvería a defraudarla. Al mirarle de reojo supo que sabía lo que se le pasaba por la cabeza porque sus ojos grises la miraban fijamente. Así que forzó una sonrisa de oreja a oreja. —Nunca había visto esa parte de tu carácter.

—¿Qué parte? —preguntó con desconfianza.

—Esa salvaje y protectora.

Rodolfo carraspeó y se puso como un tomate. Cameron reprimió una sonrisa y se acercó a su oído. —¿Estás bien?

—Solo ha sido el golpe.

Él la besó en la sien y ella apoyó la cabeza en su hombro. —No vuelvas a venir sola a estas horas.

—Nunca me ha pasado nada. Fue el anillo. Te lo dije.

Cameron cogió su mano y le acarició el dedo. Ella vio sus nudillos y jadeó porque los tenía despellejados. —Cameron...

—No es nada. —Miró al frente. —¿Queda mucho?

—Ya hemos llegado —dijo Rodolfo.

Sorprendida vio que estaban en el hospital. —No, ¿de verdad? Estoy bien...

—Nos quedaremos más tranquilos —dijo Rodolfo deteniendo el coche —. Entrad vosotros. Voy a llamar a mi mujer para contarle lo que ha pasado.

Al salir del coche se mareó un poco y Cameron la cogió por la cintura. —Menuda cita... Esto empieza de pena.

—Nena, ¿te mareas?

—Deben ser los nervios.

Él apretó los labios y cuando pasaron las puertas de cristal se

acercaron a una recepción. Una mujer levantó la vista colgando el teléfono. — A mi prometida la han asaltado en la calle y la han golpeado en la cara. Ha vomitado y se marea.

—Enseguida la atendemos. —Puso un formulario ante ellos. —Si rellenan esto...

—¿Cómo que si rellenamos esto? ¿No me ha escuchado? ¡Tienen que atenderla ya, joder!

—Cameron, tendrán mucho trabajo. —Forzó una sonrisa. —Lo siento, está algo nervioso y...

La mujer sonrió. —Lo entiendo y saldrán a atenderla en cuanto puedan, se lo aseguro.

Cameron gruñó a su lado cogiendo el papel con el bolígrafo. —Esto es la leche. Con lo que pago en seguros...

—Ah, pues no olvide poner el nombre de la aseguradora —respondió ella con descaro.

Denise reprimió la risa y él la fulminó con la mirada. —No tiene gracia.

—Cariño, relájate. Estoy bien. —La cogió por la barbilla levantándole el rostro y juró por lo bajo al ver que se le empezaba a hinchar el pómulo. — ¿Es mucho?

—Mañana vas a estar preciosa. Aunque menos que de costumbre.

Hizo una mueca y gimió llevándose la mano allí. Él la ayudó a sentarse y gruñó al ver que tenía las rodillas despellejadas. Le tendió la tablilla y Denise le dio las gracias antes de empezar a rellenarla. Se sentó a su lado y al ver el nombre de su aseguradora gruñó de nuevo. Giró la cabeza para mirarle.

—¿Qué ocurre?

—Ese seguro es carísimo —dijo como si fuera una molestia.

—John quiere lo mejor. —Volvió a gruñir y sonrió sin poder evitarlo.

—Déjalo ya, ¿quieres? No voy a dejar el trabajo. Así estamos muy bien.

—Porque si no funciona no tendrás que empezar de cero, ¿verdad?

—Exacto, y la ironía no es lo tuyo. —Suspiró dándole la tablilla para que la llevara él y le escuchó refunfuñar por lo bajo, pero se hizo la loca.

Rodolfo entró en el hospital y miró a su alrededor. Cuando la localizó, se acercó a toda prisa acuclillándose ante ella. —Tengo que irme.

Parecía muy preocupado y Denise se tensó. —¿Qué ocurre?

—Nada, cosas del trabajo. ¿Estás bien?

—Sí.

—En cuanto salgáis de aquí id a casa. Si Carmen no te ve no se quedará tranquila.

—No te preocupes. La llamaré ahora mismo y después me pasaré si

quiere.

—Bien. Tengo que irme. —Al incorporarse la besó en la frente y se alejó para hablar con Cameron.

Distraída porque le dolía la mejilla, se pasó una mano por ella y una niña sentada delante se puso a llorar. Parecía que tenía fiebre y su madre, una morena que iba en chándal y tenía los pelos revueltos como si se hubiera levantado de la cama, estaba desesperada porque ya llevaba a un bebé en brazos. —Déjame a mí.

La miró esperanzada. —¿Seguro? Si te encuentras mal...

—Bah, es un golpe de nada. —Se levantó acercándose a ella.

—Gracias —dijo la mujer colocándoselo en los brazos. Sonrió al bebé que estaba dormidito sin enterarse de nada y se volvió para ver que Rodolfo seguía hablando con Cameron muy serio. Seguramente advirtiéndole que como le hiciera daño se lo cargaba y esta vez de veras. Se sentó ante la mujer y le sonrió—. Es un angelito.

—Sí, ahora que está dormido —dijo con su hija en brazos.

—¿Qué tiene?

—Oh, lo de siempre. Las anginas. Pero le sube la fiebre de repente y a veces le dan convulsiones. No sabes que sustos me mete.

—Me lo imagino. —Miró al bebé. —Es precioso.

—Se nota que te gustan los niños. Y has cogido a muchos en brazos.

—Solo a dos. —Soltó una risita. —Pero sí que los he cogido mucho en brazos. He hecho mucho de niñera, te lo aseguro.

—Se nota. Tienes maña. —Suspiró mirando hacia la puerta. —Espero que no tarden mucho.

—Su marido...

Ella agachó sus ojos azules y besó la frente de su hija. —Murió hace tres meses.

—Oh, lo siento mucho.

—Era jefe de obra y se desprendió un techo pillándole debajo. Ahora estamos solos. —Sonrió con tristeza. —Mañana tengo que trabajar y esto me viene fatal.

Por eso parecía tan agotada. Tenía que encargarse de todo. —Lo siento mucho.

—Mi suegra me ayuda en lo que puede, pero es mayor y no quiero abusar.

—¿Y tu familia?

—Mi madre también trabaja y no vive aquí. No puedo pedirle que venga. Bah, me arreglo con las guarderías. —Le guiñó un ojo. —Y mi marido me dejó un buen dinero, así que tiro de él para la niñera cuando la necesito. ¿Y

tú a qué te dedicas? ¿Ese es tu novio?

—Sí. —Miró hacia él que se había quedado en la recepción solo mirando la puerta como si pensara en algo. —Nos acabamos de comprometer. —Se levantó preocupada. —¿Cameron? ¿Pasa algo, cielo?

Él se volvió hacia ella y sonrió acercándose. —Te queda muy bien, preciosa.

Se sonrojó con fuerza y la mujer rió asintiendo. —Eso le he dicho yo.

—Oh perdona, soy Denise Rowling y él es Cameron Birkenshaw.

—Jetta Derner. —Cameron y Denise le dieron la mano y se pasaron charlando un rato hasta que una mujer entró en el hospital y fue directamente hacia ella. —Doctora Bugg... —dijo Jetta levantándose—. Siento molestarla, pero...

—Alisha tiene anginas —dijo divertida antes de mirar a la niña—. Vamos a reconocer a esta pequeñaja.

—Gracias. —Se la puso en brazos y a toda prisa recogió al bebé muy agradecida—. Gracias.

—No ha sido nada. Espero que se recupere pronto.

Asintió guiñándole un ojo antes de alejarse tras la doctora. —Pobre mujer —susurró antes de mirar a Cameron que también la observaba pensativo—. ¿No es triste? Ha perdido al amor de su vida y con esos niños tan

pequeños. Le queda todo por hacer.

Él cogió su mano como si fuera lo más importante de su vida. —Sí que debe ser duro perder a alguien que te importa tanto. —Ella asintió besándole en la mejilla y cuando se apartó vio el móvil de Cameron ante su cara. —Deberías llamar a Carmen. Estará preocupada.

—Oh, Dios... se me había olvidado.

La llamó a toda prisa y en cuanto descolgó le dijo —Estoy bien. No tengo ni idea de lo que hago aquí.

—Y te quedarás hasta que te revisen. No encuentro a nadie para...

—No vengas. Estoy bien. Debes quedarte con los niños.

—¡Y llaman a Rodolfo ahora para trabajar!

—Cameron está aquí.

—Eso es lo que me fastidia.

Sonrió sin poder evitarlo mirándole de reojo. —Pues me cuida muy bien. —Él sonrió con tristeza y Denise frunció el ceño. —En cuanto salga te llamo.

—No, ven a casa.

—No sé a la hora que voy a salir de aquí. Acuéstate, ¿me has entendido? Te llamo mañana. Si no tengo nada. Esto es ridículo.

Cameron le quitó el móvil de la mano y ella puso los ojos en blanco. —Carmen, aparentemente está muy bien. Solo tiene el golpe en la mejilla. En cuanto salgamos de aquí nos vamos a su apartamento para que descanse. — Escuchó algo que le dijo —Está bien. Te enviaré un mensaje, pero no debes preocuparte, te lo aseguro. Está bien.

Le pasó el móvil y sonrió cogiéndolo. —¿Ya ha conseguido convencerte?

—Ese hombre podría convencer a un esquimal de que necesita una nevera.

Denise se echó a reír y gimió cuando le dolió la mejilla. —No me hagas reírme. Te quiero. Hablamos mañana.

—Te quiero.

Colgó el teléfono y se lo tendió a Cameron mirándole a los ojos. — ¿Qué ocurre?

Él la miró como si no comprendiera. —¿Te refieres a por qué estamos aquí?

—No. Estás raro.

—Será porque casi te atracan. De hecho te han atracado y podía haber pasado cualquier cosa.

Jadeó llevándose la mano al pecho. —Mi bolso. ¡Se lo ha llevado

Rodolfo!

—¿Y?

—Las llaves de mi piso están dentro.

—Pues dormirás en mi casa.

—Ah, no.

—¿No te fías de mí? —preguntó divertido.

—Pues no mucho, la verdad.

—Nena, que acabas de pasar una situación de estrés.

—Precisamente por eso. Se liberan muchas cosas en el organismo que te descontrolan. Mejor duermo en casa de Carmen. —Levantó la barbilla. —

No creas que vas a convencerme.

—No, por supuesto que no.

Capítulo 12

Suspiró abriendo los ojos para cerrarlos gimiendo porque estaba agotada. Se giró extendiendo el brazo para abrazar la almohada cuando su mano chocó con algo. Sorprendida escuchó un juramento y abrió los ojos para encontrarse a Cameron que se tapaba el ojo antes de sentarse. —¿Qué haces en mi cama? —preguntó indignada antes de mirar su espalda desnuda y parpadear al ver lo moreno que estaba. Madre mía. ¿Tomaba el sol desnudo?, se preguntó a sí misma al ver la parte alta de su trasero y allí no había ninguna marca. Solo de pensarlo le subía la temperatura. Se volvió para mirarla y estaba cabreado —. ¿Por qué me miras así si el que has invadido mi cama eres tú?

—¡Estás en mi cama, Denise!

—Oh mierda, las llaves.

—¡Te quedaste grogui con lo que te dieron en el hospital! —Se miró la mano y le gritó sorprendido —¡Estoy sangrando!

Se sonrojó con fuerza por la herida que tenía en la ceja. Seguro que se la había hecho con la hebilla de su reloj. —Es que estoy acostumbrada a dormir sola y... ¡No debería estar aquí!

Furioso se levantó de la cama y Denise dejó caer la mandíbula al ver su trasero desnudo. No, no tenía ninguna pero que ninguna marca del sol. ¿De verdad estaba pensando en eso cuando le estaba viendo el culo a su novio? Su novio. Sonrió como una tonta. Al fin lo había conseguido. ¡Se iba a casar con él! Suspiró recostándose sobre las almohadas, pero al mirar hacia abajo chilló al ver sus pechos desnudos. Se cubrió con las sábanas hasta la barbilla. — ¡Estoy en pelotas, Cameron!

Él salió con una tirita en la ceja, pero eso no es lo que le llamó la atención si no que estaba en cueros y no se cortaba un pelo. — ¡Por Dios tápate! —dijo con los ojos como platos mirando su sexo que parecía que se alegraba de verla—. ¡Cameron!

—Replantéatelo —dijo con la voz ronca.

— ¡No! —Él se acercó a la cama y tragó saliva cuando se tumbó a su lado y cruzó los tobillos como si nada. Madre mía, no había mujer que se resistiera a ese cuerpo. Le fulminó con la mirada. — ¡Serás capullo!

Él se echó a reír antes de cogerla por la nuca y besarla apasionadamente. Cuando se apartó, Denise suspiró con los ojos cerrados y Cameron la besó en la nariz. — Supongo que no irás a trabajar.

Chilló saltando de la cama. — ¡Qué hora es?

Él levantó las cejas devorando su cuerpo desnudo de arriba abajo y

Denise chilló de nuevo cubriéndose como podía antes de correr al baño y cerrar de un portazo. La risa de Cameron al otro lado la hizo gruñir. No jugaba limpio.

Al ver su reflejo en el espejo gimió acercándose y se pasó la mano por la mejilla hinchada. —Estupendo.

—Nena, no deberías ir a trabajar.

Puso los ojos en blanco al verle tras ella. —¿No te das por vencido?

—Ya sabes que no sé lo que significa esa frase, así que no pienso contestar. —Se acercó por su espalda y le acarició el trasero cortándole el aliento. —Tienes un trasero precioso. —La besó en el lóbulo de la oreja. —Y tienes la piel más suave del mundo. —La besó en el cuello haciéndola gemir. —Pero tienes razón. Esperaremos. Es que cuando me levanto siempre tengo ganas —dijo antes de alejarse y meterse en la ducha.

Abrió los ojos como platos. —¿Siempre?

—Siempre. —Se metió bajo el agua fría pero no debía ser un método muy efectivo porque aquello seguía en posición de ataque. Sin poder evitarlo se lo comió con los ojos. —Nena, no me ayudas nada.

—Uy, perdón —dijo con la voz ronca sin poder despegar la vista de ese cuerpo que volvería loca a la más pintada.

—¡Denise!

—¿Qué?

—¿Qué tal si llamas a Rodolfo para que te acerque el bolso?

—Oh sí, claro. —Sus ojos fueron a parar a su sexo.

—¡Denise!

—¿Qué pasa? Nunca había visto ninguna de ese tamaño.

—¿Cómo que nunca habías visto ninguna de este tamaño? —preguntó asombrado—. ¿Pero has visto alguna?

—Oh, sí. —Cogió la toalla que tenía a mano y salió del baño reprimiendo la risa.

—¿Cómo que sí? —gritó él saliendo de la ducha y siguiéndola en pelotas poniéndolo todo perdido porque ni había cogido la toalla—. ¿La de quién?

—Pues la de Carter y la de Mike. Pero son más pequeñas. —Cogió su móvil y marcó el número de Rodolfo. —Shusss, no hables que ahora voy a tener que aguantar otra bronca.

—¿No me digas? —siseó con ganas de matar a alguien—. Me dijiste que eras virgen.

—Y lo soy. Oh, Rodolfo. ¿Tienes mi bolso? Sí, estoy muy bien. — Sonrió, pero al ver que Cameron ponía los brazos en jarras levantó sus cejas castañas. —¿Me lo puedes llevar a casa porque tienes que pasar por allí por

tu caso? Vaya... No, no pasa nada. Lo recogeré en la oficina. —Hizo una mueca porque iba a ser un inconveniente. Le hubiera gustado vestirse y maquillarse antes de ir al trabajo. Y no podía pedirle que fuera hasta la casa de Cameron porque puede que ella se librara pero su prometido se jugaba el cuello. —Te lo agradezco mucho. ¿Qué donde he dormido? En un hotel al que me ha llevado Cameron. Iba a llevarme a mi casa, pero nos dimos cuenta de que no teníamos las llaves. —Su prometido levantó las manos como si no pudiera con ella. —No, claro que no. No me ha tocado un pelo. Sabe que le destriparías vivo. —Denise le guiñó un ojo. —Sí, llévamelo a la oficina. Llegaré en cuanto pueda. Claro, me lleva mi chico. No te preocupes. Te quiero.

Colgó el teléfono y al ver su expresión de eres una trolera de primera se cruzó de brazos. —No se tragaría que he dormido contigo y no me has tocado un pelo. Lo he hecho por nuestra futura relación familiar. ¡No me mires así!

—¡Hasta dónde llegaste con ese tal Mike! ¡Y con el otro!

—Se llama Carter.

—¡Lo que sea!

Chasqueó la lengua. —¿Y qué más da?

—¿Como qué más da?

—Yo no te pregunto a ti lo que hacías con otras mujeres.

—Denise... —Frunció el ceño como si lo pensara bien. —¡Yo llegaba hasta el final!

—Pues yo no. ¿Contento?

—¡No!

Caminó hacia el baño ignorándole y Cameron le siguió gruñendo por lo bajo —Nena...

—No tengo por qué contártelo. —Abrió el grifo de la ducha y él gruñó entrando tras ella. Asombrada se volvió. —¿Qué haces?

—Ducharme.

—¿Conmigo?

—¡Porque veas ésta no te vas a escandalizar con la experiencia que tienes! —Pulsó el dispensador con tal fuerza que lo arrancó de la pared.

—¡Cameron! —reprimió la risa porque estaba celoso—. Cariño, ten más cuidado.

Él dijo algo por lo bajo agachándose y al incorporarse entrecerró los ojos al ver que estaba a punto de reírse. —Me has metido una trola, ¿verdad?

Denise no lo soportó más y se echó a reír a carcajadas. Cameron sonrió dejando caer el dispensador al suelo antes de cogerla por la cintura pegándola a él y sintió que se le paraba el corazón cuando sus pechos se

pegaron a su tórax. Separó los labios mirándole a los ojos y le abrazó el cuello sin darse cuenta. —Nena, eso no ha estado bien —dijo con voz ronca pegándola a la pared antes de apretar su sexo contra su vientre haciéndola gemir—. Dios... —susurró él antes de besar su cuello—. Joder Denise, me vuelves loco. Me muero por sentirte. Sueño con eso, ¿sabes? Húmeda y caliente alrededor de mi polla.

Algo la recorrió de arriba abajo y un gemido salió de su garganta demostrando su necesidad. Cameron perdió el control y la cogió por los glúteos elevándola para meter un pezón en su boca. Denise gritó temblando de arriba abajo y acarició su cuello enterrando los dedos en su cabello húmedo reteniéndole pues quería más. Mucho más. Sus labios subieron por su pecho hasta su cuello y Denise lo inclinó hacia atrás desesperada porque su sexo rozó sus húmedos pliegues suavemente. Cameron apretó sus glúteos con fuerza y susurró contra su cuello —Tenemos que parar, nena.

—¡No! —gritó clavando las uñas en su cuello—. No, no pares.

Él apartó la cara para mirarla a los ojos. —Nena...

—No, soy tuya. Está bien...

—¿Estás segura?

—Te quiero.

Cameron entró en ella de un solo empujón y Denise gritó por la

invasión sintiéndose incómoda. —¿Cariño?

—Espera, cielo —respondió él como si estuviera conteniéndose.

Sin poder evitarlo se movió y Cameron gimió estremeciéndose. Denise parpadeó cuando apoyó su frente en sus pechos y se quedó muy quieta temiéndose lo que acababa de ocurrir. Eso no podía estar pasando. —¿Cariño? Me duele.

Él masculló algo antes de levantar la cabeza lentamente. —Nena, lo siento.

—¿Te has...?

—Ha pasado mucho tiempo y no he podido evitarlo.

Se puso como un tomate sintiendo que la decepción la recorría de arriba abajo. —Ah.

—Joder.

—¿Puedes sacarla? Me duele y si has terminado...

—Nena, lo siento.

—No pasa nada. —Forzó una sonrisa, aunque los dos sabían que mentía. Había esperado mucho tiempo para que ese momento fuera especial y se había estropeado.

—Denise...

—¡Tengo que ir a trabajar, Cameron!

Apretó los labios antes de dejarla en el suelo lentamente saliendo de ella. —Lo siento. La próxima vez será mejor.

Asintió posando los pies sobre el plato de ducha y se volvió parpadeando para evitar las lágrimas, pero la culpa era suya. Cameron se hubiera detenido y ella le había animado a seguir.

—Nena...

—No pasa nada.

La abrazó a él y la besó en la sien. —Siento haberte quitado este momento.

—Por Dios, tampoco es para tanto. Cielo, tengo que irme. John no puede localizarme y va a poner el grito en el cielo.

Él dejó caer los brazos. —Dime que estamos bien, preciosa.

Se volvió para mirarle a los ojos. —Claro que sí. —Le besó suavemente en los labios. —Ahora deja que me duche o no terminaré nunca.

Cameron apretó los puños de la impotencia viendo cómo se volvía de nuevo y se empezaba a enjabonar la cabeza. Cuando él salió de la ducha, ella miró hacia abajo y se quedó impactada al ver las gotas de sangre que corrían por sus muslos. Sintió un nudo en la garganta cogiendo la esponja y se la pasó por ellos como si así borrara ese momento que sabía que no olvidaría nunca.

Él intentó entablar conversación mientras la llevaba a Empresas Follman, pero ella solo respondía con monosílabos distraída en sus pensamientos como llevaba desde que había salido de la ducha. Ni había querido tomarse un café en su prisa por huir de esa situación. Cameron la miró de reojo reduciendo la marcha para aparcar ante la empresa. —¿Quieres que espere para que recojas el bolso y vayas a tu piso a cambiarte? No me importa.

—Tendrás cosas que hacer. Iré en un taxi. —Se acercó a él y le dio un rápido beso en los labios. —Te llamo luego.

Cuando abrió la puerta la cogió por el brazo y ella le miró sorprendida. —Nena, dime que estás bien.

—Claro que estoy bien. No pasa nada, de verdad.

Apretó él volante entre sus manos. —¿Quedamos para comer?

—Tendré mucho trabajo. Te llamo cuando salga por la tarde. —Salió del coche y sin mirar hacia atrás entró en la empresa reprimiendo las lágrimas. Era una estúpida. Cientos de mujeres tenían una mala experiencia en su primera vez, pero ella se había montado una película pensando en su gran noche de bodas. En lo maravilloso que sería. Cuando lo que había pasado esa

mañana, podía haber ocurrido perfectamente el día de su boda. Casi mejor que hubiera sido así. De esa manera no empañaría ese día. Se mordió el labio inferior pensando en la boda y sin poder evitarlo surgieron dudas. ¡Qué tontería! Cameron era un amante de primera. La próxima vez la dejaría temblando.

Salió del ascensor y caminó por el mármol negro hasta su despacho donde su Birkin ya estaba sobre la mesa. Fue a la puerta que comunicaba con el despacho de John y tomó aire antes de llamar. —Pasa.

Abrió la puerta y él levantó la vista distraído para dejar caer la mandíbula. —¿Qué coño te ha pasado?

—Ayer me atracaron.

John se levantó mirando fijamente su pómulo. —¿Estás bien?

—Sí, no es nada. Pero necesito pasar por casa.

En ese momento entró la secretaria de John por la otra puerta y al verla se detuvo en seco. —¿Qué coño te ha pasado?

—¿Tan mala pinta tengo?

—¡Sí! —respondieron los dos a la vez.

La cara de Angelica que tenía la edad de María del Carmen la hizo hacer una mueca. —¿De verdad?

—Vete a casa —ordenó John.

—Trabajaré en el despacho. Y me maquillaré. No te preocupes.

Su jefe entrecerró los ojos. —¿De verdad?

—Sí, de verdad.

—¿Qué te robaron?

Puso los ojos en blanco. —El móvil.

John levantó una ceja. —¿Solo el móvil?

—Sí, lo sé.

—Enseguida lo arreglo —dijo Angelica.

—Mientras tanto me acerco a casa y me arreglo el cabello.

Su jefe asintió. —¿Seguro que estás bien?

—Sí, claro. —Forzó una sonrisa. —¿Por qué?

—Pareces disgustada.

—Es que en la agenda tenía un montón de números que no podré recuperar.

Vio que John no se creía una palabra, pero ella hizo como si no se diera cuenta antes de entrar en su despacho cerrando la puerta. Abrió su bolso y sacó sus gafas de sol. Se las puso tomando aire. Bueno, daba igual. Solo había sido un mal polvo. Uno bueno lo compensaría. Y seguro que su noche de bodas sería la leche. Claro que sí. Con ese pensamiento sonrió más

tranquila.

Su nuevo teléfono sonó y lo cogió de su escritorio a toda prisa. —
Denise Rowling.

—Cameron Birkenshaw. —Sonrió reclinándose hacia atrás en su sillón. —Veo que tienes móvil nuevo.

—Me he pasado todo el día grabando números.

—¿Y qué nombre me pondrás?

—¿Churri?

—Muy graciosa.

Soltó una risita. —¿Qué nombre quieres?

—Marido.

—Uy, ese lo tengo ocupado.

—Sí, estás de lo más graciosa. ¿Cuándo sales?

Miró su mesa cargada de trabajo. —¿Ahora?

Él rió por lo bajo. —¿Qué tal si salimos a cenar?

—¿Con esto que tengo en la cara? No, majo. Te quiero para mí sola.

—Eso está hecho. Nena, sobre lo de esta mañana...

—La próxima vez será mejor.

—Eso no lo dudes —dijo indignado.

Se echó a reír. —Pues perfecto. ¿En mi casa? Te haré espaguetis.

—No, nena. En mi casa dentro de una hora.

—Ah, entonces puedo trabajar un poco más.

—No llegues tarde.

—Ni se me ocurriría.

—Preciosa, te quiero.

Su corazón saltó en su pecho y sonrió. —Yo te quiero más.

—¿Sabes, nena? Espero quererte algún día como tú me quieres a mí.

—Se emocionó reprimiendo las lágrimas. —Me lo has demostrado mil veces y aunque sigo metiendo la pata...

—No fue culpa tuya.

—Sí que lo fue y por mucho que me excuses los dos sabemos que es cierto. Pero te compensaré.

Acarició su anillo de compromiso. —¿De veras? Estoy deseando ver cómo lo haces.

—Una hora —dijo antes de colgar.

Sonrió dejando el móvil sobre la mesa y suspiró girando su sillón para

ver por la ventana la ciudad de Nueva York. Miró hacia el edificio de Cameron y aunque no podía ver lo que ocurría en su interior desde allí, sonrió al ver que se apagaba la luz de su despacho. ¿Haría él la cena? Ni hablar. Soltó una risita. Ni sabría encender la cocina. No, seguro que lo pedía a domicilio. La puerta que comunicaba con John se abrió en ese momento sobresaltándola y miró a su jefe poniéndose serio. —¿Necesitas algo?

—Necesito que me acompañes mañana a la cena de los Hersey.

—¿Con esta cara?

Él juró por lo bajo. —Mierda no me acordaba. —Frunció el ceño acercándose y al verla a la luz volvió a soltar un taco. —¿Crees que tardará mucho en curarse? —preguntó como si fuera una auténtica molestia. Sonrió sin poder evitarlo—. ¿De qué te ríes?

—Eres igual que Cameron.

—No jodas...

—Impacientes, queréis que se haga todo rápido y con eficiencia...

—Para eso pago.

Hizo una mueca. —Tú pagas mejor que mi novio, eso tengo que reconocerlo.

—¿Se ha mosqueado?

—¿Por qué? —preguntó sorprendida.

—A mí no me gustaría que mi novia trabajara para la competencia.

—No está en posición de protestar. —Cogió su bolso. —Y ahora aún menos —dijo por lo bajo.

—¿Qué has dicho?

—No le ha gustado, pero tiene que aceptarlo. No le queda otra.

John asintió. —¿Está castigado?

—Castigadísimo.

Su jefe sonrió. —¿Le perdonarás?

—Ya le he perdonado —dijo sorprendida.

—Qué va. Por eso no has vuelto a trabajar para él. Es tu manera de decirle no tienes mi confianza y te costará un huevo que te perdone.

Se le quedó mirando durante unos segundos. Pues tenía razón, así que no podía negarlo. —Todavía estoy algo...

—¿Resentida?

—No, solo soy prudente.

John asintió metiendo las manos en el bolsillo del pantalón y miró su bolso. —Veo que te vas. Ya empiezas a abandonarme.

—No seas negrero.

John se echó a reír. —Te echaré de menos.

—¡No me voy a ningún sitio! Pero ahora me largo.

Su jefe riendo fue hacia su despacho. —Por cierto, he decidido firmar la fusión la semana que viene. Los abogados han dado el visto bueno.

—Estaré lista. ¿A quién llevarás mañana?

—Iré solo —dijo como si fuera un esfuerzo enorme.

—Bah, te las apañarás.

—Este semestre no cobras la comisión.

—¡Ja! Más te vale que me des mi cheque que sé dónde vives.

John se echó a reír mientras se alejaba y Denise sonrió pulsando el botón del ascensor. Su relación era totalmente distinta a la que había tenido con Cameron. Quizás porque el sexo nunca había formado parte de la ecuación y trabajar tantas horas juntos con alguien con un carácter tan parecido al de Cameron, había hecho que se forjara entre ellos una relación estupenda. Sabía tratarle y no estaba enamorada de él. Trabajaba muchísimo y John había llegado a apreciarla de veras. Eran un tándem perfecto. Esa relación de amistad nunca la había tenido con Cameron, porque nunca se había relajado lo suficiente a su lado como para tener una conversación real.

Llegando al hall frunció el ceño pensando en ello. En su viaje a Canadá habían hablado mucho, pero ella tampoco se había relajado en ningún momento esperando que le dijera que se había pensado mejor lo de la boda. Y

durante el mes posterior habían salido a cenar después del trabajo, pero la mayoría de las veces siempre estaba tensa esperando un gesto o una palabra que le indicara que seguía viendo a Marcia. Además, no había sido sincera ideando una manera de vengarse por lo que había creído que era otra manera de reírse de ella. Eso no era una relación. La primera vez que habían sido sinceros del todo había sido en su coche el día anterior. Se le cortó el aliento porque apenas en unas horas ya estaban comprometidos y ella se había metido tanto en esa relación que hasta se había acostado con él. Estaba claro que debían hablar más. Mucho más.

Capítulo 13

Le abrió el portero y mirando su nuevo móvil se metió distraída en el ascensor. Pulsó el botón del ático metiéndolo en el bolso y suspiró mirándose al espejo. Gruñó al ver el morado de la mejilla. Esperaba que se fuera pronto porque el maquillaje lo disimulaba fatal. Escuchó el timbre del ascensor y se volvió saliendo de él para ver que la puerta del ático de Cameron estaba entreabierta. Frunció el ceño acercándose a toda prisa y la empujó lentamente. —¿Cielo? Te has dejado la puerta abierta. —La cerró preocupándose porque no contestaba. —¿Cameron?

Cruzó el pequeño hall rodeando la mesa y mirando las maravillosas rosas blancas que lucían sobre un hermoso jarrón de cristal. Al menos eran diez docenas. Tocando uno de sus preciosos pétalos, dejó el bolso sobre la mesa y caminó hacia el salón, deteniéndose en seco al ver rosas blancas y amarillas en todos lados con globos blancos en el techo. En el centro había una mesa primorosamente decorada con un mantel blanco de encaje y unas copas de cristal que eran una maravilla. Acarició el encaje con las yemas de los dedos cuando le vio en la terraza observándola con dos copas de champán

en la mano y vestido de smoking. Estaba tan guapo que quitaba el aliento, pero lo que realmente le paralizó el corazón fueron esos ojos grises que prometían mil cosas.

—Ven, nena. Vamos a brindar por nuestro futuro.

Sonrió caminando hacia él y cogió la copa que le tendía antes de acercarse y darle un suave beso en los labios. —Cariño, no era necesario.

—Claro que sí —respondió cogiéndola con el brazo libre por la cintura—. ¿Te gusta?

Soltó una risita encantada. —¿La cena está a la altura?

—Por supuesto. —Chocó suavemente su copa con la suya. —Por los próximos cincuenta años, preciosa.

—Porque seamos tan felices como ahora. —Bebió de su copa mirándole a los ojos.

—Yo espero que seamos mucho más felices que ahora.

—¿Más? —Le abrazó pegándose a él. —Te aseguro que ahora soy muy feliz.

Cameron sonrió. —¿No estás decepcionada?

—Bueno...

—Habíamos jurado ser sinceros.

—Mucho, fue un chasco de la leche.

Cameron se echó a reír y la besó suavemente en los labios. —Nena, no me haces daño por decir la verdad.

—¿No hiero ese orgullo masculino tan frágil del que se habla en todas las revistas? —Su prometido se echó a reír a carcajadas asintiendo y ella jadeó apartándose. —¡Lo sabía! Cariño... ¡Me pediste sinceridad! Uff, esto es muy difícil.

—¿Soy difícil? —Sonrió de una manera que la mareó porque le prometía mil cosas. La pegó a él acariciando su espalda antes de besarla en el cuello.

—Un poco... —Cerró los ojos por lo que esos labios le hacían sentir. —Cariño, ¿vamos a repetir? ¿Crees que es buena idea? —Él se apartó cogiéndola de la mano para meterla en el salón donde por arte de magia había aparecido la cena sobre la mesa. Una deliciosa pasta y un rosbif que parecía exquisito. —¿Y esto?

—Ya se han ido. Te has adelantado —dijo divertido.

—Tenía ganas de verte. —Cameron la ayudó a sentarse a la mesa y la besó en el lóbulo de la oreja antes de alejarse.

—Y yo a ti, preciosa. He estado pensando en ti todo el día. —Se sentó ante ella y sonrió. —Esta mañana me dejaste algo preocupado.

—Lo siento. Pero es que no me lo esperaba y...

—Lo sé. Fue totalmente culpa mía.

—Cameron, ¿lo vas a arreglar?

—¡Claro que sí!

—Pues no hablemos más de ello. —Cogió de nuevo la copa de champán y se la bebió de golpe. Suspiró mirando la deliciosa cena sintiéndose muy excitada y se levantó. —¿Vamos?

—¿Ya? ¡Nena, intento ser romántico!

—Cameron... —Se quitó la chaqueta. —¡Más te vale que me proporciones un orgasmo que me haga olvidar lo de esta mañana! ¡Y hablo en serio! —Dejó caer la chaqueta al suelo.

Cameron bebió de su copa sin quitarle ojo y cuando la dejó sobre la mesa dijo sin moverse —Desnúdate. Quiero verte.

Su voz ronca la estremeció sin poder evitarlo y eso la alteró todavía más si eso era posible. Llevó sus manos al cierre de la falda y la abrió lentamente dejándola caer al suelo. Dio un paso a un lado saliendo de ella y empujándola con la punta del zapato. Cameron miró sus piernas cubiertas con unas medias color carne a medio muslo y le hizo un gesto para que se acercara a él. —La camisa, preciosa.

Denise se acercó a él, que se giró en la silla para tenerla de frente y

ella se colocó entre sus piernas. Empezó a desabrocharse la camisa por arriba mostrando su sujetador blanco de encaje y su respiración se alteró por su mirada, provocando que sus pezones se endurecieran con fuerza. Cameron acarició sus muslos pasando por su trasero hasta subir a su cintura. Denise pasó la blusa por los hombros dejándola caer y Cameron besó la suave piel entre sus pechos antes de mirarla a los ojos. —Todo.

Nerviosa y sintiéndose expuesta porque él aún estaba vestido, dudó, pero su cuerpo lloraba por saber a dónde llegaba aquello, así que llevó sus brazos hacia atrás abriendo el cierre de su sujetador. La empujó hacia él metiendo uno de sus pezones en la boca y Denise gritó de la impresión porque fue como si la traspasara un rayo. Las manos de Cameron llegaron a sus braguitas y se las bajó lentamente sin que se diera ni cuenta mientras adoraba sus pechos. Tuvo que apoyarse en sus hombros porque no se sostenía gimiendo cuando mordisqueó su delicada piel antes de chupar su pezón con fuerza. Cuando pasó la lengua por su pezón endurecido, Denise creyó que se desmayaría de placer antes de que él elevara la vista hacia ella y se levantara empujando la silla hacia atrás para cogerla en brazos sentándola sobre la mesa. Ella chilló de la sorpresa y se apoyó como pudo sobre la superficie sin darse cuenta de que tiraba las copas. Cameron cogió uno de sus tobillos y quitó su zapato de tacón tranquilamente antes de sacar la goma de sus braguitas. Hizo lo mismo con su otro tobillo y gruñó mirando su sexo a la vez

que acariciaba sus pantorrillas. Denise se puso como un tomate. —¿Cameron?

Él levantó la vista hasta ella. —No pasa nada, cielo. Y esto te va a encantar. —Tiró de sus piernas hasta el borde de la mesa arrastrando el mantel y todo lo que había sobre ella. Denise gimió tumbándose y gritando de la impresión cuando sintió su lengua recorriendo los suaves pliegues de su sexo. Tembló de manera incontrolable e intentando asirse a algo, apartó la fuente de pasta tirándola al suelo con estrépito. Él no le dio tregua y se retorció sobre la mesa sintiendo que todo su cuerpo se tensaba con fuerza. Un lametón en su clítoris la hizo gritar elevando las caderas sujetándose con los talones y Cameron se incorporó gruñendo. —Nena, eran de un chef muy conocido. —La sujetó por el interior de las rodillas llevándola al borde de nuevo. Su sexo entró en ella con fuerza y Denise gritó de placer. —¿Te vas a correr, preciosa? —preguntó empujando de nuevo en su interior. Salió muy despacio antes de volver a llenarla totalmente con tal ímpetu que la dejó al borde del abismo—. No, preciosa. Queda mucha noche por delante. —Gruñó entrando de nuevo y Denise gritó de liberación, estremeciéndose de placer maravillada porque aquello tenía que ser el paraíso.

Sin salir de ella, la cogió por la cintura elevándola y agarrándola por los glúteos. —Ya cenaremos más tarde —dijo antes de atrapar sus labios devorándola como si fuera el mejor manjar del mundo y prometiéndole una vida de lo más interesante a su lado.

Con una sonrisa de oreja a oreja entró en el ascensor. Menuda noche. No habían dormido nada porque Cameron no la dejó descansar un minuto, demostrándole que lo que había ocurrido en la ducha había sido una nefasta casualidad. Le dolía todo, pero le importaba un pito porque había pasado la mejor noche de su vida. En la ducha de esa mañana la había besado y acariciado diciéndole todo lo que la quería y ahora no tenía ninguna duda de que su futuro estaba a su lado. Durante el desayuno hubo un conato de discusión por el trabajo, pero ella lo reprimió enseguida diciéndole que lo hablarían en la cena. Si es que cenaban porque ella pensaba repetir. Se sonrojó soltando una risita y salió del ascensor perdiendo la sonrisa de golpe cuando vio al jefe de fusiones y adquisiciones salir del despacho de John. — ¿Teníamos una reunión?

Él negó con la cabeza, pero desvió la mirada. —Hemos quedado para comer, eso es todo. —Se volvió viéndole ir hacia el ascensor y se quedó pensando en ello mientras desaparecía. ¿Para comer? Normalmente siempre hablaba con ella por si John estaba ocupado. Y a John no le gustaba comer con él porque solo era un trepa que siempre estaba halagándole.

Angelica salió de la sala de archivos con un expediente en la mano. — ¿Ocurre algo?

—No, claro que no. —Sonrió radiante a su compañera. —¿A que hace una mañana estupenda?

La miró como si le hubieran salido cuernos. —Si llueve a cántaros. Se nota que este año no vamos a tener otoño.

—No seas tan pesimista. —Fue hasta su despacho y dejó su bolso sonriendo al ver un gran ramo de rosas rojas. —¿Cuándo las han traído?

—Hace diez minutos.

Encantada cogió la tarjeta y emocionada la leyó: “Ha sido la mejor noche de mi vida. Rodolfo me mataría por esto, pero ha merecido la pena. Te quiero, preciosa. Y recuerda el quince de octubre.”

Soltó una risita llevándose la tarjeta al pecho antes de oler una rosa. La puerta que comunicaba con John se abrió de golpe y su jefe puso los ojos en blanco. —¿En serio?

—Me quiere. ¿Qué pasa? No seas pesado. —Rodeó el escritorio metiendo la tarjeta en su bolso para conservarla. —¿Necesitas algo?

John reprimió la risa. —Tenemos una reunión en diez minutos. ¿Estás lista?

¿Una reunión? ¡Piensa Denise! Mierda no la recordaba. ¿Estaba perdiendo facultades? Disimulando sacó su móvil. —¿Reunión?

—¡Denise, en serio, espabila! ¡Estás en las nubes!

Sonrió sin poder evitarlo. —Pues sí.

—Oh, por Dios.

—Cuando te pase a ti ya me lo dirás.

—Esa tontuna nunca me pasará a mí.

—¡Ja!

—¡Tenemos la reunión con Hoadley!

—No.

—Sí.

—Es mañana, John. ¡No llega hasta mañana de Chicago! ¿Quién está en las nubes?

Su jefe frunció el ceño. —¿Es mañana?

—Sí, es mañana —dijo Angelica desde fuera.

—Estamos a jueves. —Frunció el ceño porque esas equivocaciones no eran propias de su jefe. —¿Estás bien? —Jadeó llevándose la mano al pecho.

—¿No estarás enfermo? ¡Tenemos la fusión!

—¡Estoy perfectamente! —Entró en su despacho dando un portazo y Denise parpadeó mirando la puerta cerrada. Uy, uy... a éste le pasaba algo. Le vigilaría de cerca.

Un mes después

Estaba sentada en el sofá comiendo tallarines mientras Cameron sentado al otro lado le masajeara un pie leyendo distraído unos documentos. —Nena, ¿qué ocurre? —preguntó soltando su pie para dar la vuelta a la hoja.

Soltó una risita. —Eres la excepción que confirma la regla.

Levantó la vista hacia ella. —¿Cómo?

—Haces dos cosas a la vez.

—Muy graciosa. —Apartó los papeles tumbándose sobre ella y quitándole los tallarines de la mano para ponerlos sobre la mesilla que Denise tenía detrás. —¿Qué ocurre? Estás muy callada desde que has llegado. —La besó suavemente en los labios.

—Rodolfo está enfadado conmigo.

—Se ha enterado de que duermes aquí todas las noches.

—Pues sí.

—Cielo, nos casamos la semana que viene.

—Eso es lo que te libra de un tiro entre ceja y ceja.

Cameron reprimió la risa. —Cierto. —Apartó un mechón de su pelo

castaño metiéndoselo tras la oreja. —Se le pasará.

—Dice que pasará algo que suspenderá la boda. Que no eres de fiar después de todo lo ocurrido. —Sus ojos verdes intentaron disimular su miedo, pero Cameron lo vio apretando los labios. —¿Tú me quieres?

—Más que a nada.

—Y no hay mentiras ni bromas ahora, ¿verdad?

La cogió por la barbilla para levantar su rostro. —Haría lo que fuera para que esas dudas que tienes de lo que siento por ti desaparecieran para siempre. Pero te lo juro, nena... te quiero por encima de todo. De todo. Nada me importa más que tú.

Denise sonrió y le abrazó por el cuello pegándose a él. —Me lo has demostrado, mi amor. Siento ser tan pesada.

—No eres pesada. No lo serías ni aunque lo intentaras. —Sonrió acariciando su mejilla. —Aún no me creo que estés aquí. Durante meses pensé que te había perdido para siempre. A veces me quedaba delante de tu empresa para verte salir.

Le miró sorprendida. —¿De veras?

—Cada día más preciosa y fuera de mi alcance. Sabía que no me escucharías.

—Pues te escuché. —Acarició su cuello.

—Sí, igual tenía que haberte metido en el coche mucho antes.

Denise se echó a reír. —No hubiera entrado.

—Lo sé.

—Pero ahora estoy aquí.

—¿Y para siempre?

—Para siempre, mi amor —susurró antes de atrapar sus labios.

Capítulo 14

Entró en el despacho de John con el teléfono al oído y se acercó a su jefe que estaba concentrado con una documentación. —No, la fiesta es en el Plaza. Esta noche. Así que necesito una limusina en la casa del señor Follman a las seis en punto. —Dejó a su lado el discurso de esa noche y frunció el ceño al ver que cerraba la carpeta por la parte de atrás cogiendo el discurso. —Sí, perfecto. —Colgó el teléfono mientras él lo revisaba. —He incluido agradecimientos a las organizaciones más importantes del evento.

—Perfecto, como siempre. —La miró con una sonrisa en los labios. —
¿Qué tal la boda?

—En marcha. El viernes es la cena de ensayo. Vendrás, ¿verdad?
Tengo una vecina del barrio que sería perfecta para ti. Tiene muy mala leche.

John sonrió repasando el discurso. —No me presiones. Pareces mi madre.

—Hablando de madres... Hoy conozco a la de Cameron. Estoy de los nervios.

—Suerte. Las suegras pueden ser un grano en el culo.

Frunció el ceño. —¿Cuándo has tenido tu suegra?

—He tenido novias, ¿sabes?

—¿De veras?

John la fulminó con la mirada. —¿No tienes nada que hacer?

—¿Qué es eso? —señaló el expediente.

—Una empresa nueva a la que le estoy echando un vistazo. No me gusta mucho.

—Así que está descartada. Si necesitas que le pegue un repaso...

—No hace falta.

En ese momento llamaron a la puerta y miraron hacia allí. —Adelante.

Meagan Jaster cruzó la puerta sonriendo encantada de estar en el despacho del jefe. Llevaba su cabello rubio platino cayendo sobre su espalda en impecables ondas y un precioso traje de chaqueta gris con una camisa rosa de seda a juego. —Señor Follman... Mi jefe me ha dicho que le entregue esto.

—Gracias Meagan.

La secretaria del jefe de fusiones y adquisiciones dejó lo que parecía un contrato sobre la mesa. —¿Qué es eso? No tenemos ningún contrato pendiente de firma.

Meagan iba a decir algo, pero John le hizo un gesto negando con la cabeza. La chica sonrió. —¿Cómo va la boda?

—¿John? —Se cruzó de brazos mirando a uno y después a la otra que no sabía a donde mirar.

—Puedes retirarte.

La chica salió de allí pitando y cerrando la puerta tras ella, pero Denise no se daba por vencida. —¿Qué es eso, John? ¿Qué empresa vas a comprar?

—¿No estás muy ocupada con la boda?

—No me fastidies. Voy a conocer a mi suegra, necesito distraerme. — Le arrebató el contrato de las manos y John se levantó de inmediato haciendo lo mismo. —¡John!

—Esto es algo privado.

—¿Privado cuando lo sabe el capullo de Hammenberg? No me fastidies. —Jadeó llevándose la mano al pecho. —Ya no confías en mí.

—¡No digas estupideces! Ahora sal de mi despacho.

—¡Y una mierda! —John la miró sorprendido. —¡O me dices de que va esto o dimíto! ¡Y Cameron está deseando que vuelva!

—¡A mí no me amenes!

Entrecerró los ojos y le arrebató el contrato corriendo hacia su

despacho para meterse dentro. Cerró la puerta de comunicación con llave y mientras él la llamaba corrió hacia la otra puerta para hacer lo mismo. En el centro de su despacho abrió el contrato a toda prisa y perdió todo el color de la cara al ver que era una fusión con Industrias Birkenshaw. La puerta se abrió de golpe y miró sin entender a John. —¿Qué es esto?

—No queríamos que te enteraras así.

Sintió que algo temblaba en su interior temiéndose lo peor, pero se negaba a creer que la hubiera utilizado para eso. Las cenas los tres juntos en ese tiempo aparecieron en su memoria una y otra vez. Y como susurraban cuando ella regresaba del lavabo. Parecía que se llevaban tan bien, ahora entendía la razón. —John...

—Siéntate. Parece que vas a desmayarte en cualquier momento. —Le acercó una silla y la cogió por los brazos sentándola.

—Querías destrozarle —susurró sin poder creérselo.

John apretó los labios. —Le conocía desde hace mucho, Denise.

Perdió aún más color en la cara si eso era posible. —Sois amigos.

—Fuimos juntos al mismo colegio. Te envié al de recursos humanos para fastidiarle. ¡Todo fue culpa mía! —Se incorporó pasándose la mano por su cabello negro. —Sabía que en cuanto viera que te perdía, se le pondrían por corbata y que haría lo que fuera para retenerte. ¡Tuve un viaje a Europa y

cuando volví, aquí estabas para el trabajo! No me podía creer que hubiera sido tan idiota, así que te acepté. El muy gilipollas ni me hablaba y me cabreé con él. ¡Se pasó meses sin dirigirme la palabra! Pero coincidimos en el club de tenis. Estaba en la barra del bar tomando una copa. Me acerqué a él porque parecía hecho polvo y surgió.

—¡Surgió! —exclamó empezando a cabrearse—. ¿Y qué fue lo que surgió?

—Me dijo que le habías bloqueado en la centralita de la empresa y que también en el móvil. Que ni veías lo que te enviaba porque no pasaba de la puerta. Que había intentado verte en casa de Rodolfo, pero que le había amenazado con una pistola. Había perdido la esperanza porque había intentado verte en la puerta de la empresa, pero no quería discutirlo en la calle y avergonzarte o que te disgustaras más cuando él solo quería arreglarlo. Así que...

—¿Qué? —gritó perdiendo los nervios.

—Me pidió ayuda.

Separó los labios frunciendo el ceño. —¿A ti?

Puso los ojos en blanco y gruñó sentándose en la esquina de su escritorio. —Te puedo asegurar que no estoy muy orgulloso de esto. ¡Pero estaba cabreado y sabes lo que ocurre cuando me cabreo! ¡Me dio la espalda

pensando que le había traicionado! ¡Me dio la espalda a mí!

Parpadeó asombrada. —¿Tú eres Fosti?

—¡Era un apodo del colegio!

—¡Tú eras el amigo con el que quedaba todos los jueves!

Su jefe hizo una mueca. —Pues sí.

—¡La madre que os parió! —Se levantó dando un paso hacia él amenazante. —¿Qué has hecho?

Se sonrojó ligeramente. —Le dije que le ayudaría a cambio de una cesión de acciones. Hablé con los socios que fueron a aquella comida, ¿la recuerdas? —Un músculo saltó en su mejilla y él hizo una mueca. —Bueno, les dije que te íbamos a gastar una broma y Cameron hizo su parte. Con cuatro palabras amenazando tu nueva vida...

—Una broma. ¡Eres un cerdo!

—Cerdo, cerdo... Estaba cabreado. ¡Es mi mejor amigo! Tenía que haberse dado cuenta de que solo quería hacer que reaccionara.

—¡Serás cabrón! ¡No va a firmar eso!

—¡Solo quería provocarle para que te contara la verdad antes de la boda! —le gritó a la cara.

—¡No podía contarme la verdad porque me quiere tanto que teme perderme otra vez!

John sonrió. —Exacto. —Amplió su sonrisa. —Menos mal que lo has entendido. Pero eres muy inteligente no sé de qué me extraño.

Denise le pegó un puñetazo que le tiró de la mesa y gritó desgañitada —¡Esto por hacerle creer que iba a perder parte de la empresa!

John chasqueó la lengua. —Menudo rechazazo tienes.

—Y te quiero en la cena de ensayo el viernes, ¿me oyes? —Cogió su bolso rabiosa. —Éste me va a oír.

—Denise...

Abrió la puerta de su despacho mirándole sobre su hombro y John sonrió. —¿Busco otra para este puesto?

Sonrió maliciosa. —Ya te la busco yo. Tú tranquilo.

Salió del ascensor con ganas de matar a alguien y gruñó a Lori deteniéndose en seco ante la mesa de la nueva. Una rubia monísima llena de rizos y unos impresionantes ojos verdes. —¿Y tú quién coño eres?

—La leche —susurró Lori levantándose. Ella la fulminó con la mirada sentándola de nuevo.

—Soy Brie.

—¿Como el queso? —La chica parpadeó como si no supiera de lo que hablaba. —¡Despedida! —gritó a los cuatro vientos sobresaltándola.

—Pero...

La puerta se abrió de golpe mostrando a Cameron en mangas de camisa. —¡Cariño, he vuelto!

—Nena, ¿estás bien?

—Fenomenal —siseó acercándose y pegándole un morreo que le dejó sin aliento.

—Cameron, tiene mirada de loca —susurró Lori.

—Eso ya lo veo. Nena, ¿seguro que estás bien?

—Claro que sí. —Le dio una palmadita en la cara sonriendo de oreja a oreja con ganas de matar a alguien. —Perfecta. Ven, amor de mi vida —dijo caminando hacia el despacho y entrando mientras los tres la observaban con la boca abierta—. ¡Qué vengas!

Cameron juró por lo bajo entrando tras ella y cerrando la puerta. — Nena...

—¿Sabes lo que he visto hoy?

—No sé lo que te ha cabreado tanto, pero...

—¿No lo sabes? —Levantó ambas cejas. —¿Seguro?

—¡Ya lo sé! Son los de la orquesta que al final no pueden venir.

—No precisamente.

—Si es por lo de mi madre, os llevaréis bien. Solo tiene que acostumbrarse a ti. Es algo posesiva, pero es lógico, ¿no? Soy su único hijo.

—¡Corta el rollo! —gritó furiosa señalándole—. ¿La empresa, Cameron?

—¿La empresa?

Parecía tan confundido que hasta dudó. No, a ella no se la colaba más.
—¡O cantas o no me caso!

—Preciosa, canto fatal. ¿Se puede saber qué rayos te pasa? —gritó empezando a enfadarse.

—¿Ibas a firmar con Follman? ¿O debo llamarle Fosti? Ahora estoy algo confusa, la verdad.

Cameron se tensó sin mover un gesto de la cara. —¿Qué?

—Te juro que...

—Lo hice por nosotros —dijo a toda prisa. Su corazón dio un vuelco—. No quería mentirte, pero no lo aguantaba más. Así que le di lo que quería para que me ayudara. Que John te presionara, te hizo estar dispuesta a escucharme y no podía rechazarlo. —Los ojos de Denise se llenaron de lágrimas. —Tenías que venir tú a mí para negociar, porque ya la había

fastidiado tanto que ignorarías todo lo que te dijera. —Se acercó cogiéndole la mano. —Y te necesito, preciosa. No sabes cómo te necesito. Todo el tiempo que paso contigo me hace darme cuenta de que te amo más que a mi vida y no podría soportar perderte.

—Ibas a perder parte de tu empresa. —Una lágrima cayó por su mejilla.

—Eso no es importante.

Denise le abrazó por el cuello. —Para mí lo es. Me lo has demostrado, mi amor.

—¿El qué, cielo? —La cogió en brazos sentándose en el sofá con ella encima. Denise se apartó para mirarle a los ojos. —¿Qué te he demostrado aparte de que soy idiota?

—Que me quieres por encima de todo.

Besó suavemente sus labios. —Eso no lo dudes jamás.

La puerta se abrió y una mujer morena con cara de mala leche, tiró el abrigo sobre la butaca de enfrente antes de quitarse los guantes de piel. Levantó la vista hacia ellos y puso los brazos en jarras. —Está claro que lo de liarse con la secretaria es cosa de familia. —La mujer la miró a los ojos mostrando los mismos ojos grises que su hijo. —Yo que tú tendría cuidado con la rubita que mira a todos los lados sin saber qué hacer.

—Tranquila, suegra. Lo tengo controlado. —Miró con amor a Cameron. —Este hombre es solo mío.

Sharon Birkenshaw sonrió. —Me gusta, hijo. Me gusta mucho.

Epílogo

Sentados en la mesa nupcial se miraron a los ojos brindando. —Por nosotros, preciosa. Me ha costado un poco atraparte, pero al fin lo he conseguido, señora Birkenshaw.

Denise se echó a reír. —Tendrás cara. Sí, ahora hazte la víctima.

Un tintineo les hizo mirar hacia John que se levantó con la copa en la mano. —¿Quién le ha escrito el discurso? —preguntó ella indignada haciendo reír a la audiencia.

—Eso me recuerda que me debes una ayudante, amigo.

—Tranquilo, mi esposa se encargará... Pero después del viaje de novios.

—Bueno... —dijo levantando su copa—. Quiero felicitar a los novios que al fin se han dado cuenta de que son el uno para el otro. —Denise sonrió a su marido. —Y lo suyo les ha costado, se lo digo yo que conozco al novio desde que vestía pantalones cortos. Sobre todo a él, que para pillar a esta preciosa e inteligente mujer se las ha ingeniado para meter la pata tantas veces

que parecía que no encontraría el camino correcto en la vida.

—Éste se va a cagar —dijo ella sin perder la sonrisa.

—Que sea una bruja, nena. Quiero que le haga la vida imposible.

—Pero al final el amor ha triunfado. —Levantó su copa. —Porque el amor siempre triunfa. Felicidades, sois mis mejores amigos y estoy encantado de que al fin estéis unidos.

Escuchó que alguien chasqueaba la lengua y Denise miró hacia abajo a su derecha para ver que Sybil gruñía antes de beber de su copa. Fulminaba con la mirada a John que después de guiñar el ojo a una de sus damas de honor, se echó a reír sentándose a la mesa.

—Cariño, ¿tu hermana no estudiaba Económicas? —susurró para que no la escuchara nadie.

—Está haciendo un curso de posgrado, ¿o era un master? Algo así. Es brillante. Llegará muy lejos.

—No lo dudo.

Cameron se levantó cogiendo su mano. —Vamos a iniciar el baile.

Lori, Sybil y Sharon se acercaron a la pista emocionadas mientras Rodolfo y María del Carmen con sus hijos Mike y Carter se ponían a su lado mirándoles con cariño. Cameron la cogió entre sus brazos y Denise sonrió. — Lo hemos hecho.

—Y no sabes cómo me alegro.

—¿Sabes que para resistirte tanto al principio, te has convertido en un marido estupendo?

—Espero ser mejor padre todavía —dijo mirándola de una manera que le cortó el aliento. —Nena, he visto la prueba esta mañana.

—¿Qué prueba?

Él se echó a reír. —Sí, muy graciosa.

—No, en serio, ¿qué prueba?

Cameron la miró sin comprender. —La que estaba en el baño de nuestra casa.

—Ah, esa. —Se echó a reír y Cameron la abrazó a él gruñendo. —Has picado.

—Nena...

—¿Te alegras?

—Mucho. —La besó en los labios. —¿No habíamos dejado atrás las bromas?

—Las tuyas no tienen gracia.

Sonrió mirándola con amor. —Te amo.

—Demuéstramelo, mi vida.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10-Demándame si puedes

- 11-Condernada por tu amor (Serie época)
- 12-El amor no se compra
- 13-Peligroso amor
- 14-Una bala al corazón
- 15-Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16-Te casarás conmigo
- 17-Huir del amor (Serie oficina)
- 18-Insufrible amor
- 19-A tu lado puedo ser feliz
- 20-No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21-No me amas como quiero (Serie época)
- 22-Amor por destino
- 23-Para siempre, mi amor.
- 24-No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25-Mi mariposa (Fantasía)
- 26-Esa no soy yo
- 27-Confía en el amor
- 28-Te odiaré toda la vida
- 29-Juramento de amor (Serie época)
- 30-Otra vida contigo
- 31-Dejaré de esconderme

- 32-La culpa es tuya
- 33-Mi torturador (Serie oficina)
- 34-Me faltabas tú
- 35-Negociemos (Serie oficina)
- 36-El heredero (Serie época)
- 37-Un amor que sorprende
- 38-La caza (Fantasía)
- 39-A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40-No busco marido
- 41-Diseña mi amor
- 42-Tú eres mi estrella
- 43-No te dejaría escapar
- 44-No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45-¿Nunca? Jamás
- 46-Busca la felicidad
- 47-Cuéntame más (Serie Australia)
- 48-La joya del Yukón
- 49-Confía en mí (Serie época)
- 50-Mi matrioska
- 51-Nadie nos separará jamás
- 52-Mi princesa vikinga (Vikingos)

- 53-Mi acosadora
- 54-La portavoz
- 55-Mi refugio
- 56-Todo por la familia
- 57-Te avergüenzas de mí
- 58-Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59-¿Qué haría sin ti?
- 60-Sólo mía
- 61-Madre de mentira
- 62-Entrega certificada
- 63-Tú me haces feliz (Serie época)
- 64-Lo nuestro es único
- 65-La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66-Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67-Por una mentira
- 68-Vuelve
- 69-La Reina de mi corazón
- 70-No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71-Estaré ahí
- 72-Dime que me perdonas
- 73-Me das la felicidad

- 74-Firma aquí
- 75-Vilox II (Fantasía)
- 76-Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77-Una noticia estupenda.
- 78-Lucharé por los dos.
- 79-Lady Johanna. (Serie Época)
- 80-Podrías hacerlo mejor.
- 81-Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82-Todo por ti.
- 83-Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84-Sin mentiras
- 85-No más secretos (Serie fantasía)
- 86-El hombre perfecto
- 87-Mi sombra (Serie medieval)
- 88-Vuelves loco mi corazón
- 89-Me lo has dado todo
- 90-Por encima de todo
- 91-Lady Corianne (Serie época)
- 92-Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93-Róbame el corazón
- 94-Lo sé, mi amor

- 95-Barreras del pasado
- 96-Cada día más
- 97-Miedo a perderte
- 98-No te merezco (Serie época)
- 99-Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida

- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikinga)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. No cambiaría nunca

5. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. La consentida de la Reina
7. Lady Emily
8. Condenada por tu amor
9. Juramento de amor
10. Una moneda por tu corazón
11. Lady Corianne

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.

